Y se fue con el viento

Novela:

Y se fue con el viento

(Historia de un refugiado
en busca del sueño americano).

Por:

Gordon McAllister

Una novela de ficción inspirada en hechos reales

Título: **Y se fue con el viento**
Subtítulo: Historia de un refugiado en busca del sueño americano.
No. ISBN: 9786280160092
Autor: Gordon McAllister (Pseudónimo)
Copy Right: Todos los derechos de autor pertenecen exclusivamente a Carlos Alberto Gómez Acuña
Contacto: calgom532002@yahoo.com

Primera Edición: 2024 Bogotá Colombia – (Amazon.com).
Editado por Calgóm ediciones 2024
Segunda Edición:
Impreso: Xprinter Estudio Grafico y Digital SAS
Bogotá, nov. 2024.

iStock fotos: Licencia de Carlos Alberto Gómez Acuña No. 20640021

Foto carátula 1: Selva Tropical, Crédito: Juhku, Id. 625793440

Foto carátula 2: Hombre caminando en selva colombiana, crédito Sebastián Gómez Vargas, Id. 2148442499

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

Agradecimientos:

A mi esposa, Susana que siempre está presente a mi lado, dándole color, alegría y orden a nuestra vida, organizando todos los asuntos cotidianos mientras yo me puedo dedicar a la literatura en paz.

A mi gran amigo Carlos Alberto Vallejo, con quien siempre cuento como mi *partner*, corrector y confidente, en tantas charlas acompañadas con cafecito en *Il Pomeriggio*.

Índice

Prefacio
1. Un infierno en el desierto
2. La prisión
3. Centro nacional de procesados militares de Ramo Verde
4. Enfrentando la selva del Tapón del Darién
5. Un mendrugo y la conciencia interior
6. Llegando a México
7. Contando historias de vida
8. Karla Cohen
9. La Universidad en el exilio
10. En camino hacia el D.F.
11. De vuelta a la Universidad
12. Preparado para la Universidad
13. La Universidad y el trabajo
14. La cotidianidad
15. La llamada sorpresiva
16. Una ceremonia y un hecho inesperado
17. Un trabajo exigente e inspirador
18. Una magnífica oportunidad
19. Una nueva experiencia alucinante
20. Anillo de compromiso
21. Nubes grises en el horizonte
22. Aparece un nuevo panorama
23. Una obra social
24. Los antiguos compañeros de viaje
25. Ayudando a los amigos
26. Nuevos contactos

27. La historia de los Petrosyán
28. Continúa la tertulia
29. El abuelo
30. La vida continúa
31. Volver a la vida
Epílogo

Prefacio

Este es un libro donde se tocan varios temas narrativos. Uno de ellos es acerca de cómo perseguir los sueños, pero, *haciendo las cosas bien*, acogiendo la persistencia y la resiliencia como banderas que ondean en nuestro horizonte de lucha. Aprender a caer y levantarse para continuar el camino a pesar de la dureza del suelo y de esa desazón que nos embarga ante los fracasos que aparecen en la ruta. Al caer, la consigna es levantarse, sacudirse y continuar hacia adelante, y al final, quizás todo saldrá bien.

Ya lo decía Sir Winston Churchill primer ministro del Reino Unido:

"El éxito es la capacidad de ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo"

Y hacer las cosas bien… bueno, pues ese es el primer punto para tener en cuenta.

Hacer las cosas bien significa, dar los pasos precisos con un plan de trabajo y un mapa de ruta claro; es seguir esa ruta prevista que nos permita ir por un camino de logros, sin precipitarnos, y mucho menos esperando golpes de suerte que, por obra de un supuesto milagro, aparecerán en nuestra vida, simplemente porque nos encomendamos al Dios de nuestras creencias y nos

botamos al agua sin haber conseguido primero un salvavidas o haber aprendido a nadar previamente.

En mi caso, en la ruta de mis sueños he aprendido a dar los pasos correctos previo un análisis de mis posibilidades y luego de trazar un camino, un derrotero, seguir adelante según lo planeado. No permito que la suerte, buena o mala, o el azar de un destino incierto, sean los que marquen el camino, cuidando mucho de donde pondré mis pies, y no intentar alcanzar mis sueños azarosamente, sin precaución y sin control de mi parte, dejando que sea el "*destino*" el que dé la pauta.

En Colombia nos hemos acostumbrado a ver pasar por nuestro horizonte, nubes de refugiados de diversos orígenes, quienes atraviesan nuestro territorio siguiendo el camino del norte, a través de la mortal selva del Tapón del Darién, con destino a los Estados Unidos. Sin embargo, la inmensa mayoría de esos refugiados no tienen un plan realmente claro de lo que tienen que hacer cuando se trata de "*hacer las cosas bien"*.

Simplemente comienzan a caminar, con un horizonte nebuloso al frente, siguiendo las indicaciones de otros que están tan perdidos como ellos y sin calcular las consecuencias de lo que es una deportación al llegar a su destino final o de los ingentes peligros, en ocasiones terribles, con que se van a enfrentar en su camino, sin tener un plan previo para responder a dichos desafíos o, por el contrario, con una adecuada planeación, poder dar los pasos precisos para andar por el camino de los

sueños, sin mayores riesgos y eventualidades inciertas, es decir ir por el camino con el *riesgo calculado*.

No hay que abandonar nuestra vida y nuestros mejores sueños al azar.

"El azar es el primer enemigo de los sueños"

Recuerdo una frase en una canción de Joan Manuel Serrat en su inmensa sabiduría:

"*No esperes golpes de suerte, seguirás a su merced, mientras haya gente que trafique con la muerte"*

El camino de los sueños, seguido por miles de refugiados es el de ponerse una meta y arrancar a perseguirla encomendándose al Dios de sus creencias religiosas y al final, luego de recorrido un arduo camino lleno de baches y espinas, esperar que la buena suerte sea la que determine el buen desarrollo de los acontecimientos…

La esperanza de muchos de aquellos refugiados está colgada de la visión distorsionada, (y bastante incierta), de lograr el sueño de estar ya en territorio americano trabajando y viviendo con todas las comodidades imaginadas, las cuales en su país de origen no son posibles.

Sin embargo, muchas veces el resultado no es el esperado y el fracaso de una muerte en el camino o la

deportación por parte de las autoridades a su lugar de origen, es lo que a la final se obtiene.

Pero continuemos con el tema de "*hacer las cosas bien*".

Traigo a colación la historia de la vida real de un personaje cercano, cuyo nombre me reservo.

Para efectos de poder nombrarlo de alguna forma, digamos que se llama *Miguel Strogoff*… emulando al personaje ruso de la famosa novela de ficción de Julio Verne… Es un joven que detenta el título de *Correo del Zar*, quién, confiando en su propia capacidad y determinación, debe enfrentar las más variadas aventuras y desventuras, para cumplir con el objetivo de llevar el mensaje encomendado a su destinatario final, a como dé lugar.

La historia del Miguel de la vida real es contraria a lo que hacen miles, de emprender el camino de los sueños sin una adecuada preparación y una buena planeación, simplemente encomendándose a los grandes estamentos celestiales, con la esperanza de recibir una ayuda divina que los socorrerá en los momentos de dificultad.

Esta es la historia de aquellos pocos que, sin confiar en nada distinto a su propia capacidad para perseguir sus sueños, comienzan la lucha sin esperar inciertos golpes de suerte y menos dejar al azar el cumplimiento de sus objetivos.

Miguel, cumplidos sus 21 años, decidió irse a probar suerte en los Estados Unidos. Ya había adelantado sus estudios en Mercadeo y Publicidad en su país de origen, aunque no había terminado su carrera. Sin embargo, sacó su pasaporte y solicitó una visa de estudiante, para continuar sus estudios, comenzando por inscribirse en un curso de inglés en el país americano. Obtenida la visa, ya tenía asegurada la entrada al país del norte, sin tener que atravesar la frontera en forma fraudulenta, como pretenden hacerlo muchos.

Recién llegado, era necesario comenzar a trabajar para ayudarse a costear sus estudios y solicitó en inmigración una visa de trabajo, la cual, dada su condición de estudiante aceptado, le fue otorgada al poco tiempo. Para entonces, ya contaba con los respectivos permisos para estudiar y trabajar legalmente en los Estados Unidos.

Miguel se desempeñó en diversas labores menores mientras adelantaba sus estudios de inglés y posteriormente aplicó a un *Collegge*, para completar sus estudios universitarios.

En el curso de los siguientes diez años trabajó, se casó, solicitó y obtuvo la *Green Card*, (la visa de residente), y se radicó en el Estado de la Florida en la ciudad de Tampa.

Hay una frase que se le atribuye a Pablo Picasso que dice:

"Que la inspiración llegue no depende de mí, lo único que yo puedo hacer es ocuparme de que me pille trabajando".

Entendiendo la frase anterior, la idea es que:

Cuando llegue la suerte, que me encuentre trabajando o si no pasa de largo…

Continuando con la historia de Miguel, él consiguió un trabajo en un canal de televisión de Tampa. La política en el canal era no pagar horas extras y no había trabajo fuera del horario laboral. Sin embargo, Miguel se las ingenió para aprender todas las funciones del canal usando el horario extralaboral para aprender de su cuenta mucho más de lo requerido para el cargo para el que había sido contratado. Se quedaba aprendiendo entre las 5:00 pm que era la hora de salida, hasta las 11:00 de la noche.

Al poco tiempo ya era ducho en todas las funciones propias del trabajo en el canal, y fue cuando llegó la debacle económica del año 2008 en los Estados Unidos y las empresas empezaron a recortar personal. En el canal de TV hasta entonces trabajaban unas doce personas y tuvieron que suprimir diez puestos de trabajo. Solo continuaron en sus funciones Miguel y un técnico. Miguel pudo reemplazar a todos sus compañeros pues conocía todas las funciones.

Pasaron los años y Miguel y su familia se radicaron en la ciudad de Miami. Miguel fue contratado por un

canal de TV de la ciudad en el cargo de director técnico en el horario AAA.

Miguel y su esposa comenzaron un negocio de Bienes Raíces, adquiriendo a través de los años, poco a poco y con enorme sacrificio, unas cuantas propiedades para remodelarlas y arrendarlas, y con el tiempo esto mejoró mucho su situación económica hasta lograr la independencia económica. Sin embargo, hay que tener en cuenta que durante muchos años mantuvieron sus empleos y cuidaron de no salirse de su presupuesto para poder ahorrar y avanzar con paso firme, pero uno a la vez.

Veinticinco años después de aquel día en que llegaron con una visa de estudiante y con unos US$ 500 dólares por todo capital, para comenzar una nueva vida, ya habían logrado un capital suficiente para considerarse afortunados de tener una situación económica bastante holgada y lograr considerar que se les había cumplido el sueño americano, pero jamás podrían decir que esto fue fruto del azar o de la buena suerte. Solo se debió al seguimiento de un plan preconcebido para avanzar poco a poco logrando las metas intermedias necesarias.

Hoy Miguel y su esposa son ciudadanos americanos, habiendo jurado a la bandera del país, y son gentes de bien que cumplen a cabalidad su papel de buenos ciudadanos.

***

Ahora estamos al final del año 2024 y el ganador de las elecciones en los Estados Unidos ha sido el Sr. Donald Trump.

El señor Trump ha anunciado su política de entrar a deportar a unos 11 millones de indocumentados en los próximos años. Esto es terrible para los millones que han hecho el esfuerzo de llegar al país, pero al no haberlo hecho en la forma adecuada, es decir "*haciendo las cosas bien*", pues simplemente se encuentran en riesgo de que la mala suerte se los lleve por delante de un simple soplo.

El mensaje de este libro para los inmigrantes repetimos, es "hacer las cosas bien".

Otro aspecto tratado es el de la injusticia cuando hay criminales detentando el poder político y dominando a los pueblos a sangre y fuego, como es el muy triste caso de Venezuela, un país hermoso y rico, pero dominado por una camarilla de delincuentes armados, con unas fuerzas militares corrompidas, compradas y a su servicio, y para quienes una sucia gratificación monetaria se lleva por delante todo rasgo de honor y de prevalencia del respeto a la voz del pueblo, que es el verdadero poder en una democracia válida.

Pero cambiemos el tema y sigamos adelante…

Un tercer aspecto mencionado en este libro es el de la capacidad de luchar manteniendo una visión de futuro de luz… la luz de nuestra propia divinidad creadora, para, a través del propio esfuerzo y, con una

mentalidad positiva y ganadora, ir dando los pasos, uno a uno, para alcanzar el cumplimiento de los sueños, sin esperar milagros y ayudas celestiales externas a nosotros, tan escasas de presencia y de respuesta, más que aquella que propone una solución que realmente sale de nuestro propia Conciencia interior creadora, de origen divino y que nos pertenece por derecho propio.

Entender que somos los únicos creadores de nuestra realidad, forjadores de nuestro futuro, ya que Dios… nuestro Dios interior, está presente reinando en nuestro Estado de Conciencia, y es quien realmente construye nuestra vida, según nuestros deseos, para bien o para mal…

Comprender que la ruta de nuestra vida está marcada por nuestra capacidad de imaginar el futuro y mediante el entrenamiento de nuestra imaginación, lograr que esta esté de nuestra parte, entonces el futuro es prometedor, pero también tener claro que si nos imaginamos un futuro de caos, problemas, dificultades y negativismos que eventualmente nos esperan a la vera del camino, así mismo será nuestro futuro, pues esa es la vida que estamos construyendo desde nuestra imaginación y nuestro subconsciente, y el Universo simplemente nos observará inmutable, sin poder hacer nada al respecto.

La conclusión es que imaginemos un futuro de luz con los pies en la tierra y así será.

Gordon McAllister

Capítulo 1.
Un infierno en el desierto

Desierto de la Guajira,
Colombia

Era muy joven, quizás no llegaba aún a los veinticinco, venía demacrado como máscara difunta, hambriento de varios días sin alimento, mal dormido y tostado por ese sol inclemente que torturaba con su fuego enloquecido, los caminos, la vegetación y a cuanto incauto se atreviera a estar a la intemperie y sin resguardo, en aquella carretera solitaria de un desierto en cualquier parte donde fuera que estuviera... En aquel momento ya había perdido el sentido de la orientación y del tiempo.

Desde lejos parecía una exhalación, un quejido en forma de suspiro, quizás visible desde otra dimensión más sutil. Por momentos su figura se confundía con el horizonte y tomaba la imagen de un espejismo que venía trastabillando, confundido con el vaho del asfalto hirviente.

Brillaba el cielo en el asfalto y el asfalto mismo reflejado en un cielo despejado de nubes e ilusiones.

Le parecía ver un lago inmenso azul celeste, refrescante y diáfano, ahí no más, al alcance, a pocos metros de su mano estirada, y creía saber que por fin estaba llegando a su destino momentáneo, pero, qué

equivocado estaba, eran solo delirios oníricos colgados de un espejismo falso.

No había lago, ni agua celeste, ni un techo o un árbol donde guarecer su testa, quizás solo un sombrero de papel de construcción, realmente inexistente, pues el dichoso sombrero de imitación hacía un rato había salido volando, soplado hacia un destino incierto, y él era llevado a empellones hacia un lugar próximo a un estado de locura por la mortal insolación.

Los múltiples demonios de una cruel naturaleza se ensañaban en él, con la intención de verlo caer derrotado por la infamia y la desidia de otros humanos y con él, solo iba la mala suerte de una vida con más obstáculos de los meramente necesarios, para pretender evolucionar hacia un mundo de sabiduría y de Consciencia…

—¡No, que carajos!… —pensaba él, tiempo después, recordando—, ¡qué sabiduría ni qué diablos!… cuando en ese momento estaba a punto de morir achicharrado por ese calor infernal, y eso era lo urgente.

Ni siquiera un alma que estuviera extraviada pasaba en ese momento por esa ruta perdida, y no había nadie, de los pocos que pasaban, que pudiera reparar en aquel joven, de pasos inseguros, mal trajeado, de estatura algo elevada y ropas raídas, por una miseria desde algún tiempo atrás manifestada.

Eran las 2:45 de la tarde y el calor se pegaba a su camisa, manchada por chorros de vapor que parecía despedir el aire enrarecido a esa hora infernal, cortando

su respiración, y en ese instante, creía ver aparecer unos demonios pequeños que lo atormentaban con sus risas socarronas, mientras él alcanzaba a pensar que en ese clima que era el de un horno crematorio, quizás cercano a la puerta del infierno, poco a poco iba perdiendo la razón y la convertía en un resuello casi moribundo, como si el peso de una vida sin sentido, ni esperanza, lo estuviera aplastando contra el pavimento ardiente.

Agotadas las posibilidades de una vida con un horizonte de futuro despejado, había partido hacia un devenir desconocido, arriesgando lo que ya no tenía, y sin siquiera darse el lujo de perder algo, pues ya nada poseía.

Ni siquiera era pobre, pues entendía que los pobres muy pobres, por lo menos tenían, quizás un techo de lata o una covacha de cartón donde guarecerse en las noches insomnes, pero él, que había ido perdiendo hasta lo mínimo, había caído en la pauperización de una vida miserable, con su propio pelo por techo y quizás unas hojas de periódico, sacadas de alguna caneca de basura, que le servían para poder alardear consigo mismo, de al menos tener el cobijo del papel y la libertad total para dormir en cualquier acera que se le antojara adecuada para pasar la noche.

Pensar que la pobreza es solo una condición todavía digna, de quienes poco poseen, pero la miseria es el colmo de la pobreza y es la condición de quien incluso ya está mucho más abajo del límite de la pobreza, y, por tanto, mucho peor que ya bastante malo.

El joven había partido hacia una esperanza de vida mejorada tal vez inalcanzable, pero era una esperanza plagada de ilusiones y sueños, aparte de los rezos y plegarias dirigidas por su madre hacia ámbitos celestes quizás inexistentes; pero para quien nada poseía, esa era la única salida posible contra un muro de límites y obstáculos tal vez infranqueables, pero para él, lo único imposible era perder esa esperanza de encontrar un camino de progreso o de lo contrario, tener que enfrentar la alternativa del suicidio libertario.

Había dejado atrás un país de negaciones, una miseria, una ausencia de oportunidades y un cúmulo de talanqueras en la vida, y ahora iba, quizás trastabillando por la vida, pero cada paso que daba hacia el futuro, lo alejaba del desastre y de la angustia de una vida malograda por un poder político infectado hasta los tuétanos de corrupción y picardía, en un país inviable, y cada paso lo acercaba más a un porvenir que, por más incierto que pudiera parecer, le permitía soñar con mundos de progreso, prosperidad y quizás alguna abundancia, ganada con su capacidad para emprender caminos de lucha, y poder lograr sus metas, por ahora inexistentes y tal vez, en algún amanecer futuro no lejano, poder traer a su familia.

Caminando desde quién sabe cuántos kilómetros atrás, venía con su andar cadencioso y solitario, sin más compañía que su precario equipaje, compuesto de ilusiones, su escasa indumentaria pegada a su cuerpo, y el alma arrugada de tristeza, por haber dejado a su única

familia, su madre y su hermano menor, abandonados en aquel país sin posibilidades de esperanza, ni la mínima provisión de alimentos y drogas, o un trabajo decente para lograr obtener un modesto modo de vivir con algo de dignidad.

A lo lejos, un periodista y su ayudante, lo vieron venir por el camino. Se veía agotado, con sus hombros caídos y su espalda arqueada por el peso de una vida muy dura y compleja, que a su escasa edad ya lo tenía acorralado, famélico y maltrecho, cual perro callejero sin amo ni socorro, y con signos de no haber probado bocado en mucho tiempo.

El corresponsal ahí presente, muy dispuesto a lograr un reportaje de valor, venía de una vida en el exilio, en un país próspero y boyante, pues había logrado huir de la pesadilla y el tormento, desde hacía algún tiempo. Era de la misma ciudad del solitario caminante, *Santiago de los Caballeros de Mérida*, llamada simplemente *Mérida*, como lo supo varios años después de boca del mismo joven.

Ahora, el periodista, de condición acomodada, estaba muy dispuesto a hacer una entrevista para colgar en redes o a lo mejor en la televisión de los demás países, ya que, en su país, la censura de prensa lo prohibía. Los malditos sátrapas montados en el poder político impedían que el pueblo se enterara.

Un pueblo ignorante y pobre decían aquellos, es lo que se necesita para perpetuarse en el poder. Una maquiavélica forma de pensar muy comunista.

El periodista intentó saludarlo, sin embargo, al acercarse el joven y observarlo, se le cortó la voz en la garganta, un nudo atosigante le paralizó la lengua y el semblante, y no pudo pronunciar más que un: — ¿Cómo estás? —.

Sintió que era la pregunta más ridícula que podía hacer en ese instante, ¿pero ¿qué más podía decir ante semejante tragedia sufrida por aquel ser humano y compatriota suyo?

El joven muchacho escasamente había saludado con su acento venezolano y simplemente se abrazó a él y rompió en llanto; no dijo nada más y él tampoco pudo pronunciar palabra alguna, ni hacer siquiera otra mínima pregunta. Lo abrazó lo más fuerte que pudo y guardó silencio, con los ojos aguados de triste sentimiento.

El camarógrafo tuvo que retirase un poco a un lado del camino, con la vista nublada y dejó de filmar, no podía hacerlo. Ya la entrevista se había malogrado.

Le dieron un par de billetes que le alcanzaran al menos para el almuerzo de ese día y uno más, y, además, una tarjeta de presentación, por si algún día tuviera necesidad de algo, lo llamara y se pudieran volver a encontrar.

Un momento después, lo vieron alejarse, con su paso cansino, con sus hombros caídos, con sus sueños delirantes, nebulosos sueños que su alma forjaba, así las circunstancias no le fueran propicias, pero su decisión de seguir se mantenía incólume y lo animaba en cada paso que daba con esfuerzo, para avanzar por el camino y por la vida, así le doliera hasta el espíritu; sabía que nada lo

iba a convencer de cejar en su empeño; seguiría adelante, así aquello significara su último esfuerzo, en la ruta hacia su nuevo destino o hacia la misma muerte.

Mientras caminaba, en un momento dado, sus delirios se confundían con sus recuerdos…

¿Cómo había empezado todo?

— O —

Capítulo 2.
La prisión

Un año antes:

Nunca había tenido necesidad de robar, nunca había sido un joven violento y nunca había estado en prisión. Hasta entonces había sido un chico de clase media alta, proveniente de una familia acomodada, alumno destacado de la Universidad de los Andes de Mérida, una de las mejores de Venezuela y nunca había tenido necesidad de participar en manifestaciones populares, de esas que terminan en asonadas.

Sin embargo, cuando se perdió la empresa, así como la gran casa y la hacienda de su familia, en el momento de las expropiaciones por parte del gobierno, fue cuando se vio inclinado a participar en las protestas y los disturbios en contra de la camarilla política comunista en el poder.

Su padre estaba desaparecido en una cárcel desde hacía varios meses, y ya comenzaban a sospechar que había sido asesinado. Eso también hacía parte de su decisión de manifestarse en las protestas, incluso con alguna violencia hacia la fuerza pública.

Pero en el orden de día estaba instituida la represión a sangre y fuego por parte de las autoridades, usando no solo al ejército y la policía, sino a las milicias populares, conformadas por hampones y asesinos, muchos de ellos importados de Cuba, o sacados de las cárceles y armados por el mismo gobierno, quienes

actuaban de civil, como un brazo paramilitar armado, para protección de los miembros de la caterva de esbirros del gobierno.

Aquel era un país inviable, con el poder en manos de unos gobernantes corruptos, sin siquiera esconder la mala intención de sus acciones. No había separación de poderes y las instituciones estaban a cargo de unas inescrupulosas pandillas de saqueadores, que perseguían a todo aquel que tuviera algo de valor para apropiarse, o que pretendiera manifestarse en contra de sus negras intenciones.

Ahí no había salida, no había futuro y no había un mínimo rayo de esperanza de que en el futuro lejano esto cambiara, pero por lo menos, contaba con el dudoso derecho inalienable a la protesta, así fuera reprimida por unas fuerzas armadas de dudosa procedencia y también de dudosa autoridad constitucional.

El día de la protesta en que el joven participó, se había levantado temprano, hacia las 5:30 am, se vistió con el único jean que le quedaba y que lavaba cada fin de semana para que al menos pareciera limpio. Se puso una de las tres camisas que había logrado esconder, cuando entraron los milicianos a robar todas las pertenencias familiares el día de la expropiación de su casa.

Después de probar un caldo de hueso y papa, acompañado de pan, por desayuno, salió para el centro de la ciudad, dirigiéndose al lugar indicado por esas voces silenciosas, que tenían sus métodos secretos para divulgar

la información acerca de los lugares donde se iban a presentar las protestas. Allá llegaban todos a la hora señalada.

Aquel 24 de enero de 2015, hacia las 11:30 de la mañana, ya la gente venía enardecida, caminando y vociferando en la llamada "*Marcha de los Ollas Vacías*". La marcha venía en dirección a *Las Mercedes*, bajando desde *Francisco Miranda*, hasta *El Tamanaco*, en Caracas. Una marcha que también estaba haciendo metástasis en muchas otras ciudades venezolanas.



Ya en plena manifestación, pronto comenzaron los gritos de los marchantes, las voces incendiarias que vociferaban las consignas predeterminadas, y cada vez más protestantes se iban sumando a la marcha, y al pasar frente a una obra de construcción, con harto material disponible, comenzó la gran pedrea.

Era la ira incontenible de la muchedumbre defraudada, e impulsada por su propia frustración, por un gobierno incompetente y pícaro, que ahora pretendía abolir todas las libertades civiles de las gentes.

Fotografía de un participante anónimo por razones políticas.

Al rato, las piedras, palos y ladrillos, sumados a cuanto objeto pudiera servir de arma contundente, volaron por los aires lanzados al azar, con destinos dirigidos a los cascos y escudos de los uniformados y luego, los devueltos por estos, viajaban con destino de retorno, hacia las cabezas de los manifestantes, logrando en ocasiones sus objetivos de sangre, contusiones y huesos rotos.

Pero ahí no paraba todo… de pronto, los estampidos de las armas de fuego usadas por los hampones milicianos de civil, mercenarios de un gobierno asesino, apostados en lo alto de algunos edificios, cual francotiradores escondidos, comenzaron a hacer estragos entre los marchantes, y fueron cayendo unos cuantos civiles, alcanzados por las balas.

Eran los primeros, al azar de un destino selectivo, que dirigía las balas buscando a los predestinados que morirían ese día… Sí, fueron muchos los heridos y bastantes los abatidos, pero para los sicarios del régimen, los caídos eran simples bajas de *gusanos*, *fachos* e *insurgentes ratas*, que solo buscaban bajarlos del poder, y eso jamás lo iban a permitir, así fuera fumigándolos a todos, y a la larga, pasados los siguientes ocho años, nunca lo

permitieron, y todavía, en el 2024, aquellos hampones siguen en el poder. Ellos ya acomodaron las leyes a su antojo en forma fraudulenta, para eternizarse en el poder.

Quizás para el creyente en los destinos predeterminados, el de nuestro joven amigo ya estuviera marcado en alguno de los muros del *Oráculo de Delfos*… Lo cierto es que, en un instante de la violenta asonada, un gran pedazo de ladrillo recogido por un uniformado voló por encima de la gran barricada para encontrar su objetivo en el camino… la cabeza de aquel joven, antes de rica familia y ahora de condición miserable, quién cayo inconsciente en medio de un charco de sangre, que manaba de su frente y manchaba el pavimento…

Pasada una hora y media, despertó… le dolía la cabeza como un demonio. La sangre seca manchaba su camisa, cabeza, cuello, y cara. Cayó en cuenta que iba preso, tirado en el piso de una jaula de la policía camino a la estación, donde le abrirían un sumario, luego una denuncia, un cargo judicial y una condena, sin juicio ni proceso y de lo cual solo escuchaba una voz; era la voz de un militar de bajo rango y alto poder de decisión, que lo arrestaba, lo acusaba, lo juzgaba, y lo condenaba a cinco años de prisión. Y que se diera por bien servido, que no le hubieran metido en el ombligo, una de calibre 7,62 mm de *Kalashnikov soviética*, frente a un paredón cualquiera, al mejor estilo cubano.

¿Y la razón? No era necesario tener razón alguna para determinar lo que al gorila se le ocurriera que fuera la sinrazón de una condena. Ese era el tipo de juicio con

proceso acelerado, ordenado según las nuevas leyes, dictadas sin el consenso con un poder legislativo, ahora de presencia inexistente, y solo con la simple autoridad indiscutible, del soberano remachado a la silla del máximo poder, poder solo compartido con sus propios esbirros de rapaz revolución.

Por alguna razón desconocida emanada de un destino perturbado, el joven fue a parar a *Ramo Verde*… Los fiscales supieron que era hijo de un antiguo potentado venido a menos, y desaparecido en cautiverio, pero cuyo abogado defensor había presentado el caso ante la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA*, la cual había ordenado una investigación en curso, en contra del gobierno. Así que se determinó que el muchacho era un peligro inminente para la estabilidad del régimen y fue encarcelado en *Ramo Verde*, la prisión de alta seguridad destinada a los militares considerados traidores y a los presos de alto riesgo político.

Mucho después, le contaba a un amigo, aún recordaba ese primer día de su llegada a *Ramo Verde*. Una fila de presos que ese día ingresaban a la prisión, eran unos doce y él era el número nueve.

—El guardia me miró directo a los ojos, —dijo el joven—. era un guardia alto, más que yo, con una cara pálida que me recordaba a aquellos enfermos de paludismo, una cara que parecía de alguien recién amortajado, pero con una expresión endemoniada, con

unos ojos rojizos, unas arrugas de rabia y resentimiento, una frente fruncida que completaba el cuadro de un tipo, no solo mal encarado, sino malo desde las suelas de las botas hasta esa gorra ridícula que portaban todos los guardias ahí. Mejor dicho, una cara de hijo de puta en toda la extensión de la palabra.

» Me miró con desprecio y me pregunto:

—Nombre:

—¿Qué?

—Nombre malparido, ¿No me entiende? Aquí si no se despabila le va a ir muy mal…

—Nombre:

Victoriano Bukowski...

—¿y eso es un nombre? o ¿es que me está mamando gallo?, eso que va a ser un nombre, cabrón.

—Sí, yo me llamo Victoriano Bukowski…

—Pero que hijueputa nombre más maricón…

—¿y de dónde es? Ahora no me venga con el cuento de que viene de *las Pléyades*…

—Yo soy de Mérida…

—¿De Mérida? Pues con ese nombre aquí le iría muy mal, pero tranquilo papito, que a partir de hoy usted no vuelve a llamarse así… su nuevo nombre es 53859… ¿entendido? 53859… y no lo olvide, pues el castigo es el verraco. Mejor dicho, si olvida su número lo colgamos de las pelotas… ¿entendió?

» El siguiente…

Luego, pasados unos meses, todo se volvía una rutina, una rutina de tormento, suplicio, tortura y muerte,

todo junto… Las levantadas con palizas a las 4:30 de la perversa madrugada, las lavadas con agua helada de manguera, desnudos, sin vergüenza ni pudor, luego un incipiente desayuno de pan tieso y café negro de mala calidad, y una buena suerte de golpes de cachiporra para acompañar el desayuno, con la única razón del porque sí.

Los días eternos sucedían sin motivo alguno para seguir viviendo, más que la esperanza de llegar a la noche libertaria, donde el abrazo de *Morfeo* lo llevaría a mundos desconocidos más allá de las paredes del penal.

— O —

Capítulo 3.

Centro Nacional de Procesados militares de Ramo Verde

La comida era buena… bueno, digamos que relativamente buena… pero solo la destinada a quienes tuvieran con qué pagar y que fuera llevada por sus familiares y permitido el paso, pagando a los guardias de turno una coima como impuesto de aduana. Para los demás, la comida era un *murrio* asqueroso. Le llamaban *murrio*[1] como una alegoría a la tristeza sentida al comer semejante porquería.

Así se discriminaba a los presos ricos, de los pobres. Éstos tenían que comer solo la pésima e incipiente ración suministrada por la prisión, compuesta de 200 gramos de alimentos diarios. Al desayuno, una mínima arepa con una lonja de queso *triple crema*, que realmente era más grasa que queso, y una taza de café negro, y, al almuerzo, una pequeña porción de arroz con algo mínimo de carne molida o pollo. Pero en la noche no había cena. Se acostaban con hambre a eso de las 9:00 pm cuando apagaban la luz.

Para los que estuvieran castigados, se le suprimía el alimento.

Había dos zonas en el penal; el llamado Anexo A, que consistía en unos salones donde se hacinaban hasta

[1] Sinónimo de tristeza o desesperanza.

110 presos en un espacio mínimo, y que contaba con dos duchas y dos inodoros para esos 110 reclusos. El Anexo B era el más terrible, había solo 9 celdas de 12 metros cada una, para los presos con mayores calificaciones de ser peligrosos presos de consciencia, como era el caso del dirigente Leopoldo López, o el de Antonio Ledezma.

Victoriano quedó asignado en una de las celdas del Anexo B durante los primeros meses.

Con el rimbombante nombre de Centro *Nacional de Procesados Militares de Ramo Verde*, o con el simple de *Ramo Verde*, se presentaba un terrible lugar de hacinamiento y torturas físicas y sicológicas, con que el que el régimen castigaba durante largos años, a los reos de conciencia que consideraba peligrosos para los intereses del gobierno.

Así mismo, la sola mención de ese nombre, temido por todos, hacía que sirviera de escarmiento para quienes intentaban oponerse o siquiera criticar al régimen. Al respecto, era imposible no hacer un símil con las políticas de mordaza de los regímenes de Nicaragua o Cuba, igualmente tiránicos y corrompidos, los cuales prohibían y combatían la libre expresión y la disidencia.

Por las puertas infernales de *Ramo Verde* han pasado ilustres personajes de la vida pública de Venezuela, entre otros muchos, Antonio Ledezma, Leopoldo López, Raul Isaias Baduel, Daniel Cevallos, Salvatore Lucchese y periodistas como Carlos Julio Rojas o el activista Carlos Graffe.

Precisamente, el periodista Carlos Julio Rojas, en carta enviada a su señora madre le comentaba:

"Estamos hacinados, en una sola celda hay 112 personas, gracias a ello casi no pueden dormir, ni siquiera caminar, pasamos las noches de pie, en las colchonetas duermen hasta 3 personas, no tenemos derecho a la biblioteca, esto nos mantiene aislados y en ocio".

Varias veces los funcionarios del gobierno se comunicaron con el abogado del padre del joven Victoriano, para pedirle que se abstuviera de continuar con el caso ante la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA*, y en retribución, liberar al joven. Sin embargo, ya el caso estaba en curso y no había posibilidad de dar marcha atrás. Con ello continuaban los malos tratos, la presión psicológica, las palizas, los castigos de hambre, el dormir en el suelo sin siquiera un colchón o una manta, nada; pero lo peor era la suspensión de las visitas de su madre, la cual nunca figuraba como autorizada en las listas de ingreso a la prisión los días de visita. Todo era posible dentro del terrible trato que debía soportar el joven.

Con esa rutina permanente, pasaron los días y luego los meses, uno tras otro… Día tras día, los mismos castigos, las palizas por cualquier minucia, las revistas donde ponían patas arriba su celda, como si tuvieran mucho que esculcar, cuando no había prácticamente nada que le perteneciera, y como nunca permitían la visita

de sus únicos familiares, su madre, de nombre ella, Aranza Chirios de Bukowski y su hermanito Julián, entonces no había quien le llevara provisiones de alguna clase, y su entorno se mantenía desocupado.

Había perdido unos 15 kilos y su cuerpo no era más que una imagen fugaz soportada por los huesos. Pero lo más grave era el detrimento de su salud mental; cada vez eran más recurrentes los pensamientos imaginando formas de acabar con su vida.

Pensaba en cómo encontrar una soga fuerte o una correa, los presos no usaban correas, se preguntaba cómo era que se hacía el nudo corredizo, de pronto pensaba en encargar a uno de los gamonales de la prisión un veneno para las ratas que actuara rápidamente, o tal vez un cuchillo afilado para recostar sobre él todo el peso del cuerpo a la altura del corazón en medio de dos costillas, para que la hoja entrara limpia en el tórax. Quizás sería fácil buscarle pelea a uno de aquellos gamonales para provocar que lo mataran a golpes. Esa sería la forma fácil, aunque muy dolorosa.

Un día, pasados ocho meses, lo sacaron de la celda de castigo donde lo habían recluido por pisar fuertemente y con toda intención, el pie de un guardia, un día en que ese lo había golpeado con una cachiporra por puro gusto y sin razón alguna.

"Ahora sí me van a matar… por fin muero" pensaba el joven.

Lo llevaron a las oficinas de la Dirección del penal y lo sentaron en un cuarto cerrado.

Al rato entró un hombre vestido de traje y corbata y se sentó frente a él.

—Yo soy Federico Curiel, —dijo el hombre—, y vengo encomendado por la Misión de la OEA en Caracas, para verificar su estado de salud y presentar un informe. También para anunciarle que se ha tramitado su salida de esta prisión por razones humanitarias. El día de mañana está programada su excarcelación. Felicidades.

Ocho días después, ya en su casa:

—Madre, —dijo Victoriano—, me tengo que largar de este país, no veo que tenga arreglo y esos malditos comunistas nunca se van a bajar del poder. Todo lo tienen bien calculado y han puesto sus fichas en los puestos clave para dominar todas las ramas del poder, que ha quedado unificado en cabeza de ese presidente, un ignorante sin mayores estudios, un payaso elegido por un pueblo igualmente ignorante, y con una autoridad plenipotenciaria, que hace lo que se le viene en gana y tiene totalmente quebrado al país.

—Madre, —continuaba Victoriano—, yo no veo futuro en este país y así se va a quedar por muchos años.

—Sí hijo, —dijo Aranza Chirios su madre—, te entiendo y te animo a que emprendas ese viaje y encuentres nuevos horizontes más allá de estas paredes.

» Pero, quiero hablarte de algo que me parece de crucial importancia ahora que vas a comenzar un viaje hacia la esperanza.

Aranza continuaba:

—Mira hijo, la riqueza es algo que le huye a quien la desprecia y también a quien la siente lejos y no la busca, precisamente por verla como un imposible…

Hay un dicho que dice:

"*El que ha tenido riqueza, así se caiga, siempre sabrá levantarse y podrá volver a tenerla*".

» O también, quiero recordarte aquel pasaje de la biblia en Marcos 4:25, que dice:

"Porque al que tiene, se le dará más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará."

Pareciera una injusticia, pero es una máxima que se aplica a la realidad y que tiene que ver con la mente y las convicciones de las personas. El que habla de pobreza y de falta de dinero, siempre estará dándole vueltas a ese tema, una y otra vez, mientras otro, se concentra en encontrar los medios de ascender por encima de sus dificultades, y surgir.

Tú, yo y la familia nuestra, siempre hemos tenido riqueza en el pasado, y de seguro volveremos a tenerla, así que, con esta convicción, quiero que emprendas ese viaje para encontrar un mejor porvenir. Te doy mi bendición.

Poco después, en un atardecer, con el ánimo en alto y por estandarte sus sueños, se despidió de su madre y su hermano y se fue con el viento… iba rumbo a la frontera.

Días más tarde, ya el joven se encontraba en una carretera en pleno desierto; había atravesado la frontera

con Colombia por *Maicao* y al no tener papeles, pues se le habían quedado en casa, se encontraba atravesando por un camino secundario, para no alertar a las autoridades, yendo por algún paraje remoto en la región de la Guajira, al norte del país.

Iba caminando o mejor arrastrándose, asado bajo un sol canicular, y transpirando los últimos rezagos de humedad que quedaban en su cuerpo, intentando llegar a un lugar poblado, y sufriendo por la falta de alimento y de líquido.

Sin dinero y con pocas esperanzas de conseguirlo, iba a la deriva de una suerte que quizás el universo le tuviera reservada para un próximo futuro, pero mientras tanto, simplemente debía continuar, un paso a la vez y después el siguiente…

Sin embargo, lo único que llevaba y que valiera la pena mencionar, era su inquebrantable voluntad de salir adelante a como diera lugar, así se reventara en el intento.

A lo lejos alcanzó a divisar un par de personajes y una camioneta, Uno de ellos sostenía una cámara de filmar, y el otro un micrófono conectado a un maletín.

—Al parecer son periodistas, —pensó—, quizás quieren entrevistarme… Pero ¿y yo qué tengo que decir?

— O —

Capítulo 4.
Enfrentando la selva del Darién.

Varios días después el joven Victoriano Bukowski ya había atravesado casi todo el territorio colombiano de este a oeste y se encontraba ante la disyuntiva de seguir los pasos de aquellos que habían intentado atravesar la selva del llamado *Tapón del Darién*.

Algunos muy fuertes y con la buena suerte de su lado, lograban pasar ese infierno verde, pero muchos otros no lo lograban e iban dejando sus humanidades tiradas a lo largo del camino, en medio de las montañas, los pantanos y barrizales de la inhóspita selva. Era una jungla asesina y brutalmente peligrosa, que era menester cruzar a pie para llegar a la frontera con Panamá.

Con una extensión de 100 kilómetros, *el Tapón del Darién*, corta la carretera panamericana e interrumpe el paso de la ruta que une a la región de *Ushuaia* al extremo sur de Argentina o *Tierra de Fuego* al Sur de Chile, con *Prudhoe Bay* en el extremo norte de Alaska en Estados Unidos, después de atravesar: sur, centro y norte América hasta Canadá y Alaska.

Los puntos de corte de la carretera panamericana en el *Tapón del Darién* van desde uno llamado *Lomas Aisladas*, en el municipio de *Chigorodó* en Colombia, donde termina la carretera, hasta el corregimiento de *Yavisa* en Panamá, donde continúa el camino, terminando, como dijimos, en Alaska.

Aquellos que están dispuestos a todo, realmente hacen la ruta, llegando hasta un pueblo colombiano de nombre *Necoclí*, en la costa atlántica colombiana, donde se acantonan durante varios días, mientras logran conseguir el dinero para pagar la embarcación que los llevará por mar, atravesando el *Golfo de Urabá* hasta un lugar turístico en la frontera colombiana con Panamá, llamado *Capurganá*.

Ahí se confunden los turistas de playa con sus vistosos trajes, bikinis, pantalonetas de moda y pieles bronceadas, disfrutando con lujos, comidas y presencias vistosas en hoteles costosos, contrastando en forma infame con los recién llegados refugiados, maltrechos, que son abordados por los traficantes de personas que rápidamente, apenas se bajan de las embarcaciones, los conducen aparte a unos sitios clandestinos para timarlos con grandes y costosas ofertas de ayuda, vendiéndoles baratijas supuestamente necesarias para atravesar la selva y cobran también la tarifa obligada de tránsito por la selva.

Es un costo imperativo que estos maleantes han establecido como impuesto a todos y cada uno de los viajeros que quieran atravesar la selva por ahí.

El gobierno no cobra nada, pero las autoridades locales, conocedoras de la situación, tampoco hacen nada por evitarlo, tal vez compradas por los traficantes con corruptas gratificaciones, o al menos eso es lo que dicen las víctimas.

Muchos de aquellos refugiados llegados a ese sitio, ni siquiera hablan un idioma conocido. Son gentes

llegadas a esa selva, desde todos los rincones del planeta, donde reine la injusticia y la desidia de gobiernos corruptos.

Lugares, algunos de muy lejana procedencia, con nombres como: Ghana, Pakistán, Bangladesh, Yemen, Nigeria, Senegal, Congo, Venezuela, Cuba, Haití, Colombia y muchos más, son mencionados en idiomas, muchos de ellos imposibles de reconocer, pero que, al llegar el momento de engañarlos, no es problema entender y hacerse entender, para, al final, hacerlos caer en la trampa y timarlos.

Años después, Victoriano le comentaba a su amigo Joaquín Vallejo, su experiencia en el *Darién.*

—Mira Juaco, —dijo Victoriano—, esa es considerada la selva más peligrosa del mundo, y yo lo constaté en persona; su escabrosa topografía plagada de pantanos, ríos llenos de alimañas, barrizales y arenas movedizas que se tragaban al desprevenido caminante y montañas de muy difícil tránsito, con inseguros pasos, resbaladizos e inclinados, pasando por lo alto de peligrosos acantilados, que caían abajo hacia un río torrentoso imposible de nadar, y donde un mal paso podía significar la pérdida de la vida, como, me consta, le sucedió frente a mis ojos, a una niñita de escasos 9 años que se soltó de la mano de su madre y terminó resbalando y cayendo abajo a la corriente, y desaparecer para siempre en medio de los gritos desgarradores de su madre que no pudo hacer nada. Nadie del grupo que pasábamos por ahí

en ese momento pudimos hacer nada… a los pocos minutos ya la niña se había ido de la selva, de la montaña y de este mundo, arrastrada por el torrente.

» El llanto de su madre nos acompañó durante un trecho muy largo, evitando que pudiéramos olvidar lo que podía sucedernos a los demás.

» Y un altercado, alguien ya desesperado con el llanto, le gritó a la señora para que se callara e inmediatamente recibió un fuerte golpe en el rostro lanzado por otro caminante que no soportó la injusticia de ese altanero. Entendimos que era imperativo permitir que se manifestara el dolor de quien fuera y de la forma que fuera.

» La fractura de un tobillo o una pierna, o un padecimiento grave y paralizante, significaba tener que dejar tirada a la víctima a su suerte y siempre a una muerte segura, al ser imposible cargar con ella por entre la selva montañosa.

—Al caer la noche, —seguía comentando Victoriano a su amigo—, encontrándose sola en la oscuridad, la persona era presa fácil de los felinos que merodeaban y pronto daban cuenta de ella. En las noches, a lo lejos, alcanzábamos a oír los alaridos de agonía de alguien que, en medio de la oscuridad y la soledad, estaba siendo despedazada viva por una fiera.

» ¿Qué hacer? pues nada, y seguir como si no fuera con nosotros. Pero esos gritos se te pegan en el alma, te martirizan el cerebro hasta muchos años después cuando los recuerdos de aquella travesía no se te borran de la mente…

» Muy frecuente era encontrar a la vera del incipiente camino, un cadáver, medio vestido y medio carcomido, sin ojos, verdoso, oliendo el peor de los olores, el de cadáver de varios días de intemperie en medio de una ardiente humedad, con la cabeza agachada, sentado en una última posición de descanso, en el sitio hasta donde lo llevaron sus fuerzas, y que tuvo que ser abandonado por los demás.

» Esa era una imagen que cargábamos en nuestra mente, de lo que nos esperaba a cualquiera de nosotros, de llegar a caer herido o enfermo, en medio de ese infierno, y eso creaba más zozobra y terror en los caminantes.

» También era una selva muy peligrosa por la fauna del lugar, plagada de gran cantidad de serpientes venenosas, entre las que se contaban la peligrosa *coral*. Ésta se conoce por su atractivo colorido, aunque hay que diferenciar la genuina coral asesina de la falsa coral inofensiva, cuyo color tiene el distintivo de tener el anillo blanco entre dos anillos negros, mientras la genuina combina sus colores intercalándolos entre sí.

Victoriano seguía comentando con su amigo Joaquín Vallejo:

—También está la "*Cuatro narices",* que también llaman la "*pudridora"*, que después de morderte, casi inmediatamente, en cuestión de horas, comienza un proceso de gangrena que avanza aceleradamente, y donde la carne afectada comienza a podrirse y el olor es insoportable, hasta que se hace necesario amputar la

parte dañada, o de lo contrario, morir pudriéndose en vida todo…

» O también está aquella gigante anaconda que no ves venir y cuando sientes es una inmensa presencia, apretándote y asfixiándote hasta reventar y morir.

» También están los mencionados felinos, como el puma y el jaguar, que acechaban a la víctima en la sombra, para caerle con un ataque por sorpresa. También los cocodrilos que, en los pantanos, acostumbraban a atrapar a las víctimas que atravesaban nadando, para arrastrarlas hasta el fondo y ahogarlas, y luego devorarlas. O las ranas, pequeñas y hermosas, de colores llamativos, pero absolutamente letales, cuyo veneno al rozarlas solamente, podía matar, de una buena vez, a diez hombres. También las arañas tarántulas y pollas, que caían sobre la victima desde las alturas, sin previo aviso, con sus ponzoñas mortales, para picarlas en la cara o en la cabeza.

» Ni qué decir de los mosquitos y toda suerte de insectos, algunos todavía desconocidos por la ciencia, que atormentaban a los viajeros hasta la total desesperación, cuando no con fiebres y raras enfermedades igualmente desconocidas.

Victoriano continuaba…

—Yo oí gritar de dolor a un hombrón de 1,90 metros de altura y una musculatura digna de un fisicoculturista, cuando al pasar un río, en el agua, debajo de la fina arena del fondo, se había alojado una *manta raya*, como de 85 centímetros circunferencia y al pisarla, le

clavó la ponzoña en la pantorrilla. Dicen que es de los dolores más terribles que existen. Esa noche acampamos y tratamos de dormir en medio de sus quejidos. A la mañana siguiente, más recuperado, y con un emplasto de hierbas medicinales machacadas y masticadas por un indígena, pudimos continuar nuestro camino y no tocó abandonarlo a su suerte.

—Pero ¿sabes qué? —continuaba Victoriano— lo peor de esos peligros, eran los seres humanos desalmados, traficantes de personas, con terribles intenciones, que engañaban a los viajeros para dirigirlos a los lugares considerados más peligrosos para que perecieran y poder quedarse con su dinero y pertenencias. En el mejor de los casos, estos bandidos cobraban un promedio de US$ 10,000 dólares, por llevarlos desde Colombia hasta Estados Unidos, ofreciendo ayudar, asegurando su paso por el calvario de la selva, lo cual nadie ni nada podía asegurar y como muchos morían en el intento, se ganaban el dinero sin mayor esfuerzo.

» No te imaginas, Juaco, la cantidad de cadáveres en descomposición que uno encuentra por la ruta al atravesar la *Selva del Darién*, realmente son quizás cientos de cadáveres que ahí han quedado abandonados a través de todos estos años y a los cuales no es posible dar cristiana sepultura, pues por ahí hay que pasar de largo y sin detenerse.

» Nunca, ni en el peor infierno imaginado por *Dante Alighieri*, se hubiera podido mostrar con mayor

crudeza, un espectáculo como el que uno encuentra en las selvas y montañas del *Darién*.

—Mira viejo, —continuaba Victoriano—, una de las peores cosas es el olor nauseabundo que desde lejos ya se siente al llegar allá. No solo los cadáveres en descomposición, sino los mismos barrizales, con toda clase de elementos orgánicos mezclados con excrementos humanos y animales, que se descomponen y pudren.

» Los viajeros se ponen pañuelos en el rostro que de nada sirven, pues, poco después, no solo se trata del espantoso olor ambiental, sino que, con el paso de las horas, ya el olor a podredumbre se ha impregnado en las propias ropas e incluso parece durar varios días en desaparecer, por más que se laven varias veces.

» Y respecto a lo que observas allá, pasan semanas para que vayan disminuyendo de tu mente subconsciente, las imágenes de los cadáveres a medio roer por parte de las alimañas, los rostros de los muertos, que muy pronto pierden los ojos por acción de las aves que parecen tener preferencia por estos, dejando las cuencas vacías y haciendo mucho más tenebrosa la visión de un rostro verdoso, con trozos de carne aquí y allá, arrancada por pedazos, gusanos gigantes que reclaman su parte en el terrible festín de los carroñeros y esos rostros con las cuencas de los ojos vacías que te miran sin mirar, y parecen reclamar una justicia, no solo en el país donde se origina la maldad de los gobiernos asesinos, sino de toda

una humanidad que no se entera, o sabiéndolo, ni hace nada al respecto.

» Pero esto no es importante, esto no es Europa ni Norteamérica. Es América del Sur, la América de los pobres, la de los gobiernos tiránicos de izquierda y de derecha, que se aprovechan de la ignorancia de sus gentes.

» Pero, lo peor de lo peor, las imágenes de cadáveres de los niños abandonados por sus padres en la selva, no por gusto, sino por enfermedades, accidentes y tragedias. Eso simplemente te mata el alma...

Victoriano continuaba su relato:

—Una noche, los truenos lejanos anuncian lo que pronto vendrá… poco después llega una tremenda tempestad con rasgos de diluvio universal. A partir de ese momento llueve copiosamente durante veintidós horas, comenzando hacia las 6:45 de la tarde, hasta las 4:00 de la tarde del día siguiente.

» Han tenido que improvisar por grupos, unas covachas con palos, ramas y plásticos, para pasar una noche de insomnio permanente, aunque con el agua, ya los insectos se han refugiado en sus guaridas.

» No pude pegar el ojo en toda la noche. Cuando no eran los destellos de los rayos que caían cercanos, el sonido de los truenos que te sacuden, los ruidos de la selva que te aterran en medio de la oscuridad reinante, todo el tiempo imaginando y esperando un mordisco y una picadura que pueden llegar en cualquier momento.

» Al día siguiente, todo parece una gran cloaca salida del averno, plagada de podredumbre, estiércol, barro, olores nauseabundos y barrizales resbaladizos que atentan contra cualquier intento de mantener el equilibrio.

» Y algo terrible, la humedad ambiental de casi el 100%, en medio de un calor sofocante que se acerca a los 38 grados centígrados, y eso se siente como estar dentro de una olla de presión cocinándose lentamente.

» Todo el día durante la travesía estábamos con la ropa mojada, bien por el sudor y la humedad o bien por la incesante lluvia que pareciera eterna en esa selva, pero que no refresca, sino que incomoda mucho más.

» Las selvas del departamento del Chocó en Colombia son de las que tienen el mayor índice de precipitación pluviométrica en el planeta, y justo, el corregimiento de *Tutunendo*, en el Chocó, tiene el récord de ser el tercer lugar de la tierra de mayor pluviosidad.

—Pero sigamos, —dijo Victoriano—, en un momento dado, yo me resbalé y caí de cara contra un montículo de barro y piedras y me corté la frente sangrando un poco. Apareció de la nada un hombre de aspecto mestizo, al parecer ecuatoriano por su acento, me limpió la herida y me puso un emplasto de hierbas y polvo de sulfato, un antibacteriano para que la herida secara pronto y no se complicara. Cuando le agradecí, él murmuró algo inentendible; creí adivinar que dijo "No hay de qué". No cobró nada… solo estaba ahí cual ángel, para ayudar…

—Cuando todo sale bien, —seguía Victoriano—, si así pudiera llamarse al hecho de atravesar por esa jungla sin perder la vida, el promedio en tiempo para lograrlo es de entre cuatro y ocho días, en los cuales, el contraste entre el bien y el mal se hace más evidente que en ningún otro lado. En adición a las terribles condiciones de ese viaje, están los maleantes que aparecen intempestivamente para robar y violar a las mujeres, las niñas e incluso a las mujeres mayores, frente a sus hijos, hermanos y esposos, sin ningún pudor ni recato y escudados en las armas de fuego, con que apuntan, dispuestos a mandar al otro mundo a quien se atreva a intentar evitarlo.

» También es común el llamado *hormigueo* o *mochileo*, que consiste en el acarreo y tráfico forzado de varios kilos de *clorhidrato de cocaína*, usando a los migrantes indefensos, quienes son obligados por los narcotraficantes de la zona a realizar esta labor, como pago de la cuota de paso por atravesar el *Tapón del Darién*. Es una práctica común usada para transportar cocaína entre Colombia y Panamá, y, sobre todo, caen en esta práctica quienes no tienen dinero efectivo para el pago del impuesto de tránsito por la zona.

» Son múltiples los casos de migrantes capturados, quienes ven morir sus sueños de progreso en medio de los barrotes de una prisión centroamericana, durante largos años.

» De otra parte, también se encuentra presente la solidaridad humana en todo su esplendor, la ayuda mutua

de unos y otros. Caminantes que atraviesan juntos, sin haberse conocido nunca, ni poder entender el idioma ancestral de sus culturas lejanas, pero donde un gesto, una mano que se tiende para atravesar un paso difícil ayudando al equilibrio, donde alguien, hasta ese momento un total desconocido, te brinda un trago de agua de una botella compartida, o donde alguien se agacha para ayudarte a poner un poco de *sulfato* en polvo, en una herida reciente o te ayuda amarrando un trapo en una herida destapada.

Victoriano continuaba comentando con su amigo Joaquín Vallejo, las incidencias del viaje.

—¿Sabes qué? —dijo Victoriano—, recuerdo un caso patético que me tocó presenciar. Se llamaba Martina Fonseca, no se me olvida el nombre, una mujer de aspecto afrodescendiente, que venía solamente acompañada por su hijo de aproximadamente nueve años, y en un paso difícil, se resbaló y cayó mal, luxándose el tobillo izquierdo, aunque no hubo fractura… Al poco tiempo el tobillo inflamado parecía una pelota de futbol

La mujer fue abandonada por su grupo pues por más que intentaron hacerle una tablilla y un bastón, la mujer no podía avanzar con prontitud y el dolor era insoportable. Cuando llegamos nosotros, en un grupo de unas 11 personas, encontramos a la mujer sentada acompañada de su hijo, quien rotundamente se había negado a dejarla abandonada, y se quedó con ella.

En ese momento paramos con el grupo, para indagar por lo sucedido y ver la posibilidad de hacer algo. Era poco lo que se podía hacer…

En ese momento, un negro gigantesco, de casi 2,00 metros de estatura, y quién, después supimos venía desde Senegal, África, sin mediar palabra alguna, pues su idioma era inentendible, sin pedir permiso, tomó a la mujer, la levantó y se la echó al hombro y arrancó a subir por la empinada colina como si llevara un pequeño morral. El niño, mostrando una amplia sonrisa los seguía de cerca. No pude aguantarme y se me salieron un par de lágrimas… Miré hacia otros caminantes que al igual que yo, estaban enjugándose las lágrimas.

— Hay otra historia que recuerdo, —le dijo Victoriano a Joaquín—. En nuestro grupo venía desde Venezuela una familia de apellido *Petrosyan,* de ascendencia armenia, pero no me refiero a la Armenia de Colombia, sino a otra Armenia en Asia central, un país situado en la región del Cáucaso, limítrofe con Azerbaiyán, Rusia y Turquía. Sus abuelos, también de apellido *Petrosyan*, habían huido hacia Sur América, convirtiéndose en refugiados y radicándose en Venezuela, por la época en que el gobierno turco había emprendido una política de exterminio contra el pueblo armenio entre los años 1915 y 1923, asesinando nada menos que a 1.500.000 ciudadanos armenios, según me contaron ellos.

» Me hice amigo con los *Petrosyan,* una familia compuesta por *Agasi*, el padre y *Berjouhi* la madre, y tres

hijos adolescentes, quienes venían en nuestro grupo de caminantes. La historia de la emigración y la tragedia de tener que buscar otros horizontes, nuevamente se repetía en su familia. La historia de ellos, descendientes de aquellos refugiados, ahora, un siglo después se repetía con ellos, igualmente convertidos en refugiados y luchando por la supervivencia. Eran los miembros de la segunda generación, que, viviendo en Venezuela, cayeron en la indigencia cuando sus bienes fueron expropiados por el régimen comunista y sus ingresos llegaron a niveles paupérrimos, viviendo solo de las cartillas del gobierno.

» Los *Petrosyan*, decidieron romper con la sombra que pesaba sobre su familia e intentaban emprender una vida de progreso en los Estados Unidos hacia donde se dirigían.

» Eran los sueños de todos, los anhelos por una vida mejor, la ilusión de alcanzar una meta y comenzar una vida de prosperidad, así fuera luchando con sus últimos recursos y apostando y arriesgando su vida con el fin de dejar un legado de bienestar a su familia y descendientes.

Victoriano continuaba su relato:

—Otros que conocí en el camino del *Tapón de Darién*, fue una pareja de jóvenes, demasiado jóvenes. Se diría que no llegaban a la mayoría de edad y por sus apariencias pareciera que escasamente llegaban a los 15 o 16 años, pero al parecer, habían huido de sus hogares para emprender este terrible periplo. Ellos iban en el grupo donde yo estaba, atravesando la jungla.

» Se llamaban Mabel Santamaría ella y Juan Fernando Alarcón él. Eran prácticamente unos adolescentes, aunque sanos y fuertes, que habían jurado con sangre permanecer unidos hasta llegar a ancianos, y ahora buscaban llegar a los Estados Unidos, con el fin de comenzar una vida de prosperidad en pareja, lejos de la Venezuela de sus dolores.

En aquel momento para Victoriano era imposible pensar que varios años después, nuevamente se volvería a encontrar, tanto con los *Petrosyan,* como con Mabel y Juan Fernando, cuando la vida diera un par de vueltas de tuerca más…

— O —

Capítulo 5.

Un mendrugo y la Consciencia Interior…

Victoriano seguía relatándole a su amigo Joaquín Vallejo, las peripecias de su viaje y las vividas en su paso por Centroamérica. Esto sucedía muchos años después, cómodamente sentados ante una mesa, disfrutando un buen desayuno en el café *Versailles* de la calle 8 en Miami.

—Bueno Joaquín, —dijo Victoriano—, finalmente pude pasar por la *Selva del Darién*, pero una parte de mi alma quedó enredada entre los bejucos y la maleza, en medio de los pantanos, los cadáveres en descomposición, los olores nauseabundos, y las terribles historias de dolor profundo, no contadas sino mostradas, en la visión de aquellos abandonados en el camino, que no pudieron lograrlo y que vieron morir sus sueños e ilusiones allá en la selva traicionera.

» Continuando en mi camino, saliendo de la selva, ya en Panamá, recibimos ayuda gubernamental, comida, techo y algo de descanso, tan necesarios, para seguir hasta llegar a la frontera siguiente.

» Poco después, también había atravesado Costa Rica, gente buena y amable, aunque no pude recibir más ayuda que la mínima. Sin embargo, realizando labores menores, como lavar un carro, cortando el prado o llevar un mercado, pude obtener el dinero suficiente para comer todos los días.

» Luego pasé por Nicaragua, país éste donde me robaron, el escaso dinero, unos atracadores que ni siquiera me perdonaron el estado de miseria. Ahí también había una milicia comunista que imponía la autoridad sin leyes ni decretos, solo el criterio del propio policía de turno. Los estúpidos no entendieron que era a mí a quien habían atracado y que yo no era un atracador arrepentido que me venía a entregar, o tal vez me encarcelaron pensando que era un paria mafioso y pandillero disfrazado de mendigo, pero al llegar a la Estación de Policía, el capitán se encaró con los guardias que me traían; les intentaba explicar que yo, un pobre mal nacido, mal trajeado, mal presentado y mal alimentado e infeliz en todo sentido, no podía atracar a nadie… y me soltaron para que me largara rapidito.

» En el Salvador no pasó nada aparte de la propuesta de unos pandilleros de unirme a su cuerda de maleantes. Sin embargo, no alcancé a rechazar la oferta, pues antes, el jefe de la pandilla me rechazó por las mismas razones de miseria mencionadas por el guardia en Nicaragua. En fin, una patada en el culo y fuera de su vida y de sus calles. Me echaron como a un perro.

—Mira Juaco, el camino se había vuelto mi mundo, —continuaba relatando Victoriano—, y mi más importante tarea eran los pasos… pasos, pasos y más pasos, esa era la rutina del camino, no podía pensar en el cansancio, solo tenía que pensar en dar el siguiente paso y el siguiente, y debajo de mis pies iban pasando los kilómetros, despacio, uno tras otro, y así avanzaba el

camino y avanzaba mi vida… ¿Hacia dónde? no tenía idea, pero por lo menos ya estaba camino del exilio, lejos de la tragedia de mi país.

» Pocos eran quienes se apiadaban de mí y a pesar de mi mala presencia, me daban un aventón en un vehículo, para lograr avanzar con más prontitud la distancia proyectada.

» Fueron varios los días que se fueron volviendo semanas, las que había pasado en el camino; y una vez llegado a Guatemala, seguí caminando en la ruta del exilio, ya cansado y decrépito, pero con el ánimo todavía alto para continuar persiguiendo mis sueños, a pesar de la dureza del camino.

» Yo prefería viajar solo pues en grupo era más difícil conseguir ayuda para todos, que yendo solo.

—Pero ¿sabes qué, Joaquín? —seguía comentando Victoriano—, creo que lo más importante de esta travesía era el tiempo que pasaba silencioso, y, sin embargo, lleno de sueños de grandeza… nunca dejaba de soñar, pensaba en el momento en que pudiera conseguir el dinero requerido para continuar mis estudios en cualquier Universidad. Pensaba en mi carrera, pensaba en múltiples negocios que armaba en mi mente, así mi indumentaria nada tuviera en común con esos sueños. Un día imaginaba estar en una casa inmensa de mí propiedad, frente a una playa soleada y con una piscina azul, como azul imaginaba el color del cielo de aquel lugar paradisíaco… Si veía pasar un *Mercedes*, pensaba que así era el carro que lograría conducir el día que lograra cumplir mis metas… Soñaba que con el tiempo esos

pensamientos pasarían de ser meras posibilidades lejanas, a convertirse en verdaderas realidades por lograr, en un tiempo simplemente prudencial. Nunca dejaba de soñar, y creo que eso me mantuvo firme en el camino.

» ¿La verdad? en ese momento podía estar atravesando una loma en medio de un chubasco con rayos y centellas, aterido hasta los huesos y sin más abrigo que el de mis propios sueños… y si yo, a alguien le hubiera mencionado algo acerca de mis sueños, se hubiera reído y quizás me hubiera mandado a encerrar en un manicomio.

***

Y después llegó la noche. Victoriano iba por un camino solitario al sur este de Guatemala, cerca de un caserío llamado *Aldea Paty*, en las montañas, bajando desde *San Marcos*, a pocos kilómetros del municipio de *San Rafael Pie de la Cuesta*. Se encontraba ahí pues había hecho un trabajo en una finca, por el que no le pagaron casi nada, solo la comida y la dormida de dos noches.

Seguía caminando bajo un oscurecido horizonte que aún mostraba un débil destello que iluminaba sus inseguros pasos.

Alcanzó a ver allá, a lo lejos, quizás una esperanza de calidez humana y poco a poco se acercó a la luz de la ventana de una vetusta habitación, alejada del mundo terrenal y de las manos de un Dios ocupado y distraído.

Llamó varias veces casi sin esperanza; pensó en una plegaria, pero sería una plegaria ausente de

significado, pues desde hacía mucho, los rezos, oraciones y jaculatorias, habían salido corriendo por la puerta trasera de su alma y ahora solo creía en sí mismo y en lo que pudiera lograr con su propio esfuerzo.

Oyó un ruido muy bajo y esperó con paciencia sentado en la oscuridad reinante, hasta que alguien abrió…

Era una anciana cuya edad centenaria, había perdido el sentido del tiempo y del futuro y ya se sostenía, casi ingrávida, en una dimensión de celestiales ámbitos, donde la bondad espiritual de su mirada, nada tenía que ver con esta densidad de afanes materiales.

La mujer le acercó un mendrugo y una taza de café para calmar el hambre y le permitió un rincón afuera, en el pasillo externo, para pasar la noche con algo de humana cercanía.

Muy temprano en la mañana, ya había partido en ruta hacia un destino quizás impredecible, pero con la esperanza de nuevas energías, azuzadas por la brisa que a esa hora soplaba en los caminos, viento sembrado de esperanzas y de sueños pendientes, y una taza de café, un huevo y otro pedazo de pan por desayuno, que le brindó la anciana para fortalecer sus pasos.

El nuevo día y el sol de una mañana, prometedora de quizás buenos augurios, le regalaron una sonrisa que se dibujó en su rostro, y un sentir de gratitud en su Consciencia, le dejaron el pensamiento fugaz de que tal vez, aquel Dios distante y distraído, le pudiera proteger en su camino por la incierta lejanía y dirigir sus pasos hacia un porvenir más luminoso.

—Pero ¿un Dios?
—¡Cuál Dios! —pensaba—, ¿el de afuera?

Él no sabía rezar… nunca lo había hecho, no tenía a quien dirigir sus oraciones y plegarias, no creía en dioses colgados de nubes celestiales, en medio de cruces y torturas, en entornos de juicios finales y condenas eternas, por no acoger, pronunciar y dirigir las santas alabanzas hacia el dichoso altísimo.

Sin embargo, una práctica, siempre cumplida muy temprano, así fuera en la más intensa madrugada: Diariamente separaba un momento de quietud y de silencio para meditar y encomendar su pensamiento, a una instancia superior en el profundo interior de su corazón y su Consciencia; ese era quizás su Dios interior que jamás lo abandonaba y nunca le fallaba, y no como aquel dios externo, distante y distraído, imaginado por las gentes creyentes, aquellas que pedían una y otra vez en oración, lo que al parecer nunca llegaba y ofrecían en sacrificio los pesares de sus vidas compungidas de dolor y de tragedia. Pero al no llegar respuesta de las grandes alturas, perdían cualquier rasgo de esperanza, cejando en su esfuerzo, vencidos a la menor resistencia que les opusiera la vida con aquellas talanqueras… aquellas talanqueras tan necesarias para templar el alma.

El joven sabía que el único camino a seguir para salir fortalecido hacia el exilio era cuando uno invocaba su propia fuerza interior para afrontar la vida con

dignidad y solvencia y luchar sin esperar golpes de suerte, ni ayudas celestiales, más que las de su propio ser interior divinizado.

Y a ese Dios interior de su Consciencia, dirigía su pensamiento final al terminar el día, como una última ofrenda por el esfuerzo dado en la lucha por la vida.

— O —

Capítulo 6.
Llegando a México

Y llegó el día siguiente y luego otro más y así fueron pasando los días, muchos días, y luego semanas que se volvieron meses… algunos de ellos desfallecidos por las hambres soportadas, y otros, apenas sobrevividos con alguna que otra sorpresa intempestiva para llevar a la boca.

A veces, algún trabajo mediocre, que le brindaba aquella escasa moneda, para comprar un mendrugo de cualquier cosa, o lograr una bebida con que calmar sus ansias de sed y de justicia.

Se presentaban escasos pero oportunos, los trabajos menores para ganar algo que lo mantuviera con vida en el camino, un día trabajando en una tienda en labores de limpieza, otro en un bar ayudando a lidiar con borrachos, o en una finca de ganado recogiendo el estiércol para regarlo y acondicionar la tierra, o en una siembra recogiendo café y frutas, o cosechando sueños y esperanzas, permitiéndose colaborar en la riqueza de otros, y ganándose el pan y la bebida con una honestidad a toda prueba, haciendo de su vida una forjada lucha, con ingentes esfuerzos por lograr sobrevivir.

Algunos lo despreciaban en silencio, una mirada de asco y de reproche por su propia condición de miserable. Algunos otros lo maltrataban por ser un paria

sin patria, ni techo, ni nada que lo pudiera salvar de la indignidad de una vida miserable… Muchas veces fue golpeado, pateado y atacado por seres sin consciencia, y muy pocas, las veces en que encontraba amor y compasión.

Pero… dicen que hay algo, allá muy lejos, en el fondo del lejano Universo… un algo que observa silencioso… no es un Dios, sino algo más verdadero, algo así como un estado de Consciencia Universal, algo como un pensamiento eterno que a todos pertenece por igual, una Consciencia Colectiva, creadora de todo lo existente. Fuente eterna e infinita de todos y de todo y que es nuestra propia esencia vital que anima la existencia.

Un día, aparecía una mínima oportunidad venida desde el fondo de la vida, una nimiedad con potencial de volverse grandiosa si se quisiera aprovechar y el joven miserable la tomó como su única tabla de salvación.

Ya había pasado la frontera mexicana sin mayor inconveniente y había llegado exhausto a un lugar extraño en las montañas, donde lo había llevado un camionero amable, en un furgón desvencijado, bastante acabado, por el trajín de una vida entera de maltratar caminos, trochas y frecuentar lugares perdidos en los rincones alejados de la vida.

Alcanzó a leer en una pieza de hojalata, con letras rojas, un nombre: *Tapalpa*.



Pueblo de Tapalpa, Estado de Jalisco, México.

Un cura cristiano, habitante de ese pueblo perdido en la distancia de un camino extraviado, lejos de todo lo existente y aparte del camino del progreso y de la vida, lo escuchó con atención… y al ver la necesidad del joven, y la contagiosa ausencia de prosperidad y de futuro promisorio, le ofreció una oportunidad como monaguillo, aprendiz de sacristán, y conserje de la minúscula parroquia de aquella olvidada lejanía.

Para el joven miserable eso fue como tocar el mismo cielo con la punta de los dedos… Ahora tenía tres platos de comida servidos en una mesita en la trastienda de la casa del cura, un baño donde acudir en caso de necesidad, una cama limpia en un cubículo minúsculo, pero más que suficiente y un lugar donde leer los libros de la enorme biblioteca que desde el principio, tuvo a bien el cura ofrecerle, para cuando se lo permitiera el tiempo, entre los quehaceres de la parroquia.

Poco después, ya su madre y su pequeño hermano recibían mensualmente una pequeña mesada que les enviaba el joven Victoriano desde el pueblo, y la vida se les iba haciendo más llevadera.

Se hicieron muy amigos; el cura lo trataba como un hijo y el joven lo veía como el padre que perdió en los días de la revolución en su país y cuya ausencia había mostrado el vacío de su presencia desde entonces, al no haber aparecido nunca más. Sin embargo, el cura le exigía disciplina y exactitud en sus labores, y no por ser amigos lo perdonaba y obligaba a ser muy dedicado y eficiente, y eso templaba su espíritu de lucha para lo que pudiera requerir en el futuro, eso decía.

El cura, un franciscano de nombre Damián, era de esos que, así celebren y cumplan con todos los preceptos y mandatos emanados de la Santa Madre Iglesia, no "comía cuento", como él mismo decía. De carácter fuerte y atravesando sus cincuentas, de piel un poco oscura, parecía un árabe recién traído de Palestina, una voz profunda y sonora que parecía retumbar en las paredes, de grandes cejas muy tupidas y oscuras y una mirada penetrante de ojos negros, que intimidaban al interlocutor, además, alto y corpulento como un boxeador, lo cual también intimidaba. Todo el tiempo blandía la blanca soga de nudos apretados amarrada a su cintura, muy propia del atuendo franciscano, como si estuviera dispuesto a dar un latigazo a la menor provocación, lo cual hacía sin siquiera pensarlo dos

veces, contra cualquier joven estudiante de díscolo comportamiento.

No creía en los dogmas de fe, ni tampoco en la santidad y pulcritud espiritual de los prelados, ni en la sacralidad de unos libros sagrados, escritos por apóstoles, unos hombres de carne y hueso, —decía el cura—, que compilaron las palabras y enseñanzas, muchos años después de la partida de Jesús, pero seguramente escritos con errores de semántica, dicción y traducción, de las lenguas semíticas como el arameo, al copto egipcio y al griego de la época y luego al yiddish y al hebreo, y finalmente a las lenguas vivas modernas como el alemán, español, inglés, francés y portugués.

—Y no nos digamos mentiras, —decía Damián el franciscano—, eso se volvió una mezcolanza lingüística, que jamás llegaría sana y salva a nuestros días, así digan lo que digan los prelados.

Y para aquellos prelados en los cargos de poder, Damián el franciscano, era un curita renegado al que la Curia había enviado lejos, lo más lejos posible, con tal de no poder contaminar a las huestes de feligreses católicos, con el peligro de entorpecer el negocio de los diezmos y primicias tan necesarios, por ponerse a decir cosas que no debían decirse, así él se reventara de las ganas.

Días antes, recién llegado al pueblo, el cura le preguntó;

—¿Y cómo te llamas? pues pareces extranjero…

—Mi nombre es Victoriano Bukowski, pero en mi familia me decían Vic o también Viano.

—¿Pero estas bautizado? —preguntó el cura, y agregó—, con ese nombre no me lo pareciera.

—No… en mi familia no éramos cristianos sino ateos. Después de la debacle con la invasión de Alemania a Polonia, y los *pogromos* de exterminio de los judíos, además de los polacos, belgas y franceses, así fueran cristianos, fue cuando la religión salió corriendo de la casa como alma perseguida por el diablo y no se les ocurría pensar en religiones, sino en salvar el pellejo a toda costa…

» Esa fue la experiencia en la casa de los padres de mis padres, mis abuelos, y fue lo que nos quedó de herencia para no volver a creer en sistemas de creencias ni en figuras celestiales salvadoras, sino en nosotros mismos y nuestro propio esfuerzo.

—Bien, —dijo el cura—, entonces te llamaré con tu apellido polaco, Bukowski a secas, ¿te parece?

—Sí claro, pero me gustaría más Vic Bukowski, —respondió el joven.

—De acuerdo, —dijo el cura—, entonces te llamaré *Vic, Vic Bukowski*.

Pasaron los siguientes meses y fue llegando el primer año, viviendo en la paz de la capilla y una vida bucólica de pueblo, sin mayores aprensiones, pero

igualmente, sin mayores progresos, aunque de libros sí comía y comía de forma muy hambrienta.

Y una referencia a Serrat cuando decía: *"Se leyó enterito a don Marcial La Fuente, por no ir tras su paso como un penitente"*. Aunque, si de amores se hablara, aún no llegaban esos pedruscos melosos arrastrados por el torrente del amor, a su rivera.

Sin embargo, algo sucedió como parte de los destinos encontrados en un Universo siempre cambiante.

Alguna vez llegó una familia de apellido Cohen a una hacienda cercana, eran unos turistas provenientes de Madrid. Venían a pasar una temporada de vacaciones; eran los parientes cercanos de los dueños de aquella finca, distante cuatro kilómetros de *Tapalpa*.

Poco después, un domingo, aparecieron los Cohen en el pueblo. Era un grupo de 12 personas entre padres e hijos, con ese apellido, quienes se presentaron por la iglesia para asistir a los oficios religiosos. Si bien su apellido era de origen judío, ahora convertidos a cristianos, que según decían, eso había sucedido a sus abuelos, después de las incidencias de la guerra y por obligación cristianos, so pena de morir en las cámaras de gas.

Los ahora descendientes más jóvenes, eran cristianos y ni siquiera preguntaban el por qué, aunque en el medio judío se sentían como traidores a la causa de Sion, pues se enteraban, de las voces soterradas de

aquellos, quienes a sus espaldas los juzgaban de renegados a la causa judía.

Y fue en ese momento que la vio… aquel día en la misa, sentada en primera fila, una joven… Era mucho más que preciosa… No tendría más de veintitantos años. Pelo ensortijado, que con la luz del sol que se colaba por los tragaluces de la iglesia, daba unos visos dorados cambiantes, en la medida en que ella se movía.

No alcanzaba a ver el color de sus ojos pues a esa distancia, entre el altar, en el sitio asignado al monaguillo, y la primera fila donde estaba la chica y su familia, no alcanzaba a percibirlo.

Ella no lo vio ni reparó en aquel joven disfrazado de rojo cual monaguillo, quien asistía al cura del pueblo en el oficio.

Se sintió nervioso… se hizo un nudo con todo lo que hacía… casi se le cae el copón con todas las hostias por estar pendiente de la muchacha y al servir el vino, se le regó un poco en la mano del cura, quien lo miró con cara de reproche, aunque algo divertido…

El cura Damián lo supo de seguro, cuando percibió la velocidad atropellada con que el joven Vic se cambió y salió para ver de nuevo a la joven de la primera fila, ya en la calle.

El franciscano sonrió pensando que los caminos inescrutables de *Cupido*, que eran mucho más poderosos que la más sublime intención de seguir la disciplina, el orden y las buenas maneras del decoro

.

Se le plantó de frente y sin ningún preámbulo, le dijo:

—Hola, me llamo Vic… Vic Bukowski, y te he visto sentada en la iglesia.

La chica lo miró casi extrañada, aunque, en principio, la impertinencia del joven le cayó en gracia.

—Hola, pero yo no te he visto, —dijo la chica—, ¿dónde estabas?

—En el altar, yo era el que estaba vestido de monaguillo, al lado del sacerdote.

—Ah… no me había dado cuenta, aunque sí me pareció que había un monaguillo algo mayor para ese papel, pues uno supone que los monaguillos son niños, ¿verdad?

—Sí, pero ese fue el papel que me dio el cura y tuve que aceptarlo.

—Y ¿cómo te llamas? —preguntó Vic.

—Yo soy Karla Cohen, mucho gusto Vic.

—Vic… ¿Vic qué? —dijo la chica.

—Vic Bukowski.

—Ah, entonces mucho gusto en conocerte, Vic Bukowski.

—Sí, mucho gusto en conocerte Karla, Karla Cohen.

—¿Sabes? —dijo Karla—, nunca he sabido de alguien que se llame Vic…

—Bueno, respondió el joven—, mi nombre completo es Victoriano, pero siempre me han dicho Vic.

— ¿Victoriano? —insistió Karla—, pero ese nombre también es raro, y lo digo sin querer ofenderte… de todos modos me parece romántico…

—Bueno, ese nombre tiene su historia y me lo puso mi padre en honor a un torero español muy famoso, que se llamaba *Victoriano Valencia I*. Pero ¿Sabes qué? Ese ni siquiera era su nombre, realmente se llamaba *José Roger*, miembro ilustre de la dinastía torera de los *Roger*. Era un torero guapo, elegante, muy seductor con las mujeres, e impecable con su arte. Era seguido y muy apreciado por los aficionados de los años 60s. En el medio taurino comenzaron a llamarlo *Valencia I*, en honor al origen de su familia, de legendaria estirpe taurina, y pronto en los carteles taurinos se comenzaba a llamar *Victoriano Valencia I*. De ahí mi nombre, ¿Cómo te parece?

—No pues, una gran historia, —dijo Karla sonriendo.

—¿Y el apellido Bukowski de dónde viene? —preguntó Karla.

—El apellido de mi familia es de origen polaco, mis abuelos viajaron con mis padres a Venezuela, un poco antes de mediados del siglo pasado, después de la Segunda Guerra Mundial y de ahí viene la descendencia de los Bukowski venezolanos.

—Y tu origen? —preguntó Vic.

—Mi familia llegó de Alemania igualmente, después de la Segunda Guerra Mundial y se radicaron en España en la ciudad de Valencia, precisamente, la ciudad de aquel torero que mencionaste.

Desde hacía un rato Karla y Vic se dieron la mano… pero también se dieron la mano con la mirada en los ojos… y se les iba olvidando soltarse…

—¡Qué embrollo! —pensaría alguien suspicaz si hubiera reparado en la escena y en esa larga mirada y en esas manos que no se soltaban.

En ese momento él reparó en el color de sus ojos, era de un azul celeste muy claro, parecían de un turquesa pintado exprofeso para parecer originarios de una dimensión de veras celestial. Piel blanca casi transparente, lo que le recordó a la perla de un anillo que aún atesoraba su madre. Además, la chica mantenía una expresión sonriente, y esa era la principal cualidad de la muchacha, su sonrisa y simpatía… y eso definitivamente lo golpeó directo al corazón.

Ella también estaba detallándolo… Bronceado por el sol de la montaña, en esos varios meses se había recuperado, y se veía saludable, muy alto comparado con su propia altura y fornido con una musculatura que se adivinaba a través de sus ropas, en ese instante sin poder mirar hacia otro lado, reparó más en aquel chico. Un rostro atractivo y fuerte que le recordó el de las estatuas de aquel museo en Atenas, cerca del *Partenón*, cuando fueron de visita con su familia.

Pero estaba pasando algo más... El la miró y ella lo miró… y ambos se observaron hasta el fondo de sus

almas y ahí quedó definido lo que vendría a continuación en el resto de sus vidas.

Eso no fue amor a primera vista… más bien les pareció tener la seguridad de haber vivido esto muchas veces en un pasado nebuloso que se perdía en el correr de los siglos desde épocas pretéritas. Sintieron que ahí estaban de nuevo, para comenzar una nueva historia por venir, quizás aún truculenta, pero que valía la pena ser vivida.

— O —

Capítulo 7.
Contando historias de vida

Pasados los primeros días después de conocerse, se siguieron viendo, y Vic y Karla se volvieron muy amigos.

—Cuéntame, —dijo Karla—, ¿Y cómo fue que viniste a dar a este pueblo perdido como asistente del cura?

—Pues, —dijo Vic—, es una historia larga.

—No importa, cuéntame esa historia, por favor.

—Bien, todo empezó en mi país natal, Venezuela, donde las condiciones de vida se tornaron imposibles. Unos pocos años antes hubo un cambio político y la revolución hizo mella en la mente del pueblo y lograron acceder al gobierno y montar una nueva camarilla de gobernantes que llegaron a arrasar con las instituciones tradicionales y montar nuevas leyes. La esperanza de todos era que este cambio mejoraría las condiciones de vida de las gentes, pero pronto se vio la terrible realidad. Lo que logró el nuevo gobierno revolucionario fue ahuyentar la inversión y las gentes pudientes que eran las que sostenían la producción industrial y comercial salieron del país, quedando los medios de producción en manos de la ralea de maleantes revolucionarios quienes se dedicaron a saquear las arcas de las empresas y muy pocos meses después, la producción nacional estaba en

ceros, y la escasez de toda clase de productos se hizo presente. No solo los productos básicos, como alimentos y bienes de consumo, sino que en general, la producción nacional se vino al piso.

» Pronto se comenzó a ver la ausencia de productos en las góndolas de los supermercados y el consecuente sufrimiento del pueblo. Luego los pocos productos que se conseguían alcanzaron precios exorbitantes y vino un nuevo problema, una inflación galopante que acabó de empeorar la situación de los habitantes. Comenzó una etapa de penurias lo que trajo un nuevo problema, los saqueos, atracos y la presencia de grupos de criminales en las calles, atracando y robando cuanto pudieron, sin que hubiera una intervención de las autoridades, y, por el contrario, las fuerzas armadas eran parte de los maleantes que asaltaban al pueblo para robar a su antojo, amedrentando con las mismas armas de dotación suministradas por el gobierno.

Vic continuaba su intervención:

—Ya no había oportunidades de trabajo ni siquiera un futuro, así fuera medianamente promisorio. Las perspectivas de vida a largo plazo eran nulas y la presente era insostenible.

» Mi familia desde la generación de mis abuelos, era propietaria de una empresa mediana, fabricante de quesos, y acopio de leche, con la producción de crema, y derivados lácteos como yogures, kumis, etc.

» Un día, con la revolución comunista en el poder, llegaron unos camiones cargados de milicianos armados

y entraron a la fuerza a las instalaciones de la empresa, encañonando a los empleados contra la pared y amedrentando a los ejecutivos. Mi padre era el director general y dueño y aquel día le fue anunciada la expropiación de la fábrica a favor del pueblo soberano, sin fórmula de discusión; simplemente traían una orden firmada por un general de quinta categoría, y exigían la entrega de la empresa a favor del Estado y mi padre fue despedido sin indemnización de ninguna clase.

Vic continuaba su explicación a Karla:

—Esto sucedió hace un tiempo, yo era un joven de diez y nueve años, hasta ese momento miembro de una familia acomodada y hasta cierto punto privilegiada, dado el duro trabajo y esfuerzo de mis padres para tener funcionando esa próspera empresa.

» El nuevo gobierno comenzó con la perorata de la lucha de clases y la urgencia de acabar con los ricos a favor de mejorar las condiciones de los pobres. Lo decían sin tapujos; "*Hay que quitarles el dinero a los ricos para entregarlo a los pobres",* o también decían*: La riqueza es de quien la necesita, y por tanto es para los pobres".* Eran palabras que se convirtieron en la maldición del país.

» Mis recuerdos de lo que comenzó como la lucha de clases fomentada por el nuevo gobierno, según recuerdo, eran terribles. No paraban los saqueos a las personas que tenían algún capital o algún negocio del que vivir o alguna propiedad que prontamente era expropiada y ellos lanzados a la calle; y los que presentaban alguna

resistencia eran llevados al llamado paredón y fusilados para escarmiento de los demás.

» Desde aquel día en que mi familia perdió la empresa, la casa y la hacienda, mi vida se convirtió en un infierno. Comenzaron las dificultades para conseguir el dinero necesario para solventar los gastos, habiendo sido eliminado el modo de obtención de recursos de mi familia y los ingresos eran nulos.

» El primer golpe lo sentí cuando me sacaron de la universidad y poco después, fue que expropiaron nuestra vivienda a favor de la revolución; la verdad, que supimos después, fue que nuestra casa fue entregada a un miliciano de alto rango quién se la apropió y comenzó a disfrutarla con su familia. Nosotros fuimos echados a la calle, y tuvimos que ir a acomodarnos en casa de un tío, hermano de mi madre, quien también estaba viviendo una situación apremiante.

—Pero, —interrumpió Karla—, que pasó con tu padre finalmente.

—Mi padre, —respondió Vic—, se presentó ante las autoridades para protestar por el atropello y exigir sus derechos, y no sé muy bien qué pasó en esa ocasión, pero no lo volví a ver. Luego supe que ese día fue arrestado.

» Poco después, nos llegó la noticia que había enfermado y muerto, estando en prisión. Nunca pudimos ver sus restos ni darle sepultura. Alguna vez mucho después, supimos por un preso, que mi padre en realidad había sido asesinado en aquella prisión… se había sublevado y fue fusilado.

» Y yo también tuve mi problema. Pasado un tiempo, estando más grande, me dio por participar en una protesta callejera contra el nuevo gobierno y una piedra lanzada al azar me alcanzó en la cabeza. Cuando desperté estaba en una jaula de transporte de presos rumbo a la prisión y con la camisa ensangrentada; me habían descalabrado de una pedrada.

» El cautiverio duró unos ocho meses hasta que, por una intervención de la OEA, fui liberado junto a un grupo de jóvenes, todos prisioneros de conciencia.

» Para mi familia así fue como comenzó una época de grandes penurias, con mi madre intentando mantenernos a flote a pesar de las dificultades para lograr ganar algún dinero; además la consecución de alimentos se volvió algo muy difícil.

Vic continuaba su charla con Karla:

—Por esos días de la revolución comunista, en mi casa generalmente consumíamos una sola comida al día, compuesta de arvejas con arroz, y muy de vez en cuando, le podíamos agregar un par de huevos para los tres: mi madre, mi hermanito y yo.

» Luego vino el racionamiento, lo que ellos llamaron la organización de los alimentos, realmente muy mal organizada. Comenzaron a aparecer las libretas de racionamiento, mal llamada libretas de control, con las cuales se racionaba el suministro de alimentos, en forma bastante deficiente, pues las cantidades entregadas, eran mucho menores que los niveles necesarios para mantener una adecuada nutrición en la población.

» Por ejemplo, por persona se tenía derecho a un pan pequeño diario, una libra de carne de cerdo al mes, un kilo de arroz al mes y media libra de frijoles o arvejas, uno de los dos, y así mismo sucedía con la leche en polvo, los huevos y aceite de cocina. La verdad, ninguno de esos alimentos alcanzaba para el mes completo y tocaba terminar de racionarlos en casa para que alcanzaran. Total, todo el mundo siempre andaba con hambre y con necesidades.

» Al comienzo esas libretas servían para conseguir algunos productos gratuitamente, pero pronto comenzaron a cobrar un precio, así fuera un poco más barato que en los almacenes, pero comparado con el nivel de ingresos de la población, todo era inalcanzable.

» Sin embargo, había escasez de todo, los almacenes antes bien surtidos, ahora eran una exhibición de estanterías vacías, para ser fotografiados por turistas sorprendidos y periodistas que llegaban a la ciudad.

» Dadas las dificultades para conseguir lo necesario, todos teníamos que estar pendientes de los lugares donde hubiera personas reunidas haciendo cola, pues tocaba ir obligatoriamente, ya que esa era la señal de que ahí, o bien había, o pronto llegaría el suministro de algún alimento. Uno se pasaba horas enteras haciendo cola, esperando un suministro que, según habían dicho, ese día llegaría esto o aquello, y de seguro, si uno se mantenía en la cola, algo le tocaba.

» Ahora bien, ni hablemos de elementos de aseo ni de drogas, esas cosas eran de imposible consecución, ya que nunca llegaban al país, o si bien llegaba algo, esos

elementos estaban destinados a los "*enchufados*", (los que trabajaban o hacían negocios con el gobierno), o también, estaban disponibles para quienes tuvieran dólares para pagar los altos precios especulativos impuestos por aquellos funcionarios que manejaban el negocio para su propio beneficio.

» La corrupción era diez mil veces más grave, que antes cuando existían los gobiernos democráticos, así fueran corruptos, pero esto era mucho peor.

—Bueno, —dijo Karla—, tampoco exageres, o ¿no?

Y sonrió.

—No te creas, no es que exagere, —dijo Victoriano—, yo había comenzado a estudiar economía durante seis semestres, cuando me tocó abandonar los estudios. A mí me gustaba la economía, e hice lo imposible por enterarme y comprender los problemas económicos del país.

» Con la llegada del comunismo al poder, un nuevo problema se presentó. En una edición vieja de un periódico de Colombia, me enteré de que el valor del dinero en Venezuela cayó verticalmente, y la inflación acumulada anual para el año 2015 fue del 121,74%.

***

Lo que Victoriano no podía saber en aquel momento, año 2016, era que la situación económica de Venezuela empeoraría radicalmente, como lo supo posteriormente.

La inflación se volvería galopante, pues para 2018 se iba a disparar a un 65.374%, un nivel jamás alcanzado por país alguno. Para 2020 llegaría a niveles del 2.355,15 % algo si bien más bajo, pero de todos modos terrible. Cada mes el dinero, en promedio, perdería el 246% de su valor, por ejemplo, en el año 2020 un cartón de 30 huevos costaba Bs$2.600.000 bolívares, en el estado de Anzoátegui, cuando el sueldo mensual promedio era de Bs $ 250.000 bolívares.

Victoriano continuaba su charla con Karla.

—Quiero mostrarte lo compleja de la situación. Pronto se comenzó a ver la circulación del dólar en las calles, pues muchos de los productos solo se podían comprar si uno tenía dólares, pero el comparativo es que, en el mercado paralelo, un solo dólar US$ 1,00, tenía un valor de cambio de Bs$1.000.000 de bolívares. Es decir, el sueldo mínimo de 4 meses para comprar un dólar, lo cual es absolutamente ridículo. Los dólares solo los recibían quienes tenían familiares viviendo en el exterior, de lo contrario era imposible conseguirlos. Las empresas más grandes, las multinacionales, comenzaron a abandonar el país, y las medianas y pequeñas, a cerrar. Me tocó ver cómo la situación se fue tornando dramática para el propio pueblo, un contrasentido del comunismo.

» Las casas expropiadas a los ricos por el gobierno, pronto fueron ocupadas por familias de muy bajos recursos y en cada habitación podían vivir hasta 6 personas y en cada casa grande de unos 200 M2, con cuatro habitaciones, vivían unas 25 a 30 personas, en un

hacinamiento absurdo. Esas casas se convertirían en casas de inquilinato semidestruidas y en cada habitación vivía hacinada una familia completa, con perros, cocina, camas etc. El baño era comunal y en muy mal estado.

» Se comenzaron a ver las colas en los almacenes y centros de suministro, y los anaqueles de las tiendas estaban vacíos; en otras palabras, no solo era la pérdida de valor del dinero, sino también escasez de productos y aunque se tuviera el dinero, no había suficiente mercancía para comprar.

» Mi madre siempre necesitó un par de drogas, una para la presión alta y otra para la diabetes, y después de llegar la revolución comunista al poder, esas drogas escasearon y no pudimos volver a conseguirlas, y esa era la misma historia para muchos vecinos y conocidos.

» En ese momento, aparte de la negra experiencia en *Ramo Verde*, yo decidí hacer algo al respecto, así que tomé la decisión de abandonar el país y partir, pues era el único camino posible. Fue cuando emprendí el viaje al exilio, con el objetivo de buscar un modo de vida mejor para mi familia.

—Durante los siguientes meses, —Vic continuaba su relato— buscando oportunidades, pasé las fronteras de varios países, incluido el paso por la peligrosa selva del Darién en Colombia. Intenté muchos emprendimientos, búsqueda de oportunidades de trabajo, algunos buenos, pero la gran mayoría eran trabajos a destajo con condiciones miserables e ingresos muy bajos.

» Este era el último rincón donde ya me abandonaban las fuerzas por la desesperación de no encontrar un camino hacia un destino de progreso y sentía que todos los caminos se me estaban cerrando.

» Un día, un camionero me recogió, era bastante tarde y ya estaba cayendo la noche. El camionero venía hasta este pueblo, *Tapalpa*, y decidí venir con él para pasar la noche aquí y no en la carretera y tal vez partir al día siguiente para continuar.

—Sin embargo, —continuaba Vic su relato—, al llegar al pueblo, al entrar a una tienda a pedir una soda gratis, pues no tenía un solo centavo, el tendero me insultó y me sacó a la calle. Pero un hombre, se interpuso y no solo me brindó la bebida, sino que me compró algo de comer, a regañadientes del tendero. Mi aspecto era el de un andrajoso miserable y solo provocaba rechazo.

» Resultó que el hombre era el cura del pueblo y después de ofrecerme la comida, me comenzó a preguntar por mi estado. Yo le conté la historia de mi familia y el viaje al exilio, sin poder establecerme en ningún sitio, a pesar de haber atravesado esos países. No tenía experiencia en trabajos donde pudiera desempeñarme bien con una profesión, pero contaba con mis estudios de economía, y, además, en el pasado había trabajado en las vacaciones en la fábrica de la familia, en labores administrativas, aparte de manejo de compras y como encargado del almacén de suministros e insumos la planta.

» Le conté al cura de mis peripecias, de luchas infructuosas por conseguir un buen trabajo, pero todo lo

que conseguía eran oportunidades momentáneas de trabajos esporádicos muy mal pagos y sin una protección social, y solo eran trabajos a destajo.

—El cura de este pueblo fue quien me dio la mano —dijo Victoriano—, al ofrecerme el trabajo de asistente, colaborando con él en lo que se ofreciera en la parroquia, y un salario relativamente aceptable con prestaciones sociales completas.

Esa es mi historia, Karla…

—No, pues terrible, muy triste. Pero ahora te ves muy bien.

—Sí, la verdad, la vida ha mejorado para mí y ahora incluso estoy haciendo planes para el futuro. El padre Damián me ha estado insistiendo en que continúe mi carrera y luego quizás un postgrado.

Me ha dicho que él me puede ayudar a financiar esos estudios.

—Pero Karla, ahora cuéntame de ti, —dijo Vic— cómo ha sido tu vida en España y según entiendo también estuviste viviendo en los Estados Unidos.

—Bueno, —respondió Karla—, Mi vida ha sido muy distinta; primero en España, si bien, allá también se sufrió una época de conflictos en el pasado, con la lucha entre la izquierda y la derecha, y una terrible Guerra Civil, pero eso, ya es cosa del pasado y la situación tanto

política como económica que me ha tocado vivir a mí, ha sido bastante estable y próspera. Yo soy chilena de nacimiento y mi padre desempeñaba un cargo diplomático primero en Madrid, donde vivimos unos buenos años y luego en los Estados Unidos, también en un cargo diplomático en la embajada de Chile en Nueva York.

Karla continuaba comentándole a Vic acerca de su vida.

— O —

Capítulo 8.
Karla Cohen

—Sí, —dijo Karla—, comparada con la tuya, realmente mi vida ha sido muy fácil y simple. Estudié en el *Colegio Tajamar*, uno de los mejores colegios de Madrid. Mis padres eran acomodados y he podido tener una juventud afortunada.

» Te repito, mi padre tenía un cargo diplomático en la embajada de Chile en Madrid. Nosotros somos chilenos excepto mi madre que nació en Buenos Aires. Llevábamos viviendo en España desde hacía unos nueve años. Si bien, somos chilenos, hemos acogido como nuestro hogar a España, pues era el lugar donde se radicó nuestra familia ancestral, después de la guerra en Europa.

» Antes de convertirse al cristianismo, nuestra familia era de ascendencia judía *Ashkenazi*, una rama del judaísmo, proveniente de Alemania, Francia, Polonia y Rusia, al momento de la Segunda Guerra Mundial y de los grupos que más sufrieron con la persecución infame, en el Holocausto.

» España era neutral en la Guerra y por eso nuestros abuelos, al huir de Alemania, decidieron radicarse en Valencia, España. Otra rama de nuestra familia viajo a América, llegando a Chile y Argentina. De ese grupo provenimos nosotros, los Cohen Chilenos y ahora, además cristianos.

Karla continuaba su conversación con Victoriano:

—Una vez terminé el bachillerato, tenía planeado estudiar en la facultad de medicina de la *Universidad Complutense de Madrid*, y ya tenía mi matricula pagada; sin embargo, justo en ese momento, a mi padre le salió una comisión diplomática como cónsul de la embajada de Chile en Boston y nos radicamos durante tres años en Estados Unidos.

» Después, al regresar a España, fue cuando comencé mis estudios de medicina en forma. Ahora ya llevo cuatro años en mi carrera, aunque aún me faltan dos para terminar el pre-grado y luego aspiro hacer una especialización en pediatría que dura otros dos años.

» En Estados Unidos en esos tres años, me dediqué a estudiar el inglés y tomé varios cursos de paramédicos. Luego hice estudios como instrumentadora de cirugía; yo siempre pensando en la medicina, hasta que logré entrar a estudiarla de lleno al volver a España.

Karla seguía comentando.

—Qué más te cuento, a ver… Hoy en día, en mis ratos libres, yo ayudo atendiendo un dispensario médico para personas mayores sin hogar y habitantes de la calle, en un barrio deprimido de la ciudad. Eso me produce una gran satisfacción, aunque no deja de ser un poco peligroso.

—Oye Karla, —preguntó Vic—, me habías dicho que no estabas ennoviada. ¿Pero, cómo es que una chica, de veras preciosa como tú, no tenga novio?

—Pues, —respondió Karla—, primero, gracias por lo de preciosa. Yo tuve un novio en Boston, un muchacho argentino médico, un poco mayor para mí, pero fue un romance de verano para él y algo muy importante para mí, pues me había enamorado. Pasados los meses, él decidió regresar a Argentina al finalizar sus estudios en Boston y simplemente dio por terminada la relación sin mayores explicaciones. Yo quedé muy mal y desilusionada, pero con el paso de los años me he ido recuperando, aunque ahora no caigo con facilidad en nuevas relaciones y simplemente no ha llegado la persona indicada que me mueva la aguja.

—Pero, —preguntó Karla—, ¿y tú qué? ¿Cómo ha sido tu vida en el tema del amor?

—Pues… —respondió Vic—, que te puedo decir… En mi vida no ha habido tiempo para ese tema y el amor que se ha presentado, ha sido el amor filial, y prácticamente he estado dedicado a atender a mi madre y mi hermanito. Sin embargo, alguna vez, estando muy joven, cuando mis padres aún estaban en la situación económica anterior, cuando teníamos nuestra gran casa y nuestra finca, en un momento dado, teniendo unos quince años, una noche, una amiga de mi madre, que estaba de vacaciones en nuestra finca, se vino de puntillas hasta mi cuarto, se desnudó y se metió en mi cama en medio de la oscuridad. Fue casi una violación, experimentada entre el miedo y el placer… Era una señora de unos cuarenta y cinco años, bastante atractiva, pero demasiado lanzada para mi gusto y espanto. Realmente quedé muy impresionado durante un largo

rato. Esa fue la única experiencia que el tiempo y las dificultades me han permitido experimentar en el tema del amor, y más que en el amor, en el sexo.

—No pues, muy interesante tu experiencia, —dijo Karla—, aunque, según cuentas, eso no fue con tu autorización expresa, sino algo forzado… ¿Cierto?

—Sí, cierto, —respondió Vic—.

De visita en la finca de los Cohen:

Habían pasado quince días desde que los Cohen llegaron al pueblo de *Tapalpa* en México. Un pueblo mágico a poco menos de los 2300 metros de altitud sobre el nivel del mar, en medio de verdes bosques de pinos, aire de montaña frío y puro, y una temperatura promedio entre los 16° y los 25° grados centígrados, localizado en el Estado de Jalisco, a unos 118 kilómetros de Guadalajara y unas 2 horas de camino.

A unos cinco kilómetros del pueblo, quedaba la finca de los familiares de los Cohen, quienes cada dos años los invitaban a pasar una temporada en medio del aire fresco, los riscos, los senderos y torrentes de la zona, que los hacían propios para que los jóvenes se deleitaran con los deportes extremos, como el montañismo, el alpinismo y el senderismo, con una cascada con algo más de 100 metros de altura, que invitaba a los más osados a escalar sus flancos.

Ya casi estaba próxima la fecha de su regreso a España. Se encontraban de vacaciones en esa finca, los padres de Karla, él de nombre Klaus Cohen y ella,

Mariana Piscitello. Sus hermanos eran Adriana de 14 años, y Agustín de 9. Además, había venido un par de familias de primos; dos hermanos de su padre, el uno de nombre Manolo Cohen, su esposa y sus dos hijos y el otro de nombre Franco Cohen, su mujer y un hijo. Un total de doce personas.

Dada la excelente amistad de Victoriano con Karla, invitaron al joven a almorzar en la finca.

Un almuerzo no muy afortunado.

A la llegada de Vic Bukowski como invitado al almuerzo, la primera impresión que tuvo fue negativa, con una mirada de rechazo sin sutilezas. Era la actitud de Mariana Piscitello, la madre de Karla, una mujer dura, de aspecto osco y pasada de lo franco a lo impertinente. La vida de Mariana era holgada, sin mayores inconvenientes, excepto por su propia mente, lo que la hacía insegura y temerosa de todo lo que le pareciera que cambiaría el curso de una vida predecible. Tenía una existencia plagada de oraciones, jaculatorias, estampitas de vírgenes y santos de todos los orígenes, y largos rosarios rezados sin falta a las cinco de la tarde de todos los días de su vida, lo que le daba cierta tranquilidad de que con esto alejaría los demonios, las malas energías y las terribles borrascas armadas por diablillos que suponía asechaban escondidos cerca de las puertas de su apacible hogar.

Fue una actitud desagradable la de la madre de Karla al ver llegar al joven Vic Bukowski, en la moto *Honda Trail 125* que le prestó el cura. Vic estaba invitado a almorzar en la finca con la familia Cohen, invitación que había gestionado Karla, forzando a su madre y para

malestar de ésta. Sin embargo, el padre de Karla se portó muy amable, así como los hermanos y primos. Ellos habían hecho migas con Vic, pues éste, en sus ratos libres y con la complacencia del cura, los había acompañado en sus excursiones por las diferentes atracciones turísticas de la zona. Incluso Vic les había suministrado algunos equipos de alpinismo que poseía.

Para Karla, invitar a almorzar a su nuevo amigo, estando próximo el final de las vacaciones y la fecha de partida, le pareció lo más normal del mundo, para horror de su madre, quien había detectado alguna atracción entre los jóvenes y ella, adelantándose a unos acontecimientos aún incipientes, pensaba que jamás permitiría que su hija tuviera una relación con un don nadie, un pusilánime asistente del cura de un pueblo perdido, un refugiado extranjero que no tenía ni en qué caerse muerto.

Su madre no se percató que el último día, al momento de despedirse, un fuerte abrazo y un beso entre Karla y Vic… un beso especial, no cualquier beso, sino uno donde al no alcanzar a voltear completamente el rostro para poner la mejilla, se encontraron en el borde de la comisura de sus labios, y ambos sintieron la humedad del otro en los suyos, y ese beso se les volvió inolvidable para siempre.

— O —

Capítulo 9.
La Universidad en el exilio

Vic y Karla siguieron en contacto y escribiéndose por email, WhatsApp y cuanta red social existiera.

El joven Victoriano estaba realmente enamorado de Karla Cohen y en sus sueños y delirios comenzó a hacerse presente la chica, ya como una parte de su vida.

Para Vic surgieron nuevos planes y proyectos para continuar su avance por la vida y comenzó a proyectar esos sueños al lado de Karla, lo que traía a su vida nuevas ilusiones, nuevos inconvenientes y nuevas decisiones.

En primer lugar, si quisiera pensar en serio algo con ella, debía tener presente que la chica era de familia acomodada, con un padre diplomático y una madre de alcurnia que, además de todo, lo despreciaba por su condición de refugiado pobre, en un país extraño, que ni siquiera era del primer mundo. En segundo lugar, estaba su interés personal y su deseo profundo de salir adelante y luchar por volver al nivel socioeconómico que detentaban antes de la maldita revolución comunista bolivariana de Chávez y Maduro.

Si bien en Venezuela habría sido imposible, en Estados Unidos de seguro lo lograría y en eso estaba empeñado.

Por esos días, ya pasados los primeros siete meses desde su llegada a *Tapalpa*, en una ocasión propicia, tuvo una conversación con el Cura Damián.

—Entonces, me decías, —dijo el cura—, estás interesado en continuar tu carrera, y para más inconvenientes, quieres hacerlo en Estados Unidos, ¿verdad?

—Sí, Padre, —contestó Vic—, la verdad es que tengo que terminar la licenciatura en economía y mi plan es hacer también un postgrado en Administración, pero primero, debo ponerme cuchilla en el inglés, mientras finalizo el pregrado en economía, aquí en México, y luego presentar y pasar el TOEFL de habilidad en inglés y poder presentar el *Graduate Management Admission Test* (*GMAT*), para poder ingresar a hacer un MBA, en una buena universidad en Estados Unidos. Ese es mi camino Padre, y a lo mejor es bastante ambicioso, pero si quiero tener algo con Karla Cohen, debo hacer el esfuerzo de cumplir con ese sueño.

–Oye, Vic, —preguntó el cura Damián—, ¿y qué es un MBA?

—Sí, Padre, un MBA es el *Máster in Business Administration*, la maestría en Administración.

El Cura Damián, reflexionaba para sus adentros: "Este muchacho es bien juicioso y siendo persistente en su empeño, lo cual avalo, de seguro logrará cumplir su cometido, aunque sea muy difícil, y tocará encontrar la forma de ayudarlo".

Pasados unos días, el cura Damián lo buscó:

—Mira Vic, —dijo el cura—, quiero contarte que ayer hablé con un obispo amigo, quien maneja una fundación de ayuda a los refugiados, me puede ayudar con tu caso a través de la consecución de una beca de estudios y manutención en Ciudad de México. Debes presentarte el próximo lunes para una entrevista con él, se llama Ernesto Muñoz SJ, es Jesuita. Mañana te doy la dirección. Es en el D.F.

—Padre, —preguntó Victoriano—, y qué carajos es el D.F.

—Jajaja, —rio el cura Damián—, verdad que tú eres venezolano y no tienes porqué saberlo… D.F. se refiere al Distrito Federal de la Ciudad de México, y los citadinos llaman simplemente D.F. a su ciudad.

» Yo te puedo ayudar también con el dinero para los pasajes de autobús a la capital y entiendo que tú has hecho algunos ahorros y puedes ayudar a costearte los gastos de manutención de ese viaje. ¿De acuerdo?

—Sí, claro que sí, —dijo el joven Vic—, y muchísimas gracias por la gestión Padre, le estaré eternamente agradecido.

—¿A qué horas es que me debo presentar con el Padre Muñoz?

—Me dijo que en horas de la mañana; él estará ahí esperándote a cualquier hora de la mañana del lunes.

A continuación, el Padre Damián, sacó de un guardado, unos billetes. Era el equivalente en pesos mexicanos a unos US$ 45 dólares. Los cuales alcanzaban

para los tiquetes de transporte: US$ 11 dólares para el pasaje de *Tapalpa* hasta *Guadalajara* y luego otros US$ 25, para el viaje desde ahí hasta ciudad de México. El resto era una ayuda para alimentos en el trayecto.

— O —

Capítulo 10.
En camino hacia el D.F.

Pocos días después, Victoriano iba en un camión, (autobús), desde *Tapalpa* hasta la llamada *Central Vieja* en Guadalajara, como escala obligatoria para su viaje hasta el D.F. El pasaje tenía como destino algo llamado *Central Vieja,* y no entendía.

Preguntó y preguntó hasta enterarse que *Central Vieja* se refería a una terminal de autobuses, fundada en 1952 y puesta en operación en 1956 por el gobierno del Estado de Jalisco, para centralizar el servicio de transporte de pasajeros, en un solo sitio y no en las acostumbradas múltiples estaciones privadas de buses, disgregadas por toda la ciudad. Con esta obra quedó centralizado el movimiento de pasajeros de la ciudad, desde y hacia otros municipios y estados.

Una anécdota: Poco después le comentaba Victoriano a su amigo Joaquín Vallejo, por llamada telefónica, de un caso que le sucedió estando justo en la terminal *Central Vieja* de Guadalajara.

Una señora relativamente joven, quién no tendría más de treinta y cinco años, madre de un crío de más o menos un año y medio, ella una morena de rostro agradable y ligeramente rellenita pero muy bien proporcionada, estaba sentada a su lado.

Tenía, no solo el bebé, sino un cúmulo de maletas, tres grandes, dos maletines y dos cajas de cartón, amarradas con cinchas.

Hacía un par de horas que Victoriano había llegado a Guadalajara y esperaba la salida de otro camión hacia Ciudad de México.

La señora del equipaje extenso tuvo un percance. En un momento dado, el bebé, no solo se vomitó, sino que hizo popó con diarrea, justo en el momento en que ella lo estaba cambiando de pañal.

La señora tenía que ir al baño para acabar de limpiar al bebé. Miró a Victoriano y le pidió el favor de encargarse del equipaje mientras se dirigía al baño de la estación. Sin tener otra alternativa, la señora se había visto obligada a confiar ciegamente en Victoriano y encargarlo de su equipaje.

A lo que se fue la señora, en ese momento, un ladronzuelo que estaba pendiente del caso se vino, y agarrando uno de los maletines que la señora le había dejado encargados a Victoriano, emprendió la huida.

Victoriano en forma inmediata, se levantó, prendió carrera y alcanzó al ladrón, dándole un fuerte golpe en la mandíbula, y dejándolo *Knock out* durante varios minutos, tirado en el piso.

Alertados por otros pasajeros, llegaron dos policías, mientras el tipo se comenzaba a despertar. Ya había vuelto la señora y se llevaron al ladrón.

La señora no solo le agradeció el gesto valiente de Victoriano, sino que, de uno de los paquetes, sacó un par

de panes grandes, largos y de buen aspecto, y se los regaló.

Fue como de esta forma, Victoriano conoció el muy famoso *Pan Birote de Guadalajara*. Victoriano no había probado antes este tipo de pan, ligeramente parecido al pan francés, y tenía la característica de ser deliciosamente crujiente en la capa exterior, la cual llamaban "pata", y una parte interior delicada y blanda. Tuvo pan Victoriano para comer ese día hasta saciarse y el otro para guardar.

La señora también iba para el D.F. y entabló amistad con el joven Victoriano. Se llamaba Josefina García, era viuda. Su marido, según le contó ella, había sido asesinado, pocos meses antes, por narcotraficantes cuando se negó a participar en una operación de narcotráfico y en represalia le metieron como veinte tiros.

El viaje al D.F. tuvo una duración de algo más de las 7 horas. El camión (autobús), salió de la terminal de la *Central Vieja* hacia las 7:00 pm rumbo al sureste, al D.F.

La señora ya había hecho migas con Victoriano, quien le había ayudado a cargar el equipaje.

Conversaron durante buena parte del trayecto, durante el cual, Victoriano le alcanzó a contar parte de su historia de refugiado, y ella de su vida, alegrías y vicisitudes después de la desaparición del marido. Le contó que trabajaba en una miscelánea de su hermana, la cual le permitía llevar y estar pendiente del bebé.

Hacia las 11 de la noche, ya el sueño venció a Victoriano y se quedó dormido, arrullado por el

ronroneo del autobús, y ella también. El bebé dormía plácidamente desde hacía varias horas.

Llegaron al D.F. hacia la 2:00 de la madrugada arribando a la *Terminal Central de Autobuses del Norte.*

Al salir de la estación, la oscuridad hacía temer, pues era una noche oscura ausente de luna. La luz se había ido en el sector de la terminal y la penumbra era total. Los taxis oficiales eran escasos a esa hora y los que ofrecían el servicio en vehículos particulares, no eran para nada confiables.

—Y hacia dónde se dirige, —le preguntó Josefina a Victoriano.

—Pues no lo sé, no había pensado llegar a estas horas y la verdad, la cita que tengo es mañana lunes en horas de la mañana, en la Sede de la *Arquidiócesis Primada de Ciudad de México*, que según me dijeron queda en la calle Durango 90, en Roma N. Pero ahora no sé a dónde ir, no lo había pensado.

—Mire, Vic, aún faltan muchas horas para su reunión. Si no tiene adónde ir ahora, le propongo que venga conmigo a mi casa y descansa un poco. Mañana se puede asear para llegar bien presentado a su reunión.

—Pero me da pena con usted, que casi ni me conoce, cómo la voy a incomodar…

—No, ninguna pena, para nada… camine conmigo y para mí será un placer hacer algo por usted.

—¡Aquí viene un taxi! —dijo Josefina—, vamos a tomarlo de una vez, por favor ayúdeme con las maletas.

* * *

Al llegar a casa de Josefina, Vic reparó en la vivienda y el barrio. Era un barrio de clase media baja, bonito y la casa relativamente bien, humilde, pero con todas las comodidades. Un salón que servía de sala comedor, con piso de baldosa y un tapete en el centro de la sala, con arabescos; el salón, más o menos amplio, estaba integrado a una cocina, con paredes enchapadas en azulejo. Una habitación alfombrada donde dormía ella con el bebé y otra que servía de estudio y costurero, y que probablemente sería el cuarto del bebé cuando creciera. El único baño de la casa, bonito, sencillo, limpio y suficientemente amplio. Reparó en la puerta del baño, quizás descuadrada, que estaba atrancada y no cerraba bien.

La joven parecía vivir acomodada, tal vez sin mayores lujos, pero bien y suficiente.

Esa noche Vic durmió plácidamente en el sofá de la sala, el cansancio lo venció.

Al día siguiente lo despertó un ruido… El bebé estaba molesto, aunque aún no lloraba… la puerta del baño ligeramente entreabierta y para su sorpresa, por la rendija se adivinaba el cuerpo desnudo de la joven señora, mientras se duchaba.

Intentó en vano no mirar, pero no pudo… Tenía unos senos grandes y firmes, con los pezones erectos, seguramente aún en lactancia, unas caderas anchas muy femeninas y una cintura que pareciera no haber tenido parto alguno, pues era mínima. Al voltearse mientras ella se secaba, pudo observar un vientre plano y un vello público oscuro y abundante.

Victoriano sintió una mezcla de vergüenza por estar observando lo que no debía, y, por otro lado, el placer de la visión de la intimidad total de una mujer desnuda, hermosa y distraída. Sintió que la excitación comenzaba a subir… pero…

En ese momento recordó algo que se decía en su casa estando muy joven. Lo decían sus padres y los abuelos:

"Cuando mires a una chica con quien quizás tengas interés en iniciar una relación, nunca olvides que no hay que revolver culturas… Cuando se revuelven culturas distintas, generalmente la relación termina en desastre".

Fue un pensamiento fugaz… un recuerdo… que casi no alcanzó a pensarlo, pero ya lo había percibido y tomado nota… *No hay que revolver culturas*, y esa chica era de otro nivel cultural… y no se refería a mejor o peor, o más alto o bajo, sino simplemente distinto… *Generalmente la relación termina en desastre*…

Si bien él había conocido de cerca el nivel de la miseria, de todos modos, recordaba lo dicho por su madre: "*El que ha tenido, siempre vuelve a tener*", y él ahora tenía la certeza de que pronto estaría de nuevo en el alto

nivel socioeconómico y cultural acostumbrado en su familia en época anterior.

Cuando se abrió la puerta del baño, salió ella en bata y él la saludó como si nada, fingiendo no haber visto nada, aunque ella, para sus adentros, sintió que quizás, con esa puerta dañada, él pudiera haberla vista desnuda… tenía la esperanza que aun estuviera dormido mientras ella se bañaba… pero, al parecer, no.

Un pensamiento de pudor pasó por la mente de Josefina, confundido entre otro pensamiento de placer y desvergüenza, al saberse observada en su intimidad y con un cuerpo que ella consideraba aún era hermoso, y se alcanzó a excitar un poco. Pero, el joven Vic no parecía mostrar interés en ella… Además, —pensó—, el sepelio de su marido había sido hacía tan poco tiempo y no era el momento para una aventura con nadie… así que con este pensamiento desechó cualquier idea que pudiera estarse gestando en su interior.

A las once de la mañana ya Victoriano estaba en la sede de la Arquidiócesis, haciendo la antesala para su reunión con el obispo: Monseñor Ernesto Muñoz S.J.

En ese momento entró un secretario:

—¿Es Usted Victoriano Bukowski?

—Sí señor, yo soy…

—Por favor sígame, el Señor Obispo ya lo está esperando.

Victoriano se sentía nervioso, pensaba y con razón que de esa entrevista dependía todo su futuro y cualquier cambio que soñara para su vida, estaba relacionado con el desarrollo de esta entrevista.

Sin embargo, muy pronto sus aprehensiones quedaron descartadas. La primera impresión al conocer a Monseñor fue totalmente positiva… Era un hombre en extremo afable y de fácil trato.

— O —

Capítulo 11.
De vuelta a la Universidad

Esa noche nuevamente Victoriano se quedó en casa de Josefina, aceptando la invitación de ella de continuar hospedado en su casa y prefería hacer un pequeño mercado para compartir con ella, a pagar una habitación en un hotel, que le saldría mucho más costosa. Él era consciente que sus recursos económicos eran limitados y tenía que administrarlos muy bien.

Al día siguiente, gracias a la intervención de Monseñor Muñoz, Victoriano tuvo una entrevista con el Decano de la Facultad de Economía de la Universidad y poco después su nombre quedó registrado para asistir al examen de admisión, que tendría que presentar para acceder a la Universidad.

El examen sería en veinte días, así que tendría que regresar, y mientras tanto, prepararse lo mejor posible para pasar el dichoso examen, que de entrada le anunciaron era bastante difícil. En la Universidad le dijeron que, de 650 aspirantes inscritos, solo pasarían los 60 que iban a llenar las vacantes disponibles, una competencia feroz.

Poco después, Victoriano estaba de regreso en casa de Josefina García, para recoger su maleta y tomar el autobús de regreso a *Tapalpa*.

—Prométeme una cosa, —le dijo Josefina—, cuando vuelvas al D.F. para tus diligencias en la

Universidad, quiero que sepas que aquí es tu casa, quiero que cuentes conmigo para todo lo que necesites aquí en la capital. Te voy a estar esperando…

» O sea que ni nos despidamos, un simple hasta pronto será suficiente.

Josefina era una chica de armas tomar, de carácter fuerte, de mirada decidida, para nada tímida, y, por el contrario, digna, orgullosa y por demás muy bonita. Sería unos ocho años mayor que Victoriano, aunque en ese momento la diferencia de edades no se notaba. Era notoria la incipiente atracción que se sentía en el ambiente cuando estaban en casa, aunque la mencionada diferencia cultural era una barrera para tener en cuenta.

Ya en la puerta, a la salida, Josefina y Victoriano se despidieron, con un fuerte abrazo y un beso, pero…

Ese no fue un beso cualquiera… realmente Josefina calculó bien y al momento del beso volteó la cara y besó al joven en los labios, para total sorpresa de este…

—Oh que pena, —mintió Josefina—, yo solo quería darte el beso en la mejilla…

—No hay problema, eso pasa a veces… —mintió Victoriano también. En ese momento Victoriano recordó la imagen del cuerpo desnudo de la muchacha…

Para nada fue una situación desagradable, por el contrario, a Victoriano le gustó, aunque fuera sorpresiva…

En su largo viaje de regreso a *Tapalpa,* con el arrullo del ronroneo del camión, (autobús), Victoriano tenía pensamientos contradictorios y revueltos… Por su mente pasaban las imágenes de Josefina García y de Karla Cohen, y, de otra parte, hacía elucubraciones acerca de cómo sería la futura experiencia en la Universidad si es que aprobaba… Por lo pronto, tenía que realizar un esfuerzo bien grande si quería pasar los exámenes y entrar a la Universidad.

Tres semanas después, Victoriano estaba de regreso al D.F. y se estaba presentando a la facultad para el examen de admisión que tuvo una duración de tres horas.

Durante las semanas anteriores, el joven Vic había estado estudiando muy concentrado y normalmente el Padre Damián alcanzaba a ver el resplandor de la luz de la habitación de Victoriano, encendida hasta muy altas horas de la noche.

Victoriano había tenido que viajar varias veces a Guadalajara para dirigirse a la *Biblioteca Pública del Estado de Jalisco "Juan José Arreola",* para pedir prestados libros de consulta, con el fin de prepararse lo mejor posible para el examen de admisión.

Como fuera, él tenía la inobjetable obligación consigo mismo de pasar ese examen a como diera lugar,

y no aceptaba excusa alguna con tal de estudiar y prepararse, sin importar horario ni cansancio.

Victoriano no olvidaba su pasado y menos la obligación con sus familiares, quienes aún estaban en Venezuela, pasando dificultades con un régimen de gobierno imposible. Él tenía que salir adelante y triunfar, y tenía la inevitable urgencia de sacar la cara por su familia.

Normalmente él apagaba la luz a la 1:00 am, y el despertador sonaba a la 5:45 am, antes de salir el sol.

Quince minutos después, ya bañado, (con agua helada), y vestido con una sudadera, estaba estudiando nuevamente sin parar hasta las 8:45 am, cuando bajaba a desayunar y luego atender las labores propias de la parroquia.

Por esos días Victoriano tuvo a bien comentarle al Padre Damián, acerca de su experiencia con aquella chica Josefina García, y siendo honesto con él, también le habló de su interés con ella, principalmente de tipo sexual.

—Pero, a ver, —dijo el padre Damián—, decídete… o la una o la otra… ¿cuál será?

—La verdad padre, —decía Victoriano—, es que esa chica me llama mucho la atención sobre todo desde el punto de vista sexual, pero si de amor se tratara, creo que realmente yo estoy interesado es en Karla Cohen, esa es la verdad.

—Pero, has pensado que esa posible relación tuya con Josefina, si es que le das curso a las visitas a su casa,

puedan llegar a ilusionar a la chica y, de cualquier forma, tú no tienes interés en formalizar una relación duradera con ella, ¿cierto?

» Además, hay que tener en cuenta que ella viene de una experiencia traumática como es la muerte de su esposo y podría estar emocionalmente muy frágil y caer en tus insinuaciones. Ella tiene derecho a rehacer su vida con alguien, y no sería contigo, ¿no te parece?

—Pues… sí, esa es la verdad, —contestó Victoriano—, yo no tengo interés en unir mi futuro con ella, pues tengo otros horizontes en perspectiva…

—¿Y no crees que esa sería una forma de engaño a la chica? —insistía el padre Damián.

—Pero, —respondía Victoriano—, yo creo que si se habla claro desde un principio y se deja planteado el tema de que esa posible relación es sin compromiso entre las partes, ¿no cree padre que se puede tener esa experiencia, dejando las cosas claras?

—Pues, a mí de todos modos me parece una manipulación de los sentimientos de una persona, rebajando la práctica del sexo a una especie de ejercicio físico sin sentimientos, y en eso no estoy de acuerdo, pero ¿tú qué piensas?

—Pues, —respondió Victoriano—, tal vez tenga razón, padre, a lo mejor en esa situación uno sí estuviera jugando con los sentimientos y la dignidad espiritual de la persona por el mero placer de una aventura sexual…

—Mira, Victoriano, de todos modos, el sexo es algo demasiado hermoso y de sublime procedencia por ser una elevación de la frecuencia vibratoria del alma,

hacia estados sublimes, para pensar en convertirlo en un simple juego gimnástico o un ejercicio físico del cuerpo.

» Si se trata de desahogar el cuerpo, yo hasta te puedo aconsejar la masturbación y que no me oigan los estamentos eclesiásticos hipócritas, pues me mandan al infierno, pero eso es mejor que meterse con una persona… ¿no crees?

—Pues... sí… de acuerdo padre, creo que tiene toda la razón.

—Bueno, —dijo el Padre—, ahora sigue con tus labores y, además, tienes que sacar tiempo para continuar estudiando. Hablamos después.

—Sí padre, muchas gracias por escucharme.

Victoriano no volvió a visitar a Josefina García en su casa, y menos llamarla. Él dio por concluida esa historia.

— O —

Capítulo 12.
Preparado para la Universidad

De regreso a *Tapalpa*, tres días después, de presentado el examen de entrada a la Universidad, Victoriano le comentaba al Padre Damián, las incidencias de su viaje y lo bien que le había ido a partir de la entrevista con Monseñor Ernesto Muñoz SJ.

—Realmente la ayuda de Monseñor ha sido muy importante para poder entrar a la Universidad. Si bien, él no ha servido de palanca para entrar, pues en esa Universidad no sirven las palancas, sí abrió la posibilidad que tener una entrevista con el decano de la facultad de Economía y el posterior examen de admisión que me hicieron, el cual pasé con éxito, y por mi propio esfuerzo.

—¿Y sabe qué padre? —seguía Victoriano—, ayer estuve revisando las listas de admisión y le cuento que yo obtuve el puntaje más alto de todos en la facultad. Valieron la pena las benditas trasnochadas de estas semanas.

» Pero de no ser por el Padre Muñoz, ni siquiera hubiera pasado de la puerta de la institución. Ayer quedé matriculado en la *Universidad Nacional Autónoma de México,* y comienzo clases en quince días. La fundación que maneja el Monseñor Muñoz me ha pagado el valor de la matrícula.

—Oh, qué maravilla, —dijo el Padre Damián.

—Quería comentarte algo de Monseñor Ernesto Muñoz SJ, —continuaba el Padre Damián—, él es un hombre de Dios y si bien te ha ayudado en esta gestión, a su vez él ha mantenido abiertas varias obras sociales donde socorre a muchas familias necesitadas que sobreviven con sus auxilios.

—Sin embargo, —continuaba el padre Damián— Monseñor Muñoz tuvo muchos problemas por haber sido uno de los acusadores de *Marcial Maciel*, director y fundador de la cuestionada cofradía: *Los Legionarios de Cristo*, en México, por abusos sexuales a menores, habiendo sido, el padre Maciel, protegido al principio, por la propia iglesia y rebatidas las acusaciones contra Maciel, y en un momento dado, al insistir en su postura acusadora, Monseñor Muñoz mismo, estuvo en entredicho, intentando castigarlo por supuestos falsos testimonios.

Continuaba el Padre Damián su charla:

—Afortunadamente las investigaciones progresaron, y se presentó una visita apostólica con prelados enviados por la Santa Sede, quienes corroboraron las acusaciones, emitiendo un comunicado.

—Esa es la historia que te quería contar, —dijo el Padre Damián—, y manifestar la admiración que le profeso a Monseñor Ernesto Muñoz SJ, un jesuita santo como pocos y firme como una hoja de acero en sus convicciones y obligaciones pastorales.

—Yo también le estaré eternamente agradecido al Padre Muñoz, por la inmensa oportunidad que me está brindando con mis estudios, —dijo Victoriano—, además me enteré de que no solo es mi caso en que el padre Muñoz ayuda a jóvenes con sus estudios. En la facultad ya tienen a varios estudiantes becados por la fundación que dirige el Padre Muñoz, eso me contaron, y, además, ahí, cerca de la U, hay un comedor comunitario, también auspiciado por la misma fundación, donde brindan almuerzo diario a personas necesitadas. Yo mismo comí ahí en un par de ocasiones.

—Ya te decía, —replicó el Padre Damián—, que Monseñor Muñoz hace maravillas para la gloria de Dios, y aquí entre nos, sin tanta bomba ni tanta retórica parlanchina como otros prelados.

— O —

Capítulo 13.
La Universidad y el trabajo

Cuatro meses después, Victoriano Bukowski ya estaba atendiendo clase en la facultad de economía de la *Universidad Nacional Autónoma de México*, en Ciudad de México DF. Había sido admitido para el séptimo grado, validando varias materias.

Monseñor Muñoz había conseguido la beca completa otorgada a Victoriano, que implicaba: auxilio de estudios, útiles y textos y una pensión de manutención para tener alojamiento y alimentos gratuitos durante el periodo de estudios... Pero para gastos extras, Victoriano tendría que conseguir los recursos por su propia cuenta.

Aquel primer día de clase, al salir y llegar a su habitación, Vic, lo primero que hizo fue una llamada por Skype a Madrid.

—Hola Karla, —dijo Vic—, ¿Cómo has estado?

—Hoolaaa Vic… yo muy bien, ¿y tú? Qué rico que me llames.

—Yo muy bien también, te quería contar que ya he tomado mi primera clase en la Universidad, quedé nivelado en séptimo semestre, después de los cursos de nivelación del verano pasado. Me valieron casi todas las materias y las calificaciones de la universidad en Caracas y bien, pues hoy arranqué en forma, ¿cómo te parece?

—Maravilloso, Vic. y me siento muy orgullosa de ti, por la forma en que has ido dándole la vuelta a tu vida para orientarla nuevamente hacia el progreso.

—Te cuento que, en la clase, todos son unos chicos muy jóvenes, yo soy el más viejo del salón y casi diría que me miran como a un papá.

—Pero Vic, si solo tienes 28 años, eres muy joven también.

—Pero es que ellos son chicos que no pasan de los 20 o 22 años y aunque ya no son *preppys*, todavía son unos críos que juegan, bromean y se hacen trastadas unos a otros. En los cambios de clase hacen una pelotica de papel, con una cajetilla de *Marlboro*, bien apretada y juegan futbol en los corredores de la U… muy divertido, la verdad.

—Bueno, pero creo que te vas a gozar la carrera, —dijo Karla—, sobre todo el contraste después de haber vivido todas esas terribles experiencias.

¿Y cómo estuvo la clase de hoy?

—Mira, Karla, de las clases de hoy la que más me llamó la atención fue una de Economía Política, el profesor, un tipo de apellido Villareal, estaba exponiendo el tema de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, y la influencia cubana en Venezuela.

» El profesor me pidió para la próxima clase, hacer una exposición acerca de la situación política y

económica en Venezuela y yo acepté. En los primeros minutos de esa clase, en el momento de las presentaciones, todos dijimos nuestros nombres y de donde veníamos y al llegar a mí, me interrogó más a fondo sobre mi experiencia como refugiado venezolano, de ahí que me pidiera hacer esa exposición.

—Bueno, —dijo Karla—, yo creo que te vas a lucir, y máxime cuando tienes todos los elementos de juicio para hacer un buen trabajo.

—Eso espero, —dijo Vic.

Unas semanas después…

En una comunicación vía WhatsApp, estaban conversando Karla y Vic y tocaron el tema del trabajo que el profesor de Vic le había encomendado.

Bueno Vic, —dijo Karla—, ¿cuéntame cómo te fue en la exposición de la clase de Economía Política?

—Pues, yo creo que salió muy bien, pues los comentarios de mis compañeros fueron muy buenos, pero te cuento, lo más importante fue la opinión del profesor Villareal, que me hizo un buen elogio. Me ofreció servirle de monitor para esa clase y además voy a ser su asistente en esa materia, en los próximos semestres. Voy a tener que preparar algunos temas de investigación para la clase que dicta el profesor y la universidad me paga por ello. No será mucho pero que me sirve, me sirve.

—Oh, qué maravilla, —dijo Karla—, ahora ya no vas a tener afujías de dinero.

—Bueno, ojalá que todo salga bien. —concluía Vic.

— O —

Capítulo 14.
La cotidianidad

Los siguientes dos semestres pasaron vertiginosos, soplados por un huracán de esfuerzos y obligaciones curriculares, en las cuales, la capacidad de lucha del joven Victoriano, era puesta a prueba, pues el nivel de la Universidad era bastante alto.

Realmente se exigía un nivel de excelencia en el estudiante y no cualquiera podía pasar los *quizzes,* exámenes parciales y trabajos exigidos, sin que tuviera que hacer un gran esfuerzo para cumplir con el alto nivel de la Universidad.

Si bien, la media de notas de su clase, en aquel noveno semestre cursado, era de 3,2 sobre 5,0, el promedio del joven Victoriano era de 4,48 sobre 5,0, realmente sobresaliente, siendo el promedio de notas más alto de la facultad.

El recuerdo de su madre y su hermanito viviendo allá en Venezuela en medio de las dificultades, aunado a las imágenes de torturas que de cuando en vez aparecían en su mente, recuerdos marcados en su alma de aquellos días sufridos en *Ramo Verde*, eran el mejor impulso motivador para luchar sin descanso, siempre buscando la excelencia en todo lo que hacía.

Con frecuencia sucedía que siendo las 10:45 pm de un viernes, ya sus amigos y compañeros de clase se

habían largado, cansados de invitarlo a salir de parranda, invitaciones que con frecuencia él rechazaba, pues por lo general, tenía clase de 7:00 am el sábado y debía levantarse muy temprano y totalmente despejado.

Victoriano tenía dos trabajos; por un lado, estaba el cargo de asistente del Profesor Villareal en la clase de Economía Política de pregrado, y por otro, había conseguido un trabajo de tiempo parcial, como mesero en la cafetería de la facultad en el horario entre las 6:00 pm, y las 9:30 pm.

Si bien, la beca que aseguraba los estudios, también le ayudaba con los gastos de manutención y alojamiento, pero, de todos modos, necesitaba el dinero de su trabajo para sostener a su familia, mediante los giros mensuales que les enviaba. Además, Victoriano era un adicto al ahorro y no perdía oportunidad de guardar cada peso que apartaba con disciplina, para evitar gastarlo en fruslerías.

Decía Victoriano que él tenía una religión de solo dos mandamientos… ¿Cuáles? Y repetía:

"PRIMER MANDAMIENTO: Si ves pasar un peso o un dólar frente a ti, échale mano, de una vez, y mételo al bolsillo de la izquierda… ese es el bolsillo de los ahorros y de ahí para el banco".

Iban pasando los semestres, ya Victoriano había logrado tener una cuenta de ahorros en el Banco Azteca,

una de las mejores instituciones financieras del país. Comenzando el semestre de estudios, Victoriano había logrado amasar una pequeña fortuna en pesos mexicanos, equivalente a unos US$ 1.950 dólares, que guardaba en una cuenta de fiducia, ganando un interés que le servía para evitar dejar el dinero ocioso.

Además, Victoriano comenzó a ver una oportunidad de negocio. A sus propios compañeros de la universidad, les prestaba dinero con intereses, pues normalmente hacia el final de la quincena o del mes, ya estaban resteados de dinero, como decían en Venezuela, es decir, ya estaban en los restos de su dinero y necesitaban algo más para llegar a fin de mes… Era cuando Victoriano comenzaba a ofrecer montos de dinero, dejando como prenda de garantía, un reloj o un libro de estudio o incluso unas gafas. Y cuando llegaba el dinero de la quincena, el compañero recuperaba su prenda y Victoriano, su dinero, más los intereses altos que cobraba.

Los ingresos de dinero provenientes del capital prestado iban al bolsillo de la derecha, listos para volver a ser utilizados en nuevos préstamos, pero los valores de los intereses recibidos iban a parar al bolsillo de la izquierda y luego destinados al banco a la cuenta de ahorros, que permanentemente iba creciendo.

Y ahí aplicaba el segundo mandamiento de su curiosa religión:

"SEGUNDO MANDAMIENTO: Jamás toques el dinero del ahorro… Óyelo bien: Jamás vayas a tocar un solo peso

de la cuenta de ahorros para nada que no sea volverlo a reinvertir en algo productivo que genere más dinero"

Los días de estudiante pasaban presurosos en medio de las obligaciones académicas que nunca faltaban y las tardes ocupadas, nuevamente aceleraban la cotidianidad con las obligaciones laborales que copaban su tiempo vespertino.

En las noches, nuevamente debía hacer el esfuerzo de rechazar con fortaleza el cansancio sentido y hacer acopio de entereza para estudiar con ahínco, entre las 7:00 y las 10:45 de la noche. Esto lo hacía después de tomar una ducha helada, que lo despertaba y después de comida, sentarse a estudiar y realizar las labores pendientes para cumplirle a la Universidad a cabalidad.

Nunca faltaba la llamada diaria por Skype a Karla, y aunque no eran novios, realmente eran inseparables, pues se profesaban una admiración y una deferencia propia de una relación amorosa. Ella en Madrid y él en el D.F. Generalmente Victoriano le marcaba siendo las 11:00 de la noche en el DF y en Madrid eran ya las 7:00 am.

Para Karla esta era la mejor forma de comenzar el día, una llamada de su querido amigo a primera hora de la mañana, la dejaba alegre y entusiasta para luego dirigirse al hospital donde estaba haciendo la residencia.

— O —

Capítulo 15.
Una llamada sorpresiva

Año 2018
Mes de mayo.

Pasaron volando los siguientes dos semestres universitarios, ya Vic estaba próximo a terminar sus estudios de pregrado.

Un lunes, nublado y lluvioso, de esos que no provoca levantarse, a final del semestre, llegó, sin embargo, una nueva oportunidad del Universo para premiar al joven.

Una llamada telefónica llegó a la facultad.

—¿Aló? —dijo alguien al otro extremo de la línea— ¿Estoy comunicada con la facultad de Administración y Finanzas?

—¿Sí, de donde llaman?

—Le llamamos de la División de Relaciones Industriales de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico*, y queremos hablar con el Sr. Victoriano Bukowski, creo que está en último semestre de Economía. Llamamos por recomendación del Decano Dr. Arturo Madrigal.

—Sí, un momento por favor, —dijo la recepcionista.

—Al momento regresó la señorita y dijo.

—Me voy a demorar un poco pues el salón donde está el Sr. Bukowski siempre está un poco retirado.

—No hay problema, yo espero.

Luego de unos minutos, tocaron a la puerta del salón de clase 330A de décimo semestre, del edificio de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

La chica abrió la puerta del salón y dijo:

—Perdón la interrupción…

—Sí, claro, qué se le ofrece, —dijo el catedrático.

—Por favor, necesito al estudiante Victoriano Bukowski.

—Sí, soy yo, —dijo sorprendido en joven Vic, levantándose de su asiento.

—Por favor me acompaña, —dijo la secretaria—, usted tiene una llamada telefónica en la Oficina de Administración…

—¿Una llamada? —dijo Victoriano extrañado—, ¿y quién me llama?

—Lo llaman por una recomendación del Decano de la facultad, ¿por favor me acompaña que están esperando?

—Sí, ya recojo mis cosas y vamos, —remató Victoriano.

Nueve minutos después…

—¿Aló? Sí, yo soy Victoriano Bukowski, ¿qué se le ofrece?

—Buenos días, Sr. Bukwoski, Yo soy Andrea Beltrán, Gerente de Relaciones Industriales, lo estamos

llamando de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico,* para informarle que usted ha sido el candidato recomendado por el decano de la facultad de Administración y Economía de la Universidad, el Dr. Madrigal, y por eso estamos llamándole para hacerle una oferta para el cargo de asistente del vicepresidente de Mercadeo y Ventas de nuestra empresa. Será que nos podemos reunir en el Hotel Sheraton de la ciudad, mañana a las 9:00 am.

—Eh… eh… claro que sí, —dijo Vic.

—Entonces quedamos mañana a las 9:00 am.

—Pero, un momento, —dijo Victoriano—, ¿Dónde queda?

—Sí, por favor apunte:

—Paseo de la Reforma, 325.

— ¿Ok? entonces, mañana a las 9:00 am.

—Perfecto, así quedamos.

Y colgó.

Al día siguiente, después de la entrevista, recibida la oferta de parte de la empresa pesquera con una bolsa de dinero de cinco cifras mensuales, para comenzar muy interesante para él, Victoriano continuaba totalmente sorprendido. La vida comenzaba a sonreírle.

El Dr. Madrigal, y el profesor Villareal, lo habían recomendado ampliamente con las mejores calificaciones posibles, no solo como un destacado alumno, sino como el mejor de su promoción. Incluso les habían adelantado un secreto a los ejecutivos de la pesquera. En pocos meses, en el acto de grado, el joven Bukowski, se estaría

graduando con los más altos honores con un título: *Summa Cum Laude*.

Vic no lo podía creer, no pudo contener sus lágrimas cuando llamó a Karla a Madrid para contarle la buena nueva. Después de todos sus malos momentos vividos en la desesperación, y de pasar por terribles experiencias en *Ramo Verde*, y luego la terrible travesía por la selva del Darién para llegar hasta México, ahora su situación estaba dando la vuelta. Karla igualmente impresionada tampoco pudo contener las lágrimas de felicidad.

— O —

Capítulo 16.
Una ceremonia y un hecho inesperado

Una ceremonia:

Pasados 90 días, una soleada mañana, plena de gentes luciendo sus mejores galas en el campus de la Universidad, padres de familia, hermanos, amigos, e invitados, llenaban la explanada donde se habían colocado las sillas para que los invitados a la ceremonia de graduación se sentaran.

Era todo un colorido festival de gentes alegres presentes, con sus semblantes satisfechos por el logro alcanzado por sus familiares y allegados, al culminar una etapa importante en sus vidas. Era el día de la ceremonia de graduación de los estudiantes de último grado de las principales facultades de la *Universidad Nacional Autónoma de México*.

En un momento del evento, sonó nuevamente por los parlantes, la voz grave del maestro de ceremonias, anunciando:

—Ahora vamos a presentar a los graduados con los máximos honores otorgados por la Universidad en premio a la excelencia académica.

Se han hecho merecedores de la altísima distinción, *Summa Cum Laude*, los siguientes señores:

Fernando Bernal Ruiz.
Christian Kluckhohn.
Alberto Sanclemente.

Julián Caicedo y
Victoriano Bukowski

El salón retumbaba con la salva de aplausos que seguía a cada nombramiento. Y cuando llegaron al nombre de Victoriano Bukowski, por entre los aplausos se escuchaban los gritos de una joven, por encima de todos los presentes. Era una chica bellísima, de pelo ensortijado casi dorado que se movía con visos de oro con la brisa suave que soplaba en ese momento y unos ojos azul turquesa de origen celestial.

No eran novios, pero como si lo fueran.

En la fila No. 12 estaba ella de pie, gritando. Era la Dra. Karla Cohen, con un traje color rosa pálido y en su mano, un sombrero que le hacía juego, para protegerse del sol que brillaba en aquella mañana festiva.

Era la única persona de su círculo cercano que había asistido al acto de graduación. Había sido imposible que su madre y su hermanito vinieran al D.F. desde Caracas, pues aún sus cuentas no alcanzaban a costear los tiquetes de ellos.

Solo había venido Karla, su amiga del alma, quien había llegado el día anterior en un vuelo procedente de Madrid.

Cuando Victoriano subió al escenario a recibir su diploma, ella lo vio cojeando; portaba un par de muletas que lo ayudaban a moverse. Él ya le había contado del accidente que había sufrido recientemente, cuando, en un partido de futbol, en un encontrón con un rival, había resultado con una lesión en su pierna izquierda a la altura

de la rodilla, un esguince de rodilla habiendo salido comprometido el ligamento cruzado. Estaba enyesado y debía cuidarse durante las siguientes seis semanas después del accidente.

Sin embargo, quiso el destino adornar con un tono de alegría su vida en aquel momento, y fue cuando en la noche, al momento de retirarse a descansar, no había lugar alguno a donde retirarse.

El día que Karla llegó a Ciudad de México, Victoriano la fue a recoger al *Aeropuerto Internacional Benito Juárez*. Luego en el parqueadero, Victoriano le presentó el pequeño Volkswagen de segunda mano que había comprado recientemente y que le servía para transportarse tanto a la Universidad como a su nueva oficina en la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico*.

Carla no quiso quedarse en el elegante hotel donde tenía su reserva, sino que prefirió el minúsculo apartamento donde vivía Victoriano desde hacía tres meses.

Realmente era un estudio de un solo ambiente, amoblado parcamente, donde estaba una cama doble con dos mesas de noche con una lamparita, un televisor de 45 pulgadas en la pared del frente, un espacio de cocina con nevera, lavaplatos, estufa, horno microondas, un mesón frente a la cocina que le servía de mesa de comedor y escritorio, y que separaba el ambiente de la cocina de lo que era el dormitorio, más un par de sillas que servían de salita de estar frente a la cama. Además,

una puerta que daba a un baño, igualmente minúsculo, donde era necesario entrar casi disimuladamente para evitar tropezarse con algo. Bañarse era toda una odisea pues de pie, sobre la tina, era casi imposible moverse, so pena de caer y salirse del baño mojado, a la habitación.

—Oye, —dijo Karla, con una sonrisa socarrona en la boca—, este apartamento es tan pequeñito que para que entre el sol, primero tiene que salirse uno—, y soltó una carcajada.

—Cierto, pero no te burles, —respondió Victoriano sonriendo y agregando—, Después de haber comido toda la mierda que me ha tocado comer, yo adoro este rinconcito… como si fuera un palacio, por lo menos no hay guardias afuera, pendientes de que no me vaya a escapar.

—Cierto, mi Vic, —este sitio está precioso para vivir esta etapa de tu vida y yo también lo adoro.

Efectivamente, Victoriano amaba ese lugar por encima de todo, y más, recordando lo vivido en *Ramo Verde*, donde su celda no tenía muebles ni dignidad alguna.

Puso Victoriano una cobija en el suelo a manera de colchón y sobre este un juego de cobijas para pasar la noche. La cama única que había sería para ella, —pensó él.

—Pareces un niño chiquito… —le recriminó Karla en ese momento, con una sonrisa retorcida que

mostraba una hilera de dientes perfectos—, Yo no me voy a quedar en el suelo y jamás voy a permitir que tú lo hagas, así que recoge esos trapos y ambos vamos a dormir en la misma cama, ¿Entendido???

El tono de su voz era perentorio e imposible pensar en contradecirla.

—Pero… —dijo él—, y no alcanzó a decir más cuando ella lo interrumpió…

—Pero nada… o me haces caso o me largo para el hotel donde tengo mi reserva, —concluyó ella.

—Ah… —agregó ella—, además, si te das cuenta, el baño es muy pequeño y es imposible que nos podamos cambiar ahí, así que vamos a dejar afuera de esta habitación el pudor mal entendido y nos vamos a desnudar y poner el pijama sin penas ni pendejadas, ¿entendido???

Sin decir más, Karla levantó la blusa y se la quitó, desabrochó por detrás el cierre del *brasier* y se lo quitó, liberando y dejando ver dos senos perfectos con dos pezones rosados como de adolescente. A continuación, se quitó el jean, y los pantis, quedando desnuda de la cintura para abajo, exponiendo un cuerpo perfecto y precioso… Para Victoriano no pasó desapercibida la visión del vello púbico de Karla, que era igualmente dorado como el color de su pelo.

Ella era relativamente delgada, aunque sin llegar a flaca, más bien rellenita y de figura esbelta. Karla no era

muy alta, pero tenía la altura perfecta para ser una joven muy bella.

—Bueno, ¿y qué miras?, —dijo Karla—, pareces una estatua… vamos, ya cámbiate y ponte tu pijama…

Victoriano no salía de su total asombro… jamás había esperado semejante espectáculo…

Karla luego de ponerse un pijama rosado de flores, se acostó en la única cama de la habitación y acomodó un par de almohadas, entorchadas a manera de cojines levantados, para reservarse una buena vista y no perderse detalle del espectáculo de la desnudez de Victoriano…

Definitivamente, Victoriano era un tipo tímido y nada acostumbrado a que otras personas vieran su desnudez. No había alternativa… ya su rostro estaba rojo cual tomate, no había donde esconderse y menos decirle a la sonriente Karla, mirar para otro lado… nada la haría desistir.

A continuación, Victoriano también se desnudó, mostrando un cuerpo perfecto, alto, bien proporcionado, atlético, no muy musculoso, pero lo suficientemente desarrollado como para pensar que el trabajo físico en el gimnasio de la Universidad, donde asistía a ejercitarse tres veces por semana, había dado sus frutos, obtenido un cuerpo muy bien tonificado.

—Oye, ¿y esa terrible cicatriz en la nalga que fue? —preguntó Karla.

—Ah, eso fue un recuerdo de *Ramo Verde*… un castigo con un alambre de púas por no obedecer las órdenes del capataz encargado del pabellón de aislamiento.

—Huy, pero terrible, que recuerdos tan espantosos.

—Y ahora, ni pensar en hacer el amor, —dijo Karla—tú estás medio desbaratado todavía y tu pierna no puede ser lastimada, pero por lo menos te puedo abrazar, ¿cierto?…

—Claro, nos podemos abrazar…

Eso le quedó en la mente a Victoriano…

—¿Hacer el amor? Sí, eso dijo ella… Sí, eso dijo ella, —pensaba Victoriano—.

Él ni siquiera había pensado en ello, ni se le había ocurrido hacer el amor con Karla… al menos no todavía… Sin embargo, la imagen de su cuerpo totalmente desnudo le trajo sensaciones nuevas, nunca imaginadas, despertando pasiones imposibles de ocultar. Era como un torrente irrefrenable de pensamientos pasionales que se volcaron en su mente y su cuerpo…

Se acostaron, pusieron la televisión, pero ninguno de los dos prestaba atención al televisor, sus mentes estaban concentradas en ellos mismos.

Bajo las cobijas estaban arrimados uno y otra, sentían la calidez de sus cuerpos y esa sensación de calorcillo en el corazón y el bajo vientre…

Karla lo abrazó con ternura y alargó la mano para apagar la televisión y la luz de la lamparita.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir bien, era muy difícil dormir en esas circunstancias.

Y en la madrugada finalmente hicieron el amor… con cuidado.

Esa fue la primera vez…

— O —

Capítulo 17.
Un trabajo exigente e inspirador

Los siguientes 18 meses estuvieron marcados por la alta concentración y la dedicación que Victoriano daba a todas las tareas asignadas a su nuevo cargo como asistente del vicepresidente de Mercadeo y Ventas de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico*.

El joven era diligente en apoyar al vicepresidente en todas las tareas, investigaciones, informes entregados a tiempo siempre y con el mejor ánimo para responder por las obligaciones estipuladas.

Muchas fueron las veces en que, habiendo entrado a la oficina hacia las siete de la mañana, siendo las 9:00 de la noche, aún estaba frente al cañón, despachando los asuntos requeridos, adelantando el trabajo del día siguiente.

El vicepresidente, su jefe, era un hombre muy dedicado y responsable con las labores propias de su cargo y se exigía enormemente a sí mismo, con tal de hacer que su tarea fuera sobresaliente. Eso le daba un ejemplo de excelencia a Victoriano, quién comenzó a seguirle los pasos y el ritmo a su jefe.

Un nuevo emprendimiento.

En los meses transcurridos en medio de los esfuerzos laborales, Victoriano, recordando su negocio

de préstamos a estudiantes en la Universidad, logró montar un emprendimiento junto con un buen amigo, de nombre Santiago Sáenz de Santamaría, a quien conoció en la Universidad, de origen español, con experiencia en operaciones de bolsa de valores donde había trabajado, y fue con quien montaron una pequeña empresa de créditos y préstamos a empleados y jubilados, con el respaldo de los sueldos y pensiones de los clientes, cobrados por libranza directamente a las empresas.

El capital de esta empresa se originaba en los ahorros que los dos jóvenes empresarios habían amasado a través de los años y cuyo monto crecía en la medida en que el negocio avanzaba. Sin embargo, pasado el primer año, y dado el creciente éxito del negocio, se propusieron conseguir inversionistas para acopiar un capital semilla de riesgo y crecer el negocio con operaciones más importantes.

Solo consiguieron un socio mejicano, de nombre Luciano del Rincón, quien aportó un nuevo capital considerable, y en vez de buscar otros, su amigo se opuso y prefirieron comenzar a participar en operaciones de *Trading* especulando con instrumentos financieros, y al poco tiempo, ya estaban operando en la bolsa de valores en forma regular.

Si bien, Santiago Saenz de Santamaría estaba al frente de la nueva empresa, Victoriano seguía en su cargo como asistente en la empresa pesquera. Un cargo que no dejaría por nada del mundo hasta tanto no fuera lo suficientemente rico como para sostenerse a sí mismo.

Alguna vez, Santiago le preguntó acerca de su decisión inquebrantable de seguir al frente de su empleo y este le comentó.

—Mira, Santiago, —le dijo Victoriano—, yo sigo el ejemplo de muchos personajes importantes, quienes tuvieron empleos quizás miserables, que no es mi caso, pero que no los abandonaron hasta no lograr consolidar lo suyo y destacarse en algo importante que les permitiera la seguridad de la continuidad de sus ingresos o fortuna, sin mayores riesgos. Uno de los casos destacados era el de aquel hombrecito llamado Albert Einstein, quien, a pesar de ya ser un científico muy reconocido por sus importantes investigaciones y teorías, continuó largos años con su cargo de examinador en la oficina de patentes en Berna Suiza, y, sin embargo, publicó cinco tratados científicos que se convirtieron en la base de la física de nuestra era.

Una oportunidad.

Pasados los catorce meses, se presentó un hecho. El vicepresidente tuvo que ausentarse de la empresa debido a una neumonía que lo hizo ir al hospital y luego estar convaleciente por unos veinticinco días. A Victoriano le asignaron el cargo como vicepresidente encargado mientras regresaba su jefe.

Por esos días la empresa estaba inscrita y tenía pagado un stand en una importante feria de productos marinos, llamada: *Sea Food Show de Boston*, siendo la feria

de pesca y productos de mar más grande de los Estados Unidos.

Era imprescindible asistir al evento por cuanto la empresa estaba necesitando nuevos distribuidores para sus productos en el mercado norteamericano.

Victoriano previamente viajó a Miami a realizar una urgente tarea, asignada por el presidente de la compañía, dado que estaba a punto de vencerse el plazo legal para poder rescindir el contrato con la empresa que durante muchos años había sido la comercializadora exclusiva de los productos de la pesquera, debido a ciertas diferencias irreconciliables, no solo de tipo operativo, sino de cuentas financieras descuadradas, que no resultaban aceptables para la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico*.

Victoriano no solo realizó a la perfección la desagradable tarea de poner la cara y enfrentar a los distribuidores antiguos, para anunciarles que el contrato quedaba liquidado, sino, días después, asistir a la feria en Boston y posesionarse del papel de ejecutivo encargado de conseguir nuevos distribuidores, lo cual también cumplió a cabalidad.

Se lograron conseguir y firmar contratos con seis nuevos comercializadores que operarían la distribución en las diferentes regiones del país.

Estando allá, pasada la feria, era el final del mes de marzo, y las últimas nevadas todavía cubrían las carreteras del Estado de Massachusetts. Victoriano iba camino de *Candia* en *New Hampshire* a visitar al hermano

de un amigo colombiano, que se había encontrado en la feria, y quien lo había invitado a pasar el fin de semana en su casa de campo de New Hampshire.

Era un viernes en la tarde, Victoriano iba solo por una vía campestre secundaria, poco transitada, ya casi llegando a la casa del amigo. Iba a poca velocidad, sin embargo, en un recodo del camino, no se percató que había hielo en la vía, y el vehículo, una SUV, patinó y se salió de la carretera hacia una cuneta y luego saltando la barda fue a volar unos nueve metros de altura, y aterrizar en una arboleda más abajo.

Luego de unos minutos de haber perdido el sentido, Victoriano se despertó. Tras una primera revisión rápida de su estado, se percató que tenía un corte en la frente de la cual manaba sangre, pero pensó que no revestía mayor gravedad, sin embargo, cuando vio su rodilla ensangrentada, se enteró que esa herida con fractura abierta si era delicada y le impedía moverse. El vehículo no se había volcado y Victoriano logró abrir la puerta y arrastrándose hacia afuera, comenzó a subir por la pendiente, ayudado por las manos y los codos.

Tuvo la suerte que en ese momento paró un vehículo arriba, sus ocupantes estaban extrañados por las huellas del patinazo en la vía. Se bajaron un par de hombres, para enterarse del accidente, y ayudaron a Victoriano a subir y trasladarlo de inmediato al hospital de *Manchester*, *NH*.

A la noche siguiente Karla lo llamó al celular.

—¿Aló, con quién? —contestó Victoriano.

—Soy yo, Karla, me acabo de enterar de tu accidente.

—Huy, pero como corren las noticias, ¿cómo te enteraste?

—Pues por casualidad, te llamé a la oficina en el D.F. y una chica me puso al tanto.

—Ah, ya veo,

—Pero ¿qué fue lo que pasó? —preguntó Karla.

—Pues tuve un accidente viniendo de Boston, en una vía alterna hacia *Candia* aquí en *New Hampshire*, iba a la casa de un amigo, la camioneta patinó y me salí de la vía, cayendo a un barranco.

—¿Y qué te pasó? —preguntó Karla.

—No, pues me corté la frente, y me fracturé la rodilla izquierda, fue la misma rodilla de la lesión anterior en el partido de futbol, me operaron esta mañana y ya estoy mejor. Sin embargo, el médico me dice que debo guardar reposo unos diez días como mínimo. Luego voy a tener que volver a usar muletas por unas buenas semanas.

—Pero ¿y quién te va a ayudar en la convalecencia?

—No, yo creo que me tocará bandearme solo allá en el D.F.

—No, de ninguna forma, —dijo Karla—, yo voy a pedir mis vacaciones de inmediato y viajo para estar contigo ese tiempo, soy médica y puedo ayudarte.

—No, pero no te pongas, no es tan grave. Que tal ponerte a incomodar…

—Pues para mi será un gran placer estar contigo y ayudarte por unos días. Ahora mismo compro el tiquete y ya veremos para cuando consigo un vuelo a Boston.

Al día siguiente Karla estaba llegando a Boston en el vuelo de la 11:35 am procedente de Madrid, al aeropuerto internacional de *Logan,* donde alquiló un *Budget* y de una vez cogió carretera hacia *New Hampshire*, directamente hacia el hospital, para acompañar al joven en su convalecencia.

Victoriano, acompañado por Karla, seguía en lenta recuperación estando en la clínica en *New Hampshire, y* luego de viajar, se establecieron en su apartamento en el D.F. donde seguían juntos mientras él se recuperaba, hasta que finalmente se pudo reintegrar a sus labores. Karla estuvo un total de veinticinco días en sus vacaciones junto a Victoriano.

—Sabes, —dijo Karla—, lo mejor es que ya sabemos hacer el amor con todo y tu pierna enyesada… ya tenemos experiencia en eso, ¿verdad?

—Cierto, linda, ya tenemos experiencia, —remató Victoriano.

Muchas veces, estando convaleciente, Karla Cohen lo acompañaba a la oficina.

Una nueva oportunidad:

Por esos días, estando todavía ausente el vicepresidente oficial debido a que la recuperación de su enfermedad se había alargado, le tocó a Victoriano atender la negociación anual de precios y condiciones con los representantes de la firma japonesa *Nichirei*

Fisheries, distribuidora de los camarones de la Pesquera, en el mercado de Japón.

La particularidad de esa negociación era que los japoneses eran maestros en el arte de negociar y tenían muchas estrategias bajo la manga. Por ejemplo, una vez acordados los términos definitivos y las condiciones, ellos no firmaban todavía, pues debían llamar a Japón para consultar el trato y recibir la bendición de sus jefes allende el horizonte del Sol Naciente.

Luego nuevamente se sentaban para reformar lo acordado ya que sus jefes les hacían nuevas modificaciones que era necesario volver a dirimir. Esto sucedió varias veces en el curso de dos días.

Victoriano decidió jugar su propia estrategia también. Dado que los japoneses llegaban con traje oscuro y corbata a las negociaciones, a pesar del clima ardiente del puerto pesquero, donde estaba la planta de la empresa y donde se realizaban las reuniones de la negociación, Victoriano tomó la decisión de mandar cortar la luz en las oficinas, aduciendo un daño en la instalación. La situación se puso pesada pues estos japoneses acostumbrados al aire acondicionado comenzaron a sudar copiosamente. Victoriano informó a su equipo de colaboradores que, dado el inconveniente con la luz, podían ir vestidos como para estar en la playa, en shorts, camisetas hawaianas vaporosas y sandalias, mientras los japoneses guardaban un riguroso luto conservador. Esto los desgastaba enormemente y la presión del largo tiempo transcurrido, estaba en su contra.

Luego, pagando con la misma moneda, al lograrse finalmente un acuerdo de precios y condiciones, Victoriano y su equipo informaron que ahora eran ellos los que debían consultar la viabilidad del acuerdo final con la oficina de la presidencia de la Cía. Pesquera en el D.F.

El resultado final fue que se logró llegar a un acuerdo, pero curiosamente, este nuevo acuerdo era similar al primer acuerdo logrado dos días antes, en el primer debate con los japoneses, y antes que ellos comenzaran a consultar una y otra vez con sus oficinas.

El acuerdo logrado fue muy beneficioso para la Compañía Pesquera mexicana y ese fue un nuevo logro alcanzado por Victoriano en su posición como vicepresidente encargado de mercadeo y ventas.

— O —

Capítulo 18.
Una magnífica oportunidad

Pasado el primer año y medio, Victoriano continuaba en el cargo de asistente del vicepresidente de mercadeo y ventas. Fue cuando se presentó la vacante justo para el cargo de vicepresidente de ese mismo departamento.

Llamaron a diferentes aspirantes a concurso, unos externos y otros ejecutivos de la misma empresa que aplicaban para ese cargo, el cual exigía cualidades excepcionales, experiencia en Mercadeo y Ventas, suficiente conocimiento en relaciones internacionales, un bagaje académico sobresaliente y una probada capacidad para trabajar en equipo, aunada a la excelencia en relaciones humanas.

Victoriano, había demostrado hacerse querer por sus compañeros de trabajo, una sonrisa siempre animada, una buena disposición para el manejo de las confrontaciones con ánimo conciliatorio y una capacidad de liderazgo donde, sin imponer el respeto, era respetado por todos sus allegados, y siempre su opinión era tenida en cuenta, logrando que ese liderazgo fuera por consenso y no por obligación. Victoriano demostraba ser un líder nato.

No había sido nada difícil que su aplicación para postularse al nuevo cargo fuera tenida en cuenta y al final

la calificación lograda, superaba con creces las de sus contrincantes.

Pasados varios días, Victoriano había viajado justo esa semana a Venezuela para visitar a su madre y a su hermano. Estaban haciendo los arreglos necesarios para conseguir un visado para que ellos pudieran radicarse en México.

Era un miércoles siendo las 11:35 am, cuando se oyó el repicar de su celular…

—¿Buenas? ¿Con Victoriano Bukowski?

—Sí, soy yo, ¿de dónde llaman?

—Mira Victoriano, soy Andrea Beltrán, gerente del departamento de Relaciones Industriales de la pesquera, ¿te acuerdas? ¿Cómo te ha ido?

—Hola Andrea, claro que me acuerdo, ¿Cómo vas? ¿Qué se te ofrece?

—Quiero comunicarte que nuevamente hay movimientos en la empresa. Sí bien tu solicitud para el cargo de vicepresidente no salió favorecida, no por que tus cualidades fueran menos de sobresalientes, sino porque…

En ese momento se cayó la señal y se interrumpió la comunicación con México.

Victoriano sintió un bajón de su ánimo y ya comenzaba a lamentar que su aplicación no hubiera sido aceptada… Además, por su mente ya comenzaban a

pasar pensamientos negativos, con las dificultades que implicaban llevar a su familia a México, y los nuevos gastos que esto conllevaba, y él ya había albergado la ilusión de que el nuevo cargo al que había aplicado fuera suyo.

Pasados unos quince minutos, nuevamente sonó el celular de Victoriano y este contestó:

—Hola Andrea, que mala noticia la que me has dado, pero qué le vamos a hacer, así es la vida, a veces se pierde…

Andrea ya percibía la desazón de Victoriano:

—No, —le interrumpió Andrea—, no te precipites, que todavía no te he dado la noticia completa.

—El presidente de la Compañía te ha propuesto para un cargo de mayor responsabilidad, ante la Junta Directiva, así que no te desanimes, que lo que te voy a decir implica un cambio muchísimo mejor que el que estabas esperando.

El presidente de la empresa le ha propuesto a la Junta Directiva, y fue aceptado, tu nombramiento como Gerente Regional para Norteamérica y el Caribe. Un cargo con sede en Miami. Además, este nombramiento implica que debes mejorar tu nivel de inglés, y a pesar de que sabemos que lo has estado estudiando aquí en el D.F.

y dado que aún falta mejorar, la compañía te pagará el estudio de inglés en el *Miami Dade College*.

» Si bien, al principio hubo algo de resistencia por algún miembro de la junta, por tu juventud, al final hubo total consenso entre los asistentes y por unanimidad acordaron hacerte esta oferta.

—Además, —continuaba Andrea Beltrán—, el nivel de remuneración para ese cargo se sitúa en los US$ 150.000 dólares anuales, más otros beneficios, como auxilio de vehículo, gasolina, celular y gastos de representación, lo cual implica un salario integral por encima de los US$ 165.000 dólares anuales.

Ahora sí, ¿dime qué opinas? ¿Te llama la atención ese nombramiento?

Victoriano estaba estupefacto con la gran noticia…

—Mira Andrea, claro que me llama mucho la atención, y ¿sabes qué? No hay ni que pensarlo… Claro que acepto el nombramiento, y te agradezco infinito el mensaje.

—¿Sabes qué? —dijo Andrea—, yo soy la primera en ponerme feliz de ese nombramiento tuyo, realmente eres el mejor candidato y la persona con las cualidades morales y profesionales más indicada para desempeñarte en ese cargo, y te cuento que me pongo feliz por ti.

—Mil gracias, Andrea. Te mando un abrazo.

—Yo también, nos vemos cuando regreses de Venezuela para celebrar. Y por favor, dale mis saludos a Karla… y aquí entre nos… ¿cómo va la relación?

—Pues va muy bien, aunque la distancia hace las cosas un poco difíciles, pero ahí vamos. Nos vemos en México cuando regrese y te cuento. Abrazos.

—Sí, abrazos.

A lo que colgó el celular, Victoriano se quedó pensativo…

—La vida es extraña, —pensó—, ahora resulta que el destino que me tuvo arrinconado contra la pared de la indigencia durante tanto tiempo, ahora me trae este beneficio inesperado… Estados Unidos… eso no me lo esperaba tan pronto… ya no podremos seguir haciendo las gestiones para trasladar a la familia a México, ahora tocará buscar la visa americana para mi mamá y mi hermano.

En ese momento Victoriano escuchó un llanto y se dirigió a la cocina.

—Madre, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Es que escuché toda la conversación que has tenido con esa señora… y estoy feliz!!! —dijo con voz entrecortada.

» Hijo, estoy segura de que tu padre, junto con el Creador, han realizado este milagro del cielo para que por fin puedas tener una vida de felicidad y prosperidad en ese maravilloso país…

—Madre, mejor dirás, que tengamos todos, tú, mi hermanito y yo, una vida de prosperidad allá en los Estados Unidos.

» Esa es la idea. Ahora vamos a cambiar las diligencias de México para conseguir las visas para los Estados Unidos. Ya verás…

—Hijo, espera traigo una botella de *Champan Veuve de Clicquot*, que era de tu padre y siempre pensé que debía ser para brindar en una ocasión especial… pues esta es esa ocasión especial tan esperada.

Al rato madre e hijo estaban brindando. Y pronto llegó Julián su hermano del colegio, y le dieron la buena noticia: Se iban a radicar en los Estados Unidos.

— O —

Capítulo 19.
Una nueva experiencia alucinante.

Diciembre de 2019
Miami, Florida.

Había pasado un poco menos de un año desde que se radicaron en Miami, provenientes de México D.F.

Victoriano, su madre Aranza Chirinos y su hermano Julián Bukowski, quien ya cumplía los 16 años, estaban alojados en el apartamento 302 del edificio *Flamenco Towers Condominnuim*, del Country Club Drive, de Aventura, en el norte de Miami, que Victoriano acababa de comprar.

La oficina del bureau de Miami de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacifico*, que gerenciaba Victoriano, estaba a pocas cuadras de ahí, en el área de *Hallandale*, en *Dixie Hwy* con 3rd Street.

Durante los primeros seis meses de ese año, Victoriano y su hermano habían asistido al *Miami Dade College* para perfeccionar su inglés, el cual ambos ya hablaban con bastante fluidez.

Victoriano ahora estaba asistiendo en forma virtual al Magister de Economía del prestigioso *Steven J. Green School of International & Public Affairs* de la *Florida International University*.

En la parte laboral, Victoriano se venía desempeñando con total éxito y era muy apreciado por las altas directivas de la Compañía por su excelente desempeño como Gerente del Bureau de Miami. Victoriano era muy apreciado por los clientes distribuidores de los productos de la empresa pesquera, a quienes visitaba con alguna frecuencia, en diferentes ciudades del país.

De otra parte, Karla Cohen, su novia en la distancia, acababa de terminar un Máster Universitario en Bioquímica, Biología Molecular y Biomedicina, en la Universidad Complutense de Madrid, y estaba haciendo todas las gestiones para acreditar sus estudios de medicina y sus notas, para validarlos en los Estados Unidos.

Santiago Sáenz de Santamaría, su socio en el negocio financiero de Bolsa, junto con Luciano del Rincón, el otro socio mejicano, habían logrado crecer exitosamente las cifras del negocio, y Victoriano recibía buenas rentas por este concepto. En esos años Victoriano había amasado una pequeña fortuna que atesoraba con esmero y la hacía crecer poco a poco.

Para esa época ya tenía un capital disponible de US$ 650.000 dólares, provenientes de los ahorros obtenidos, producto de sus altos ingresos laborales y de rentas de su negocio bursátil y en contraposición, unos gastos *franciscanos*, producto de su experiencia de vida cuando había sido indigente, la cual no olvidaba, pues no

acostumbraba a gastar en nada que no fuera realmente imprescindible.

Victoriano, no bebía, no iba a restaurantes costosos, no parrandeaba, no usaba ropa de marca, ni joyas y no gastaba en nada superfluo.

Su auto era una camioneta Honda, CRV en buen estado, aunque bastante vieja, modelo 2006. Su apartamento era modesto y con mobiliario para nada ostentoso.

Victoriano se había convertido en un hombre en extremo cuidadoso con el dinero. Entre sus costumbres, estaban la de nunca pagar nada con tarjeta de crédito a más de un mes, para evitar el costo del interés de la tarjeta que, como él decía, era casi de usura. Además, normalmente cancelaba sus gastos cotidianos con la tarjeta débito usando solamente el dinero disponible en su cuenta, y prácticamente nunca usaba el crédito.

La excepción a la regla era el crédito de apalancamiento para negocios que le produjeran una renta de capital y donde el crédito significara la evolución de un negocio con una buena ganancia. De resto, todo lo que compraba lo pagaba de contado, usando el dinero de sus ingresos, y cuidando de separar religiosamente el valor del ahorro, incluso antes de comenzar el mes.

Como se dijo anteriormente, aún mantenía la costumbre de prestar dinero, pero ya no a estudiantes como antaño, sino que ahora, con más relaciones de negocios, acostumbraba a ofrecer dinero en préstamo a algunos empresarios conocidos que tuvieran afujías de dinero, por lo cual cobraba buenos intereses, los cuales,

repetimos, religiosamente iban a parar al bolsillo de la mano izquierda, mientras el capital reembolsado, regresaba al bolsillo de la derecha, para volverlo a invertir.

Meses antes, se presentó un amigo colombiano de nombre Nicolas Sharp y le comentó de un negocio de construcción en la ciudad de *Naples*, en la costa oeste de la Florida, sobre el Golfo de México.

Con la experiencia de Sharp en construcción como punto de partida, se embarcaron en el negocio. Eran cuatro casas construidas con un costo de construcción de US$580.000, para venderlas en los US$750.000, cada una. Sin embargo, la suerte nuevamente les sonrió. Por esos días existía una alta demanda de vivienda en la zona y baja oferta, razón por la cual, al terminar la construcción siete meses después, el precio de venta, según las ofertas recibidas, se disparó a US$ 1.200.000 cada una, para un total de US$4.800.000.

Sin embargo, no se puede dejar la impresión falsa de que todo fue fácil y que el negocio funcionó a las mil maravillas por sí solo… Podría decirse que fue una gran lucha llevada a cabo junto a su socio en este negocio. Realmente fue una lucha enorme con mil afujías, enredos, peleas con los contratistas, diversos asuntos que atender y largas reuniones con los asociados, obreros, jefes de obra y múltiples visitas a los proveedores para conseguir los materiales que en ocasiones resultaban escasos. Aparte de esto, tenía que recibir las visitas de los funcionarios de la ciudad y atender sus requerimientos de mejoras y glosas a los trabajos realizados y que era

menester solucionar. Después de todo esto, vale decir que se logró sacar adelante este proyecto. Victoriano obtuvo una ganancia neta de US$ 980.000 en dicho negocio. El tema adicional era que Victoriano tenía que responder por el trabajo en la empresa pesquera en forma simultánea, y hacerlo muy bien, como de hecho lo hizo.

Poco después, sin esperar nuevos golpes de suerte, en lo cual Victoriano nada creía, se embarcaron en un nuevo proyecto, para construir seis nuevas casas en la misma área de *Naples*.

Ocho meses después, Victoriano ya contaba con la rentabilidad del nuevo negocio que ascendía a US$1.100.000 más.

Aranza Chirios de Bukowski, madre de Victoriano, siendo una mujer emprendedora y juvenil, tuvo a bien embarcarse en el negocio de las remodelaciones de vivienda usada, con la ayuda financiera de Victoriano, y para esa época, ya contaba con una casa remodelada de su propiedad en la ciudad de Tampa, la cual tenía rentada, y con el dinero de los arriendos pagaba el servicio a la hipoteca y un saldo para ella. Ahora estaba finiquitando un nuevo negocio en la ciudad de Orlando Florida, en la localidad de *Kissimmee*, con una casa, muy grande, remodelada por ella, de la cual había sacado cuatro apartamentos de una alcoba, un baño y un ambiente general de sala comedor, pequeños pero suficientes, los cuales rentaba a turistas a través de *Airbnb*.

Con el valor de la renta de estos apartamentos, igualmente pagaba el valor de la mensualidad de la hipoteca, la administración y le sobraba un dinero para ella.

Aranza recordaba las palabras de su fallecido esposo, cuando decía que lo que los comunistas atornillados en los cargos de poder en los países latinoamericanos pretendían, era quitarle al rico para darle al pobre, gratis… y de esta forma lograban conseguir recursos económicos fáciles, robando y expropiando tierras, propiedades y recursos, a quienes han luchado toda una vida por alcanzar el éxito y lo que estos comunistas han logrado hacer es, eternizar la miseria del pueblo haciéndolo dependiente.

» Recordaba que decía que esos comunistas, mal llamados "*progresistas*", lo que han pregonado y han logrado establecer es, mantener al pueblo en la pobreza, pero dándole migajas y no permitiendo el progreso y la prosperidad, y así logran que ese pueblo paupérrimo los respalde y les permita mantenerse en el poder por muchas décadas. Jamás van a querer practicar la máxima de *Confucio*, de enseñar a pescar y no regalar el pescado, es decir, no les interesa promover el progreso a través del empoderamiento del individuo…

— ¡Y eso no les conviene¡, —decía su esposo—, pues un pueblo pensante, próspero y soberano, no les permite lograr sus negros objetivos, y ante unas elecciones verdaderamente libres, se caen porque se caen.

» Lo que las gentes no entienden es que la riqueza no proviene ni se forma con el dinero físico en el bolsillo, sino con la riqueza y la abundancia visualizados en la mente… Así es como se construye la riqueza. Una mentalidad de riqueza atrae y produce riqueza… Así mismo, una mentalidad de pobreza siempre atrae miseria y ausencia de abundancia.

Victoriano traía esa enseñanza en la sangre y para él nada era regalado, todo provenía del esfuerzo por mantener una mente positiva, visualizando la abundancia, y además ahorrar, estudiar, trabajar mucho y hacer buenos negocios. Entendía que esa era la única fórmula para lograr el éxito y el progreso en la vida; además, guardar un absoluto respeto por el dinero, controlando el gasto y planificando el presupuesto juiciosamente.

Y respecto al riesgo de una inversión, intentar siempre un riesgo controlado, para realizarlo solo con los montos marginales remanentes, disponibles para el efecto y no con el capital principal y menos arriesgando su seguridad financiera.

— O —

Capítulo 20.
Anillo de compromiso

En enero del año 2020 Victoriano fue a visitar a Karla a Madrid, aprovechando sus vacaciones de año nuevo. Fueron quince días maravillosos donde compartieron juntos en el piso que Karla tenía a pocas cuadras de las instalaciones del *Hospital Universitario La Paz*, en el *Paseo La Castellana*, donde Karla hacia su práctica médica.

Por esos días, en pleno invierno, a pesar del frío, Karla también se tomó unos días de descanso para acompañar a Victoriano a conocer varios sitios icónicos de la capital española.

Visitaron la Plaza Mayor, almorzaron en el mercado de San Miguel compartiendo un *cochinillo silbando*; visitaron el Palacio Real, pero no pudieron entrar a la catedral de Almudena pues estaba en mantenimiento ese día.

En el *Seat* de Karla hicieron un recorrido, parando para tomar fotos, pasando por *la Puerta de Alcalá*, *la plaza de Cibeles*, y luego caminaron largamente recorriendo el *Parque El Retiro*, tomándose fotos en frente del *Palacio de Cristal*.

En otra ocasión, en un recorrido por el centro de la ciudad fueron a la icónica avenida *La Gran Vía*. En este sitio entraron a la librería, *Casa del Libro*, una importante

librería donde Victoriano se compró una edición de lujo del libro "*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, para llevarle de regalo a su madre. También se compró para él, el tercer volumen de las obras completas de Jorge Luis Borges, donde aparecían los escritos de los últimos diez años del autor.

En la visita al Museo de la Reina Sofía, a Victoriano le llamó poderosamente la atención el gran cuadro: "*Guernica*" de Pablo Picasso; él conocía de primera mano la historia del pueblo de *Guernica* en el País Vasco, destruido en la época de la Guerra Civil Española, por los alemanes, quienes habían ametrallado a la población.

El domingo Karla se consiguió unas entradas y fueron a un encuentro futbolístico en el estadio "*Bernabéu*", un clásico entre el Real Madrid y el Barza.

En los últimos días, poco antes del viaje de regreso a Estado Unidos, fueron en teleférico al parque *Casa de Campo*, a las afueras de Madrid, cruzando el rio *Manzanares*, donde almorzaron. Al otro día remataron con un Tour a la localidad de Toledo distante una hora y media de Madrid, donde Victoriano pudo admirar el estilo de la arquitectura multicultural de Toledo, donde han convivido árabes, cristianos y judíos y su estilo medioeval, barroco y gótico, muestra el eclecticismo de su arquitectura.

Antes de su viaje de vacaciones, Victoriano le había comprado a Karla en Nueva York, un anillo con

un diamante y lo tenía guardado en secreto esperando la mejor ocasión.

El momento para entregárselo fue justo el día en que los padres de Karla lo invitaron a cenar en la hacienda de ellos a las afueras de Madrid.

Fue un momento inesperado, Karla guardaba en su pensamiento la incógnita de la seriedad de la relación, pues, si bien, con Victoriano se entendían a las mil maravillas, ella sentía que él estaba un poco demorado para dar el paso definitivo, a pesar de llevar un noviazgo de casi tres años.

Mariana Piscitello, madre de Karla, quien en un principio había tenido cierta reserva con la relación de Victoriano y Karla, había comenzado a mirar con mejores ojos al joven Victoriano pues ya estaba enterada de sus esfuerzos por lograr triunfar.

Estando en la mesa del comedor, luego de la cena donde sirvieron un lomo al escabeche con puré de patatas y ensalada de verduras y frutas, en el momento del brindis, Victoriano pidió la palabra.

—En primer lugar, —dijo Victoriano—, quiero agradecerles la amorosa acogida que me han brindado esta noche y agradecer esta magnífica cena. Pero tengo algo tremendo que decir y espero que lo tomen a bien…

Todos estaban entre estupefactos y expectantes de lo que diría a continuación el joven.

Sacando del bolsillo un sobrecito de papel de cera blanco, comenzó diciendo:

—Esta es una petición que quiero hacerle a mi adorada Karla, — dijo en voz alta sacando el anillo:

» Mira Karla: quiero unir mi vida a la tuya y quiero que te cases conmigo. No le demos más vueltas a esto, por favor…

Karla se quedó de una sola pieza con la boca abierta. La madre rompió en llanto. Klaus Cohen, padre de Karla sonreía abiertamente y los hermanos miraban la escena con gran expectativa como si se tratara de una película de suspenso, y empezaron a aplaudir…

— ¿Qué dices? —dijo Victoriano rompiendo el silencio…

—Pues… claro que sí, —dijo Karla con lágrimas en los ojos—, o ¿qué esperabas? antes pensaba que te estabas demorando demasiado… Claro que sí bobo… casi que no… dijo riendo…

Y levantándose de su silla se dirigió a abrazar y besar al joven.

A continuación, una algarabía de risas, gritos, vivas y aplausos.

La fecha propuesta para el matrimonio estaba fijada para finales del mes de diciembre del 2020.

Sin embargo, en los siguientes meses se presentó algo realmente inesperado.

— O —

Capítulo 21.
Nubes grises en el horizonte

Días después, ya Victoriano estaba de regreso en Miami y dedicado a sus obligaciones empresariales. La vida transcurría con normalidad y nada presagiaba lo que sucedería en los próximos meses…

Una maldita pandemia inesperada…

Y llegó el mes de marzo del 2020 con sus terribles consecuencias.

Justo el día 11 de marzo de 2020, Victoriano leía un informe de la OMS, (Organización Mundial de la Salud), con el siguiente texto:

"Ginebra, 11 de marzo de 2020 (OMS)- El director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el doctor Tedros Adhanom Ghebreyesus, anunció hoy que la nueva enfermedad por el coronavirus 2019 (COVID-19) puede caracterizarse como una pandemia.

"La OMS ha estado evaluando este brote durante todo el día y estamos profundamente preocupados tanto por los niveles alarmantes de propagación y gravedad, como por los niveles alarmantes de inacción. Por lo tanto, hemos evaluado que

COVID-19 puede caracterizarse como una pandemia", afirmó." [2].

Pocos días después de que la OMS, (Organización Mundial de la Salud), decretase oficialmente el brote descontrolado de la pandemia del virus Coronavirus, (COVID 19), el presidente de España, Pedro Sánchez, después de consultar con el Rey Felipe VI, declaró el estado de emergencia nacional y ordenó el cierre de todos los comercios, instituciones educativas, oficinas de los sectores oficial y privado, exceptuando los sitios de servicios esenciales como droguerías, supermercados e instituciones hospitalarias. Así mismo, solicitó perentoriamente el confinamiento de toda la población, regulando los casos especiales en los que se podía salir, con permiso de las autoridades.

Así mismo, se decretó la cancelación de todos los vuelos desde y hacia España y se restringió el paso de personas por las fronteras terrestres.

En las semanas siguientes, los casos de contagios y muertes en Europa se tornaron alarmantes, tanto el Italia, como Alemania, España y Francia y poco a poco se fueron conociendo las noticias de los dramáticos casos en todos los rincones del planeta.

En Estados Unidos también se decretaron similares medidas para la circulación restringida de la población del país, aunque menos restrictivas que en

[2] https://www.paho.org/es/noticias/11-3-2020-oms-caracteriza-covid-19-como-pandemia

Europa, lo cual trajo como consecuencia una disparada de los casos de contagios y muertes en el país del norte.

La doctora Karla Cohen quedó matriculada como parte del personal indispensable para atender a la población contagiada en el *Hospital Universitario la Paz de Madrid*.

Pasaron las semanas y las meses y la situación seguía siendo muy crítica a nivel mundial, pero nunca imaginaron que esa situación duraría unos años.

Karla y Victoriano decidieron aplazar la fecha del matrimonio ante la restricción de los vuelos internacionales y las dificultades para viajar, sin embargo, hablaban todos los días por WhatsApp.

Cierto día, hacia el 9 o 10 de noviembre de ese año, Vitoriano se encontró con dificultades para comunicarse con Karla. Por más que insistía, no lograba contactarla.

Pero, hacia el día 11 de noviembre Victoriano tuvo la novedad de enterarse, por una lectura en internet, de la caótica situación de los hospitales de España por aquellos días, y no solo de España sino de todo el planeta. En ese momento leyó siguiente:

"Publicación por internet del diario EL SALTO
11 NOV 2020 06:00
La UCI "improvisada" que perdura en el hospital La Paz: sin boxes ni distancias de seguridad

Trabajadores sanitarios manifiestan la existencia de una Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) creada durante la primera ola en un estrecho pasillo, "sin tomas suficientes de oxígeno y con cables tirantes que se llegan a desconectar".

Cuenta el personal sanitario que, durante la primera ola de covid-19, proliferaron las Unidades de Cuidados Intensivos (UCI) en los lugares más insospechados. Bibliotecas, salas de descanso y multiusos se poblaban de boxes, camas y respiradores para atajar la situación. Los grandes hospitales públicos de la comunidad de Madrid pasaban en su mayoría a duplicar capacidad para intensivos. Es así como el Hospital Universitario de La Paz llegaba a las 40 camas para tratar a pacientes graves de covid-19. Hoy, una de esas UCI "improvisadas", como las conocen los profesionales, sigue activa ante las quejas del personal.

Ubicada en la planta 9 diagonal, es apenas "un pasillo", en el que no se respetan las medidas de seguridad y se mezclan materiales de zonas sucias y limpias, tal y como manifiesta una trabajadora, perteneciente a la Plataforma Independiente Técnicos Sanitarios C1, en conversación con El Salto.

"Hay menos de 2 metros de separación entre pacientes. No hay boxes habilitados para una correcta atención al paciente, ni por parte de Enfermería, ni por parte de los Técnicos de Cuidados Auxiliares de Enfermería (TCAE). El material que se ha de tener dentro de lo que se denomina zona sucia (respiradores, mesa del paciente, sillón... etc.), en continuas ocasiones, pasa de un box a otro", añade esta trabajadora, que prefiere mantener su nombre en el anonimato.

"Ya hay nueve personas contagiadas y nadie nos hace cribado para ver que está pasando. Esto es un riesgo de salud para nosotros, para los pacientes y para nuestras familias"

Tal y como se aprecia en las fotos, el control de enfermería, donde trabajan y descansan los seis trabajadores que atienden a las 10 camas existentes en la unidad, se encuentra a un metro de las camas de los enfermos. Situación que consideran "anómala" y que "contradice los requisitos mínimos que estipula el Ministerio de Sanidad". "No tenemos sitio para poder descansar, más que unas sillas de madera, que prácticamente invaden el espacio del paciente, provocando la exposición continua del personal", explica la trabajadora. "Ya hay nueve personas contagiadas y nadie nos hace cribado para ver qué está pasando. La carencia estructural de la planta pone en riesgo a los pacientes, al personal sanitario y a nuestras familias", añade." [3]

Victoriano sintió un vacío en el plexo solar… una angustia inesperada, una sensación de que algo andaba muy mal y que el hecho de no poder contactar a Karla eventualmente podía significar que la chica estuviera en dificultades.

No quiso llamar a la familia de Karla para no alarmarla, sino que se comunicó directamente con el hospital para preguntar por ella.

— ¿Aló, de dónde contestan?

—Sí… —contestaron al otro extremo—, Hospital Universitario La Paz, ¿qué se le ofrece?

[3] https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/uci-improvisada-hospital-la-paz-sin-boxes-ni-distancias-seguridad

—Sí, mira, estoy llamando desde Miami para averiguar por la doctora Karla Cohen.

—Sí, un momento por favor…

Pasados uno minutos la recepcionista volvió a hablar:

— ¿La doctora Cohen de qué sección es?

—Pues, realmente no sé muy bien, —dijo Victoriano—, ella es del personal médico que está atendiendo la emergencia sanitaria del COVID 19.

—Permítame otro momento, voy a tratar de averiguar… —dijo la chica al otro lado de la línea.

Pasaron siete largos minutos de espera angustiosa para Victoriano. Y en ese momento escuchó la voz grave de un hombre.

—Soy el Doctor José Fernando Castro, director de la Unidad de Cuidados Intensivos, y permítame preguntarle: ¿quién es usted?

—Mire Dr. Castro, mi nombre es Victoriano Bukowski y le estoy llamando desde Miami, soy el prometido de la doctora Karla Cohen y quiero saber por qué no logro comunicarme con ella… Estoy intentando comunicarme desde el pasado domingo 8 de noviembre.

—Permítame un momento por favor, —dijo el Dr. Castro.

Pasados unos minutos regresó a la línea.

—Sr. Bukowski… tengo el deber de informarle que lamentablemente la doctora Karla Cohen ingresó a

la Unidad de Cuidados Intensivos el sábado 7 noviembre de 2020, y falleció el martes 10, pasadas las 9:00 am, por complicaciones con la enfermedad COVID 19. Debe saber que no hubo funeral dadas las estrictas medidas sanitarias que operan en estos días y la doctora no tuvo una ceremonia de exequias y ni siquiera sus familiares pudieron asistir a su inexistente funeral. Por medidas de seguridad sanitaria su cuerpo ha sido incinerado. El correspondiente certificado de defunción ha sido entregado a sus familiares. De nuevo permítame presentarle mis condolencias, Sr. Bukowski, lo lamento mucho.

Victoriano no pudo pronunciar palabra alguna… ni siquiera se despidió del médico que le dio la terrible noticia, ni se acordó de colgar el celular, no hizo absolutamente nada… simplemente se recostó en el espaldar de la silla, con la mirada perdida en el horizonte infinito de una pared blanca… en su mente un vacío de inexistencia que lo tuvo paralizado largo rato…

Más tarde, ya había caído el crepúsculo y en la noche cerrada salió a dar una vuelta caminando por el sendero peatonal del *Country Club Drive* de Aventura, sin rumbo ni destino. Hacía frío, pero solo quería caminar, como queriendo alejarse del dolor que atormentaba su alma. No hubo lágrimas y eso era lo peor… su alma estaba seca como un desierto helado en invierno.

Se tomó unos días de descanso para reflexionar e intentar rearmar su vida.

Más adelante, Victoriano le comentaría a su amigo Joaquín Vallejo:

— ¿Sabes qué Juaco?, los días y las semanas siguientes a esa noticia fueron una soberana mierda… no me hallaba en ningún lado, sentía que la vida no valía la pena ser vivida… Se me juntó esa vivencia con lo experimentado en aquellos terribles días en que había estado preso en *Ramo Verde*, los días de indigencia en mi país, la muerte de mi padre sin poder volver a tener noticias de él, ni siquiera un funeral, la visión de las terribles escenas vividas en el *Tapón del Darién*, y el trayecto del viaje por Colombia y Centroamérica sufriendo las inclemencias del tiempo, el hambre y la miseria…

—Pero, —dijo Joaquín Vallejo—, de todos modos, veo que lograste salir adelante…

—Sí, pero me tocó buscar ayuda profesional…

» La verdad en un momento dado, una idea suicida se me pasó por la mente y fue cuando caí en cuenta que ya la situación iba de castaño a oscuro y consulté con un psiquiatra, el Dr. Francisco Cobos, una eminencia.

» Realmente el Dr. Cobos en el transcurso de unos cuatro meses me sacó adelante… unas cuantas pepas y unas cuantas sesiones de psicoterapia. Recuerdo un libro cuya lectura me ayudó mucho, *El hombre en busca de Sentido*, del Dr. Víctor Frankl. Te lo recomiendo…

—Esa fue una experiencia terrible, Juaco, pero más o menos he ido saliendo al otro lado… pero cada que pienso en ello se me eriza la piel.

— O —

Capítulo 22.
Aparece un nuevo panorama

Siete meses después,
Miami Florida.

Habían pasado siete meses desde que Victoriano se enterara del deceso de su adorada novia, Karla Cohen. Tristemente la vida continuaba y no había nada que hacer, y todo lo que pudiera parecer insalvable se iba haciendo simplemente pasable.

Había llegado el verano con nuevos colores y nuevas perspectivas de vida. Ya Victoriano comenzaba a visualizar la posibilidad de tener una vida casi normal en esta nueva etapa, donde había ido asimilando lentamente que la ausencia de Karla no iba a ser el fin del mundo, por más falta que le hiciera. Su madre y su hermano habían sido claves para sobrepasar el dolor. Así mismo, las ocupaciones laborales y empresariales eran como un bálsamo curativo que permitía distraer su mente en asuntos que requerían su atención.

Ya las gentes estaban más acostumbradas a los cambios de rutina que implicaba convivir con el virus del COVID 19. El tapabocas era una prenda de uso acostumbrado, así como las medidas de higiene preventiva y la distancia de seguridad sanitaria. Pronto llegaron las vacunas y poco a poco la normalidad comenzaba a llegar a la vida de la gente.

A pesar de todo lo malo que pudiera haber sido la pandemia, la seccional de Estados Unidos de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico,* durante ese tiempo, había marchado en forma excelente y los resultados de crecimiento estaban por encima de las cifras proyectadas en el presupuesto del año. Todo gracias al esfuerzo gerencial de Victoriano y su equipo.

De otra parte, los negocios de construcción en que estaba embarcado iban viento en popa, aún a pesar de que en esa época existía escases de materiales de construcción en el mercado, sin embargo, él había tenido la precaución de comprar una gran cantidad de insumos y suministros, que mantenía guardados en contenedores en las instalaciones de la obra de *Naples*, aprovisionándose con tiempo de todo lo necesario para no tener que paralizar las obras. Así mismo, guardaba suficiente provisión de materiales para atender las necesidades de las obras de remodelación de su madre.

* * *

Una mañana, ya recién comenzado el mes de julio, le llegó una comunicación proveniente del pueblo de *Tapalpa*, en México. Venía firmada por el cura Damián, solicitándole una donación para una obra social con unos indigentes, obra que el cura había emprendido en una ciudad cercana. Victoriano no solo le contestó, sino que le prometió viajar a *Tapalpa* en los próximos días. De alguna forma sentía que volver al pasado y recorrer recuerdos, era parte de la terapia que requería en aquel momento.

No pasaron quince días y ya Victoriano estaba de vuelta en México, llegando al pueblo de *Tapalpa*, conduciendo un *Toyota Camry* alquilado en *Avis*.

No fue un saludo cualquiera, fue un largo abrazo en que se fundieron Victoriano y el cura Damián. Sin embargo, ese abrazo destapó algo en el alma del joven… en ese momento Victoriano se quebró completamente, y rompió en llanto… un llanto incontrolable mientras, entrecortadamente por los sollozos, le contaba al cura lo sucedido con su prometida Karla Cohen.

El cura lo abrazó y le dijo algunas palabras acerca de los caminos inescrutables del Señor.

—Mira, Vic, —dijo el Cura Damián—, la pregunta no es ¿Por qué a mí? sino más bien, ¿Para qué me ha llegado esta experiencia?

» Yo sé que tu no crees en el Dios de los cristianos, pero entonces te lo digo según tus creencias: La Conciencia Universal vigente en tu propio interior, tiene la inteligencia infinita para determinar las experiencias necesarias para avanzar en tu proceso evolutivo, ¿cierto?...

» Entonces, debes entender que todos los caminos de Dios o del Universo, tienen un fin y una buena razón de ser, y en este caso, la partida de Karla siempre será un punto muy importante y una poderosa razón para tu avance… sea que esa dolorosa experiencia te haga avanzar al pulir y templar tu alma, tal como el acero se tiempla con el fuego.

Para terminar, veo que no eres el mismo de antes, esa mirada triste pero profundamente reflexiva, ya es un

tremendo avance… Quiero que cuentes conmigo siempre querido hijo.

Esa noche cenaron juntos. La misma comida sencilla de la parroquia, compuesta de patatas, con arroz, frijoles y huevo frito, le recordó a Victoriano aquellos días felices en que cumplía con sus deberes como auxiliar de la parroquia. También le refrescó el recuerdo de aquel lejano día en que conoció a Karla Cohen, en la misa cuando él oficiaba como monaguillo.

Esa noche ya a solas, Victoriano reflexionaba acerca de lo importante que era ese regreso a *Tapalpa*, al pasado, para lograr la catarsis necesaria para volver en el tiempo y superar en su interior profundo la partida de Karla hacia el oriente eterno. Era el momento de dejar ir el pasado y seguir su vida.

* * *

Al día siguiente, Victoriano y el cura Damián partieron para Guadalajara para conocer la casa de retiro donde el cura estaba desarrollando una labor social dando auxilio a algunos refugiados provenientes de diferentes países, muchos de ellos que habían venido de Venezuela, Colombia, el Caribe, África y muchos otros países, atravesando el terrible y peligroso Tapón del Darién, y luego viajar por Centroamérica hasta llegar a la frontera inexpugnable de los Estados Unidos.

— O —

Capítulo 23.
Una obra social con el negro Dairo

Guadalajara, Estado de Jalisco.

Para Victoriano fue una sorpresa inmensa habérselo encontrado en aquel sitio… Jamás hubiera pensado en volver a verlo… Era el mismo negro africano de casi dos metros de altura que había cargado en sus hombros a aquella mujer inválida y atravesado con ella por las selvas del *Tapón del Darién*, hasta ponerla a salvo junto a su hijo en suelo panameño… Se llamaba *Dankaran Keita*, aunque luego supo que, ya radicado en México, le llamaban: *el negro Dairo*, un nombre más latino y entendible.

Después, Victoriano Bukowski le relataba a su amigo Joaquín Vallejo:

—Era un gigantesco negro de la etnia *Mandinga,* y según decía él, era descendiente de un rey *Mandinga* de nombre *Maghan Naré Kon Fatta*, proveniente del antiguo reino de *Dakadjalan,* en África Occidental. Su aspecto semejaba un rascacielos de 1,98 metros de altura, una espalda enorme que cuando estaba parado frente al horizonte en un atardecer, opacaba el sol… Unos brazos muy gruesos, torneados y firmes, propios de un fisicoculturista, pero sin haber probado nunca el ejercicio con pesas, solo el arduo trabajo de la campiña senegalesa los había cincelado… y el vientre, una chocolatina de

acero marcada con el trabajo y la disciplina de muy normal usanza entre los miembros de su tribu.

» En su país natal Senegal, estaba vigente una guerra fratricida desde 1982, entre las fuerzas del gobierno senegalés de *Macky Sall* y las llamadas *Fuerzas Democráticas de Casamance*, que querían la independencia de la región.

—Según contaba el negro Dairo, —continuaba relatando Victoriano—, la adversidad y la tragedia no solo lo rondaba a él sino a toda su familia.

Años después, en 2022, en una tertulia de amigos, el negro Dairo nos contaría la historia de algunos de sus familiares intentando huir de la guerra y emigrar tratando de buscar refugio en Europa, pero habían terminado muy mal.

Supo que unos familiares quienes hicieron la misma travesía que él alguna vez había intentado, y tampoco lo lograron y debieron presenciar el asesinato por linchamiento del cuñado y muerte por ahogamiento del hermano de Dairo. Los tres, incluyendo a su cuñado, pretendieron emigrar de Senegal, a través del desierto del Sahara, para llegar, cruzando por Mauritania y Marruecos hasta Melilla en la España africana, y luego, en una incipiente barcaza, tratar de atravesar por mar para intentar llegar a las costas españolas con la esperanza de lograr obtener el asilo político en Europa.

Decía Victoriano:

—El negro Dairo nos relataba la experiencia de sus familiares en la Melilla española del norte de África,

con un español bastante incipiente y un acento que se antojaba ser de cualquier lugar desconocido.

» Traduciendo a un español más entendible, interpretábamos lo que decía el negro Dairo:

—La de los familiares del negro Dairo, —según lo contado por él, fue una tenaz correría a pie, que duró doce semanas, pero la dulce esperanza, así hubiera escasez de comida y de bebida, los mantenía alimentados e hidratados, a pesar de llevar varios días caminando en pleno desierto mauritano y luego marroquí, en medio de los áridos arenales del Sahara.

» Esporádicos eran los momentos en que se encontraban con alguna caravana de *Tuaregs,* un pueblo de la etnia *Bereber*, que les brindaban escasas provisiones para al menos mantenerlos con vida.

» Era un éxodo enorme de lastimosos africanos desdichados, procedentes de los más recónditos lugares, diversas etnias y toda clase de fallidas historias de miserias y dolores, que, sin embargo, portaban una semejanza común que los unía en los sueños y esperanzas por un futuro de quizás lejanos hermosos horizontes.

» Fueron llegando por diferentes rutas a la frontera entre Marruecos y la España africana, al puesto de control de Melilla, la ciudad autónoma española limítrofe al sur con *Beni Enzar* en Marruecos y por el norte con el Mediterráneo mar de *Alborán* y el *Cabo de Tres Forcas*.

Victoriano continuaba relatando las historias contadas por el negro Dairo acerca de su familia:

—El vívido recuerdo que el negro Dairo tenía de Melilla era el de un muro enorme plagado de guardias españoles armados con mortales intenciones. Una frontera, un límite imposible entre dos mundos, el de las mil maravillas imaginadas por mentes ansiosas de progreso, de justicia y de una vida de bonanza, y el de la muerte segura en una región escasa de ilusiones y plagada de sueños fallidos.

» Según el relato de lo sucedido a los familiares de Dairo, eran unos dos mil africanos que venían bajando desde la colina hasta llegar a la frontera, al muro de las realidades… Venían cantando canciones de esperanza y soñando con que la vida por fin les iría a sonreír… Cuán equivocados sueños, cuántas mentiras inventadas, amasadas por febriles utopías y poéticos delirios sin sustento.

» Los dejaron pasar… no les impidieron el paso y los hombres de color, vestidos con harapos de miserias de muy lejana data, comenzaron a escalar el muro de las tristes realidades, y muchos alcanzaron a pasar, para entrar en un patio cerrado, sin salida y sin frontera… Una trampa que se convirtió en el suplicio ejecutado por cientos de guardas armados con varillas, palos y garrotes, quienes dieron buena cuenta de aquellos que estaban cerca y sin posibilidad alguna de poder defenderse del desastre. Muchos eran rematados en el suelo, y la única posibilidad era quedarse inmóvil a pesar de los dolores infligidos.

» Su cuñado quedó tendido con la herida abierta causada por un varillazo que le fracturó el cráneo, sin recibir auxilio médico alguno, en un suelo de tierra, acompañado de los más de 100 cadáveres, según lo informado por *Amnistía Internacional,* y cuyas almas aquel día, pasaron a vivir una vida de celestes horizontes en una sublime dimensión más allá de la terrible densidad de este plano terrenal.

Victoriano continuaba su relato a su amigo Juaco Vallejo.

—No se supo cómo se escondieron y, un par de días después, su hermano y un primo, lograron un cupo arrancado a la mala suerte, en una chalupa que tenía remarcado su destino en el fondo del mar… Pero ellos no sabían, y, a pesar de la tragedia, continuaban pletóricos de sueños de esperanza… vana esperanza que los esperaba a la vuelta de unas cuantas millas náuticas, con las garras dispuestas a arrastrarlos hasta el fondo del mar, como le sucedió a su hermano del alma.

Fue un intento fallido, ya que la barcaza naufragó en alta mar y ahí se ahogó su hermano. Los que se salvaron lo hicieron regresando a Marruecos, flotando entre las tablas sobrantes del naufragio, donde fueron apresados por las fuerzas de policía, que los devolvieron al desierto del Sahara, lugar donde también fallecieron otros del grupo acompañante, en medio del calor sofocante, la ausencia de líquidos y la insolación.

Contaba el negro Dairo, una historia semejante vivida por él pocos años antes, cuando fue retornado a

Marruecos, deportado por las autoridades españolas de Melilla. Al igual que sucedería con su primo en el 2022, el negro Dairo, se escapó de la policía marroquí y en un segundo intento, lo hizo con un grupo pequeño de emigrantes refugiados que partió hacia las islas Canarias españolas en el océano Atlántico, frente a las costas africanas, y ahí pudo conseguir viajar de polizón en un buque de bandera liberiana que iba rumbo a la Guyana francesa en Suramérica. Luego pudo atravesar la frontera con Venezuela y por ese camino pasar a Colombia.

Victoriano continuaba relatándole a su amigo Joaquín Vallejo la epopeya del negro Dairo:

—Viajando a través de Colombia de este a oeste, el negro Dairo llegó a donde llegamos todos, un sitio denominado *Necoclí* y luego en un bote atravesando un golfo, a otro llamado *Capurganá*, lugar donde, quienes íbamos en esa caravana de ilusiones, nos enfrentamos con el terrible impase de tener que atravesar la selva del llamado Tapón del Darién, antes de poder continuar hacia Panamá.

—Ahí, en el Darién, nos conocimos por primera vez con el negro Dairo, —dijo Victoriano Bukowski.

Luego atravesando Centroamérica, el negro Dairo tenía en mente llegar a los Estados Unidos, pero por lo pronto había parado en México y ahora estaba trabajando en la obra social del Padre Damián.

El negro Dairo era un colaborador y auxiliar, al servicio de la comunidad de la obra social del padre Damián, localizada en *El Salto*, una barriada muy pobre de la ciudad de Guadalajara en Jalisco. Había aprendido el español a las malas y se había convertido en la mano derecha del cura Damián, para ayudarlo a administrar la sede de la obra social del cura.

La obra consistía en un albergue de paso para 95 personas que podían pernoctar ahí, mientras lograban decidir hacía donde dirigirse luego. Así mismo, diariamente brindaban alimentación tres veces al día, a un total de 350 indigentes, a quienes religiosamente atendían con unos alimentos bien balanceados y nutritivos.

Así mismo, la obra social mantenía unos talleres de trabajo, dando empleo a mujeres, madres cabeza de familia, por un lado, un taller de artesanías mexicanas que proveían de piezas de museo para un importante almacén de artesanías de nombre *El Caracol Púrpura*, con varias sedes a nivel nacional. Así mismo atendían un taller de enseñanza en las artes culinarias y administración de negocios de alimentos, para dar clases de cocina y administración, a señoras que luego quedaban listas para abrir sus propios restaurantes.

Enterado de los alcances de la obra social del cura, Victoriano se comprometió con otorgar una ayuda mensual de US$ 2.500 dólares para la obra, y en adición a ello, consiguió que la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico,* le hiciera una donación a la obra del cura, por valor de US$ 135.000 dólares.

Alguna noche, después de la cena, estaban reunidos el Cura Damián, Victoriano y el negro Dairo, charlando y recordando cosas.

Victoriano les comentaba acerca de sus peripecias después de haber pasado por *Tapalpa*, su vida de estudios y trabajo en el D.F. y sus experiencias en Estados Unidos, además del fallecimiento de su novia.

Por su parte el cura los puso al tanto de las dificultades sufridas para sacar adelante su proyecto donde cualquier dinero era poco para atender las crecientes necesidades de la obra en ciernes. Sin embargo, ya comenzaban a cobrar dinero como proveedores, tanto de alimentos como de artesanías, logrando que la obra social poco a poco se fuera volviendo autosostenible.

—Bueno Dairo, —le dijo Victoriano—, ¿y por si acaso, volviste a ver o a comunicarte con alguien del grupo de viajantes que pasamos por El Darién?

—Pues, —respondió el negro Dairo—, no sé si usted se acuerda de aquella familia de origen armenio que estaban en el grupo… los *Petrosyan*…

—Sí claro que me acuerdo, eran gente estupenda…

—Pues yo me mantengo en contacto con ellos por internet, —dijo Dairo—, por ellos supe que

finalmente se radicaron en la ciudad de Jacksonville en la Florida, al principio viviendo donde unos familiares suyos y ahora ya están más organizados, me dijeron que pusieron una panadería especializada en panes de granos integrales y otras cosas especiales de pastelería. La tienda se llama *The Armenian bread factory*.

—También supe por ellos mismos, —agregó Dairo—, que tienen contacto con los Garrido de Cuba, ¿los recuerda?

—No, de esos no me acuerdo, —dijo Victoriano.

—Y también con una pareja de jovencitos adolescentes que viajaban en nuestro grupo, ¿los recuerda? —dijo Dairo.

—Sí, —comentó Victoriano—, de esos sí me acuerdo… eran tan jóvenes… ¿Cómo es que se llamaban?

—No me acuerdo muy bien, —dijo Dairo—, creo que la chica se llamaba Marta… No, Mabel, se llamaba Mabel, Mabel Santamaría…

Sí, ya me acuerdo, —dijo Victoriano—, la chica se llamaba Mabel y el muchacho era Juan Fernando… Juan Fernando Alarcón… Sí, eso es…

—Pues, —dijo el negro Dairo—, de los jovencitos, los *Petrosyan* me dijeron que habían logrado llegar a Estados Unidos, que estaban viviendo en California, en un lugar llamado *Manteca*, pero que no

andaban muy bien, creo que están pasando muchas dificultades, sin trabajo estable y sin recursos… Me decían los *Petrosyan* que ellos a veces tienen trabajos esporádicos en algún cultivo, pero que no tienen vivienda y que duermen en un microbús *Volkswagen* que compraron barato, mejor dicho, andan como mal.

—¿Oye Dairo, y tú me puedes conseguir la dirección donde viven o el teléfono o como contactarlos?

—Sí, —respondió el negro Dairo—, déjeme me contacto con *Agasi Petrosyan* para preguntarle si él tiene forma de contactar con los jóvenes o tiene los datos del contacto.

—Perfecto, me cuentas… tú ya tienes mis datos para que sigamos en contacto, ¿ok?

—Sí, claro.

— O —

Capítulo 24.
Los antiguos compañeros de viaje

De regreso en Miami.

Hacía un par de días Victoriano había recibido un correo del negro Dairo donde le daba la información de contacto de Juan Fernando Alarcón, y esa mañana se dispuso a llamarlo.

— ¿Aló? —contestó una voz de mujer.

—Gracias, ¿con quién hablo? —dijo Victoriano.

— ¿A quién necesita?

—Mire, ya soy Victoriano Bukowski y estoy llamando a Juan Fernando Alarcón o a Mabel Santamaría…

— Un momento por favor. —dijo la persona.

Al momento…

— ¿Aló? ¿Quién habla? Yo soy Mabel Santamaría…

—Yo soy Victoriano Bukowski… ¿cómo estás?... no sé si me recuerdas…

—Pues… no mucho, aunque me suena el nombre… ¿de dónde lo conozco?

—Mira Mabel, yo estaba en el grupo de refugiados que atravesamos juntos la selva del *Tapón del Darién*… El contacto tuyo me lo dio el negro Dairo… aquel hombre de color que cargó con una mujer por entre la selva, aquella que iba con un niñito y parecía que los iban a dejar abandonados en el monte y él los salvó…

—Claro que me acuerdo… ¿y tú eres aquel venezolano alto que estuvo preso en *Ramo Verde* y que le tocó salir corriendo de Venezuela como a nosotros?

—Sí, ese soy yo…

—Claro, Victoriano… ahora me acuerdo de tu nombre raro… Victoriano... Buk… ¿qué?

—Bukowski…

—Sí, claro, ya me acuerdo bien, ¿Y cómo estás? ¿a qué se debe esta llamada? Es que han pasado varios años…

—Sí, más o menos han pasado unos cuatro o cinco años desde entonces, —dijo Victoriano.

— ¿Y de dónde me llamas? ¿dónde estás? — preguntó la chica.

—Yo vivo en Miami desde hace un año y medio, ¿y ustedes? me dijeron que están en California, ¿cierto?

— Sí, nosotros estamos viviendo en *Manteca* California, es un pueblito muy pequeño y estamos como aburridos aquí pues no hay muchas oportunidades de trabajo… y sin papeles menos… ¿Y tú cómo lograste entrar a los Estados Unidos, ya tienes papeles? — preguntó Mabel.

—Sí, —dijo Victoriano—, yo primero obtuve mi visa de trabajo con una empresa y ahora acabo de recibir la *Green Card,* y estoy diligenciando la ciudadanía, aunque eso es más demorado. ¿y ustedes no tienen papeles aún? ¿cómo lograron pasar?

—Pues nosotros pasamos por el "*hueco*", ya que nos fue imposible obtener la visa, y pagando a unos "*coyotes*" logramos pasar camuflados en un carrotanque.

—Huy terrible, y habrán tenido muchas dificultades, ¿cierto?

—Bueno, pues sí, pero no tantas como cuando estábamos en Venezuela… eso sí era mucho peor… Aquí por lo menos logramos conseguir algún trabajito, en los cultivos, pero estamos pensando en mudarnos a un lugar mejor… ese es nuestro proyecto.

—Oye Mabel, ¿y dónde está Juan Fernando? Quisiera hablar con él…

—Él hoy está trabajando en un viñedo, como a una hora de aquí, pero regresa en la noche… ¿quieres llamarlo a eso de las 7:30 pm, seguro ya estará aquí…

Sí claro, volveré a llamar en la noche, qué gusto haber hablado contigo Mabel…

—El gusto ha sido mío, estamos en contacto.

* * *

Esa noche Victoriano no pudo llamar pues se embolató con algún tema pendiente; era una reunión con su amigo Joaquín Vallejo, que venían posponiendo desde hacía días.

— O —

Capítulo 25.
Ayudando a los amigos

Cuatro días después:

— ¿Aló, Mabel?
—Sí, ¿con Victoriano?
—Sí, ¿cómo estás?
—Muy bien, quería hablar con Juan Fernando…
— Sí, ya te lo paso…

Un momento después…
—Hola Victoriano, qué gusto hablar contigo…

Después de los saludos y de preguntar por detalles de sus vidas desde que habían dejado de verse, Victoriano le preguntó a Juan Fernando:

—Me comentó Mabel que ustedes están como aburridos en California, y que el pueblo donde viven es escaso de oportunidades de trabajo, ¿cierto?

—Pues, la verdad es que se consigue algo de trabajo, pero en forma esporádica, y por tanto la vida se complica, aparte de que California es un estado donde la vida es muy costosa. Hay mucho indigente viviendo en las calles… casi me hace acordarme de Venezuela, aunque la diferencia realmente es abismal.

—Pues, mira, Juan Fernando, por acá en la Florida no es que la vida sea un regalo, pero sí hay muy

buenas oportunidades de trabajo; precisamente, ahora con la pandemia y después del encierro decretado por el gobierno, y dado que la gente ha recibido varios auxilios del estado, pues ha escaseado la mano de obra y en muchos establecimientos están requiriendo personal.

» En este momento yo tengo una empresa de construcciones en el área de la costa oeste de la Florida en la ciudad de *Naples,* sobre el Golfo de México y requerimos personal. De pronto puedo ofrecerte trabajo allá.

» No sé si te llame la atención trasladarte a la Florida y comenzar una nueva vida acá… Ustedes podrían quedarse con nosotros unos días mientras se organizan, en mi casa tenemos buen espacio y será un gusto tenerlos acá. Yo estoy viviendo con mi madre y mi hermano, pero aún queda un cuarto libre para que ustedes se queden…

—Bueno, dijo Juan Fernando—, pues me parece super tu oferta, y te la agradezco infinito, déjame hablo con Mabel, aunque estoy casi seguro de que ella estará encantada.

—Ok, entonces consulta con ella y me avisas… ya tienes mi número de celular y quedo a la espera de tu llamada.

—Perfecto, entonces estamos hablando, de nuevo muchas gracias. Que tengas buen día.

Y colgaron.

Veinte días después, Mabel Santamaría y Juan Fernando Alarcón estaban llegando a Miami, a casa de Victoriano. Una semana después, ya ambos estaban trabajando en *Naples* en el negocio de construcción de Victoriano, Mabel en el cargo de almacenista, pendiente de los suministros e inventarios de materiales y Juan Fernando estaba como jefe de operaciones de la empresa. Si bien, eran muy jóvenes, la vida los había madurado rápidamente y ya podían responder con responsabilidad por las labores asignadas.

En una llamada que le hizo Victoriano al negro Dairo, éste ya le había conseguido los datos de Agasi Petrosyan, y acto seguido Victoriano le timbró al celular.

—Buenos días, ¿de dónde contestan?

—Sí, yo soy Agasi, ¿a quién necesita?

—Agasi, que gusto volver a escucharlo, yo soy Victoriano Bukowski, ¿me recuerda?

— Me suena, pero no me acuerdo muy bien, ¿de dónde nos conocemos?

—Nos conocimos atravesando la selva del Darién en Colombia, ¿recuerda?

—Sí, claro, ya me acuerdo, ¿cómo está Victoriano, que hay de su vida?

—Muy bien gracias y ustedes ¿cómo están?

— Muy bien también, y ese milagro, a qué se debe… ha pasado mucho tiempo…

—No pues, —repuso Victoriano—, quería saludarlo y preguntarle por la familia y los hijos… ¿A

qué se dedican? Me dijeron que tienen una panadería en Jacksonville, Florida…

—Si, estamos con ese negocio desde hace un tiempo, y también ayudando a la gente que viene refugiada y llegan a este país; ese es nuestro trabajo y creo que es nuestra misión de vida, —repuso Agasi Petrosyán.

—Pues, —dijo Victoriano—, en eso estamos nosotros también, con mi madre estamos en el plan de ayudar en todo cuanto esté a nuestro alcance, a las personas que vienen refugiadas a intentar establecerse en este país.

» Si sabes de alguien que necesite ayuda y esté por acá en Miami o *Naples* o en la costa oeste de la Florida, me cuentas, quizás podamos darle una mano.

—Pues justamente ayer tuve conocimiento de una familia ecuatoriana que acaba de llegar, no tienen papeles y vienen con muchas necesidades pues traen un bebé de un año y una niña de tres. Los puedo recomendar pues son conocidos de unos amigos nuestros y al parecer son gente de bien. Es una familia de apellido Ramos. ¿Será que los puedes ayudar? El papá se llama Roberto Ramos.

—Pues creo que sí… dale mi número de celular y que me llame.

— O —

Capítulo 26.
Nuevos contactos

Pasado un par de meses ya Victoriano se había contactado con el Sr. Roberto Ramos, aquel ecuatoriano recomendado de Agasi Petrosyán, y había logrado conseguirle un empleo en el restaurante *Versailles* de Miami, como ayudante de cocina. Mientras a la esposa, Marta de Ramos, le había ayudado, logrando conectarla con un médico psiquiatra quien le dio un empleo de medio tiempo en su consultorio. Cerca del lugar donde vivían, había una guardería que les cuidaba los niños mientras ellos trabajaban. Ya estaban logrando organizarse y la vida comenzaba a ser más llevadera para ellos.

Los Ramos de paso por Colombia, habían trabajado para una familia de Medellín, que hacía unos días había llegado a los Estados Unidos. El señor de nombre Iván Darío De Bedout, había logrado obtener una visa de asilado al haber sido secuestrado, escapado y luego perseguido por la guerrilla colombiana y llegó a los Estados Unidos huyendo de su país, acompañado de su esposa, obteniendo dicho asilo.

Por conducto de los Ramos, Victoriano y su madre conocieron a la familia De Bedout. Ellos tenían propiedades en Colombia en especial un apartamento de 250 metros en el exclusivo barrio *El Poblado*, una finca de recreo en la zona de Rionegro cerca a Medellín, en un área turística conocida como la Vuelta a Oriente, y una

finca ganadera en el departamento de Córdoba, a pocos kilómetros de Montería, la capital de dicha provincia, donde los malhechores habían secuestrado a Iván Darío, quien, como se dijo, poco después había logrado escapar de sus captores.

La esposa de Iván Darío De Bedout era una bella chica de nombre Maritza Zuloaga, de unos treinta y cinco años, bastante más joven que su esposo. Iván Darío tendría unos cuarenta y cinco años muy bien llevados, aunque después Victoriano supo que ya había cumplido los 52, sin embargo, conformaban una hermosa pareja con Maritza.

Victoriano y su madre se hicieron muy amigos con los De Bedout y con los Vallejo, y comenzaron a frecuentarse, disfrutando de tertulias de fin de semana en la finca que recientemente había adquirido Victoriano en *Naples*, máxime cuando Iván Darío, al igual que Joaquín Vallejo y su esposa, Adriana Barrera, se mostraron muy interesados en los negocios de construcción que había emprendido Victoriano y al poco tiempo, ellos ya estaban invirtiendo un buen dinero en los proyectos de *Naples,* asociándose con Victoriano.

Un día sucedió que Maritza Zuloaga le comentó a Victoriano que el siguiente fin de semana vendría de Colombia su hermana Mónica y quería ver si podía invitarla a la finca de Victoriano en *Naples,* a un asado que tenían programado, a lo que obviamente Victoriano accedió.

Victoriano cuando la conoció quedó encantado. Mónica Zuloaga era una joven divorciada de unos 32

años, más que bella, delgada, menudita, una chica muy atractiva, con una sonrisa hermosa de medio lado, que mostraba con visible timidez una hilera de dientes blancos y perfectos. Era silenciosa y solo hablaba cuando se le pedía su opinión. De resto, siempre estaba envuelta en un halo de paz, silencio, quietud y lejanía. Una mirada profunda y directa que inspiraba total confianza, en la cual estaban presentes unos hermosos ojos celestes enmarcados en un rostro de facciones delicadas, que le recordaban a Victoriano alguna porcelana de *Lladró*, de nombre de *La Bailarina Japonesa,* de € 1.455 euros, que alguna vez fuera de su familia paterna y quizás, por su elevado costo, había llamado la atención y había sido sustraída en el momento de las expropiaciones ordenadas en el gobierno comunista de Chávez y Maduro en Venezuela.

Mónica Zuloaga era una médica que atendía una consulta en la sección pediátrica de la clínica Medellín, sede de El Poblado. Tenía una larga lista de pacientes que la mantenía entretenida, pero con regularidad sacaba tiempo para viajar y ahora, con su hermana viviendo en la Florida, con mayor razón estaba motivada para visitarla con frecuencia. Hacia un par de años se había divorciado de un galeno "gallinazo" y tachado de promiscuo por sus conocidos, más interesado en el sexo que en la medicina, quien ante la mínima oportunidad que se le presentara, terminaba encamándose con cualquiera, sin importar raza, etnia, nivel socioeconómico ni cultural… Lo importante para dicho personaje era tener sexo. El error de Mónica era no haber previsto la calaña de sujeto que

se le había atravesado en la vida, y de quien ella se había enamorado, enredada en los regalos, detalles, juramentos y toda clase de empalagosas promesas. Hasta que sus amigas y colegas más cercanos le dijeron que ya era suficiente de andar con semejante pegote de tipo.

Aquella reunión familiar en que Victoriano conoció a Mónica Zuloaga fue una velada muy agradable; Iván Darío estuvo encargado de las bebidas, Joaquín y su esposa Adriana, junto con Victoriano, estaban pendientes enfrente del asador, Aranza Chirios, la madre de Victoriano era la encargada de la ensalada y los pasabocas y Maritza Zuloaga de la guarnición, una suerte de ricos patacones con hogao. Mónica su hermana, preparaba un postre de tres leches y participaba con su presencia, repartiendo paz y simpatía, mientras ayudaba pasando los pasabocas a los invitados.

Este tipo de reuniones de los Bukowski con sus amigos, se volvieron frecuentes y muchos fines de semana programaban asados y reuniones para departir. Tanto Iván Darío como Victoriano y Joaquín eran parcos en el beber y si acaso, uno que otro whiskey acompañaban la velada, mientras las señoras disfrutaban los vinos.

Entre dichos invitados, en esa oportunidad, estaban incluidos los Petrosyán, que habían venido desde Jacksonville a pasar unos días en la costa sur oeste de la Florida y estaban alojados en un *Fairfield Inn* cercano.

Así mismo, en esa ocasión, participaban también Mabel Santamaría y Juan Fernando Alarcón, lo cual era

habitual, cuando venían desde *Naples, y* quienes disfrutaban mucho de aquellas reuniones.

Todos eran como una gran familia cuyos miembros se habían hermanado, al compartir las duras experiencias de las vicisitudes que habían vivido unos y otros, y las nuevas experiencias de vida en los Estados Unidos.

Respecto a Mónica Zuloaga, influida por su hermana Maritza, poco después se trasladó a vivir un tiempo en la Florida, y se inscribió en el *Miller School of Medicine of Miami University*, para tomar los créditos necesarios y validar su título de médica en los Estados Unidos.

A Victoriano le gustaba mucho estar cerca de Mónica Zuloaga, y quizás ella también se sentía a gusto con él.

Alguna vez Mónica le preguntó a su hermana acerca de Victoriano… y eso a ella le pareció raro…

—Oye Maritza, —le dijo—, ese amigo Victoriano, me parece muy bien puesto, muy serio y caballeroso, pero siento que algo en su mirada deja ver un rasgo de tristeza, ¿Será que tú sabes algo?

Sorprendida, Maritza le preguntó sin tapujos:

—Bueno, pero déjame preguntarte primero, es que tengo la sensación de que a ti te gusta Victoriano, ¿cierto? Y, de otra parte, que me dices de tu condición: ¿No dizque continúas comprometida con Alejandro allá en Colombia?

—Oye, pero tranquila, —respondió Mónica—, solo estaba preguntando, es que Victoriano me parece muy interesante y además me he dado cuenta de que me mira mucho... Pero cierto, yo sigo comprometida con Alejandro y vamos muy bien.

—Te voy a contar algo, —dijo Maritza—, Victoriano tuvo una tragedia reciente, hace más o menos un año su novia con quién él estaba comprometido, fue víctima del virus del COVID 19 y falleció en Madrid. Él solo recibió la noticia en forma telefónica pues no pudo asistir al sepelio, empezando porque no hubo sepelio ni tampoco aerolíneas abiertas y aeropuertos disponibles, era la época de la pandemia y los vuelos estaban restringidos, ¿recuerdas?

—Yo creo que él aún no está disponible para comenzar una relación seria y además, tú tampoco estas en ese plan, ¿cierto?

—No, completamente cierto, —dijo Mónica—, la verdad es que solo preguntaba y yo tengo mi compromiso con Alejandro mi novio desde hace más de dos años.

Alguna vez reunidos Victoriano y su amigo Joaquín Vallejo en el *Starbucks* de *Miracle Mile*, *en Coral Gables*, comentaban.

—Mira Joaquín, —dijo Victoriano—, esa chica, Mónica Zuloaga me ha caído muy bien. Está muy linda, ¿cierto?

—Si, es muy linda por dentro y por fuera, y me parece muy bien que te llame la atención, —dijo Joaquín— ya va siendo hora de que pienses en encontrar

a alguien que te acompañe… El tiempo va pasando y no es bueno que con los años te conviertas en un viejito ermitaño y solitario… Eso mata el espíritu…

—No, que va, —dijo Victoriano—, yo todavía estoy muy joven… Ni siquiera paso de los cuarenta.

—Pues ni tanto… —remató Joaquín—, ya comienzas a convertirte en un viejito mamón, mañoso y resabiado, ¿no será?

—No, pues si tú lo dices, —contestó Victoriano—, tocará creerte…

Y ambos rieron a carcajadas…

—Mira, Juaco, lo que pasa es que, si bien es cierto que a mí me llama mucho la atención esta chica Mónica, y quisiera poder comenzar algo con ella, pero en algún momento le insinué algo y ella me dio a entender que no estaba disponible… Así que ahí no hay nada que hacer…

Joaquín Vallejo, nacido en Cali, Colombia, con doble nacionalidad, colombiana y venezolana, pues desde muy joven, sus padres también colombianos, habían emigrado al vecino país y se habían radicado y establecido en Mérida, Venezuela, convirtiéndose en una familia muy prospera ahí.

Victoriano Bukowski se conocía con Joaquín Vallejo desde el pregrado en la Universidad de los Andes en Mérida, Venezuela. Eran compañeros de curso en la facultad de Economía y normalmente hacían los trabajos universitarios juntos cuando se requería hacerlos en grupo.

Posteriormente, aun estudiando, acabaron de consolidar su amistad, cuando ambos entraron a trabajar a una empresa del sector automotriz, uno, Victoriano, en la subgerencia de ventas de uno de los puntos de venta de la empresa y el otro, Joaquín, como asistente del jefe de ventas de vehículos usados de la misma empresa. Posteriormente, cuando las cosas se pusieron difíciles en Venezuela con el régimen comunista, la empresa automotriz cerró operaciones en el país y ambos fueron liquidados. Victoriano tuvo que retirarse de la Universidad.

Desde un comienzo, Joaquín descartó toda posibilidad de esperar a que todo mejorara y en la primera oportunidad que tuvo, salió del país hacia los Estados Unidos.

Victoriano no corrió con la misma suerte. Por aquellos días, la familia de Victoriano tuvo problemas con los esbirros del gobierno y sus propiedades fueron expropiadas, y, como se dijo anteriormente, su residencia fue asaltada por la soldadesca del régimen y ellos echados a la calle, no sin antes robar las pertenencias personales de todos. En dicha ocasión, fue cuando el padre de Victoriano fue llevado preso y posteriormente asesinado en prisión. A partir de ahí se dio comienzo a la etapa de pobreza y miseria de la familia de Victoriano.

Joaquín Vallejo provenía de una familia pudiente al igual que Victoriano y pudo salir del país con la ayuda de sus familiares, quienes también emigraron desde el

comienzo de la llamada revolución bolivariana, con la puesta en marcha del famoso experimento fallido del Socialismo del Siglo XX1, concepto inicialmente formulado por el sociólogo alemán Heinz Dieterich Steffan, y puesto en práctica por el dictador venezolano Hugo Chávez, para lograr solo un estruendoso fracaso, demostrando ser un sistema político impracticable, y que dio como resultado la ruina total de la economía del país.

La familia de Joaquín logró salir a tiempo del país, salvando buena parte del patrimonio familiar. Se radicaron en Miami en el área de Doral, y con el paso del tiempo, lograron dar continuidad a su empresa de productos lácteos, la misma que habían liquidado en Venezuela en la época del inicio de la revolución bolivariana. Abrieron una operación de producción láctea en el estado de Wisconsin, con distribución en toda la Florida. Así mismo, Joaquín estaba frente a la Gerencia de Ventas de la compañía familiar y le combinó, la importación y distribución de un buen portafolio de productos alimenticios de marcas reconocidas traídas de Suramérica, para surtir las tiendas de la Florida y mantener una amplia oferta sostenible y exitosa.

Una vez Victoriano hubo llegado a los Estados Unidos, nuevamente se puso en contacto con su amigo Vallejo y reiniciaron su amistad y comenzaron algunos negocios conjuntos.

En alguna ocasión Joaquín le preguntó a Victoriano, acerca de sus amigos armenios, los *Petrosyán*.

—Pues, precisamente, —dijo Victoriano—, aprovechando que Agasí Petrosyán, está aquí en Miami, quedamos de reunirnos para charlar el martes de la semana entrante, por qué no vienes también y nos reunimos con él, ¿te parece?

—Sí claro, entonces quedamos el martes, ¿ok?

—Sí, perfecto, —dijo Victoriano.

— O —

Capítulo 27.
La historia de los Petrosyán

"A veces, los agresores no se parecen entre ellos, las víctimas, sí. Los hombres pueden ser distintos, pero la lágrima sobre su mejilla es la misma para todos".

Cita de la entrevista del diario: El Espectador a
Varujan Vosgonian [4]
Escritor Rumano de ascendencia armenia.
Autor de: *El Libro de los Susurros*

El martes siguiente, se encontraban reunidos en el Café *Rosetta Bakery* de Brickell Av. con 15th Street: Agasi Petrosyán, Joaquín Vallejo y Victoriano Bukowski.

Victoriano luego de las presentaciones introductorias, tomó la palabra, dirigiéndose a Joaquín:

—Oye Joaquín, —dijo Victoriano—, Hay algo que nos mantiene unidos con Agasi Petrosyan, son las historias de gentes como nosotros que hemos venido como refugiados, huyendo de nuestros países de origen. En el caso de nuestro amigo Petrosyan, su historia no solo comienza saliendo de Venezuela su país de origen,

[4] https://www.elespectador.com/mundo/mas-paises/expediente-del-holocausto-contra-los-armenios-esta-en-colombia-article-556830/

sino que viene de un "Karma" familiar, una fatalidad que ha afectado a toda su familia desde hace muchas décadas, y que se remonta al ámbito del Asia Menor, cuna de sus abuelos…

Preguntaba Joaquín dirigiéndose a Agasi:

—Me comentaba Victoriano, —dijo Joaquín—, que tú eres de Armenia, ¿no?

—No, —dijo Agasi—, nosotros somos venezolanos, no armenios. Lo que pasa es que somos descendientes de armenios. Y aclaro, armenios de Armenia, aquel país del Asia Menor en la región del Cáucaso y no de la Armenia de Colombia.

» Mi abuelo llegó a Venezuela procedente de Nueva York, pero el origen inicial de donde había partido y antes de varias escalas, era *Antakya,* en español conocida como, (*Antioquía*), una ciudad que en aquella época hacía parte del imperio otomano y hoy en día de Turquía.

Sin embargo, la familia paterna, o sea los padres de mi abuelo, es decir mis bisabuelos, procedían originalmente de Armenia, país situado al este de Turquía.

Agasi Patrosyán continuaba su charla.

—En los días del llamado *Genocidio Armenio*, alrededor de 1917, cuando su familia fue aniquilada, mi abuelo, siendo a la sazón un chico huérfano de escasos 7 años, logró salvarse gracias a una vuelta del destino,

auxiliado por un árabe sirio que lo escondió, y una vez en *Antioquía*, ciudad ésta con fuerte influencia sirio árabe, y disputada en su momento por Siria, Francia y Turquía, logró que lo pasaran por árabe y, para 1918, desde *Antioquía*, a orillas del Mar Mediterráneo, consiguió ser embarcado con destino al puerto de *El Pireo* en Atenas, Grecia y de esta forma salvarse de las purgas turco-otomanas.

—Pero, hablas de *genocidio*, —dijo Victoriano—, por favor, ¿por qué no nos aclaras eso que es desconocido para nosotros?

—Si, claro, —dijo Agasi—, pero me voy a demorar un poco, pues es una larga historia…

—No importa, tenemos tiempo, continúa.

—Bien, mi abuelo de nombre Ishkhan Petrosyán, quien falleció en 2003 a los 92 años, contó y repitió la dolorosa historia, en las tertulias familiares a través de los años. Mis padres, nos han contado y recordado la historia familiar para no perder la memoria de nuestros ancestros y nuestros orígenes, muy en contra de los esfuerzos del gobierno turco, de hacer desaparecer nuestra historia como pueblo y como cultura. Cabe mencionar que el llamado *Genocidio Armenio* se produjo entre los años 1915 y 1923.

—Yo conocí a mi abuelo, siendo el ya muy anciano en sus últimos años, pero había sufrido un accidente cardiovascular isquémico que lo dejó sin habla. Tendría unos 92 años cuando nos dejó del todo.

» Realmente fue mi padre, que se llamaba Eznik Petrosyán, quien nos contó la historia de la familia en el

Cáucaso, conformada por mis bisabuelos paternos y sus hijos, entre ellos mi abuelo, que ya dije, se llamaba Ishkhan Petrosyán. A mi abuela, su esposa, de nombre Giselle Ramírez, venezolana, él la conoció y desposó en Venezuela. Yo nunca la conocí, pues cuando nací ella ya había fallecido.

» Cuando mi familia estaba en Asia Menor, realmente no vivían en lo que hoy se conoce como el territorio soberano de Armenia, sino que eran ciudadanos de la etnia armenia, residentes en la península de Anatolia, la cual hacía parte del imperio otomano, al igual que Armenia; sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra de Independencia de Turquía, de 1919 a 1923, toda la Anatolia se convirtió en territorio de la República de Turquía. Mis ancestros vivían en una población que hoy está situada al este de Turquía, denominada *Erzurum,* muy cerca de la frontera con Armenia.

» En aquella época, en los años anteriores a 1915, era común que las poblaciones de etnias diferentes a los turcos como eran los armenios, kurdos y griegos, vivieran desperdigadas por toda la península de Anatolia, siendo considerados ciudadanos de segunda clase, con sus derechos restringidos, a diferencia de los ciudadanos turcos otomanos que, como tales, tenían por patria todo el territorio del imperio otomano, y gozaban de plenos derechos civiles. Sin embargo, hasta ese momento, no había mayor problema, entre los turcos y los foráneos, quienes tenían la condición de ser comunidades autónomas, aunque sin plenos derechos civiles, y, como

dijo Joaquín, en años anteriores había habido varias matanzas, en diferentes intentos de realizar limpiezas étnicas, llevadas a cabo por los otomanos.

Agasi continuaba su relato:

—Mi padre me contó la historia de mi abuelo y de su salvación, contada por él mismo…

» El abuelo recordaba las charlas de sus padres escuchadas en las noches, con los relatos de la guerra y las terribles consecuencias y las dificultades para lograr abastecerse de víveres en aquellos días. Todo comenzaba a escasear. Recordaba, por ejemplo, que todo lo que se conseguía era cebolla y papa para llevar a casa.

» Luego el abuelo mencionaba que sus padres hablaban de las noticias que llegaban de las terribles batidas ejecutadas por los otomanos, donde eran apresados los hombres de la etnia armenia y las ejecuciones indiscriminadas que se comenzaron a desarrollar en todo el país.

—Contaba mi padre que un recuerdo que le sacaba lágrimas al abuelo era el del día en que llegaron unos hombres armados a su barrio en el pueblo de *Ersurum*, y amenazados con las armas los sacaron de su casa a la calle. El abuelo recordaba cómo se llevaron amarrado a su padre, a quien nunca más volvió a ver y que después alguien trajo la noticia de que él, junto a varios del mismo barrio, había sido masacrado y dejado tirado a la orilla de un riachuelo cercano para que los animales dieran cuenta de su cadáver. Recordaba que su

madre se quejaba amargamente de no haber sido posible darle cristiana sepultura.

» Decía el abuelo que ese mismo día los obligaron a caminar lejos de su casa. No les dejaron entrar a sacar nada y simplemente les ordenaron caminar alejándose de su hogar, de sus vidas, de sus pertenencias y de todo lo que para ellos había significado una historia familiar que ahora simplemente quedaría congelada en los recuerdos de una época que había sido feliz y que ahora no era más que una historia que desaparecía barrida por el paso presuroso del tiempo…

—Según el abuelo, —decía mi padre—, caminaron muchos días, caminaron por las calles, por la campiña, atravesaron nuevos poblados desconocidos por los que pasaron, y las gentes los miraban, algunos con compasión, otros con indiferencia y otros, los peores, los humillaban y se burlaban de su miseria.

» Nunca un vehículo, ni una carreta o un carromato, solo caminar y caminar hasta caer extenuados a la orilla del camino y dejar tirados a los que les era imposible continuar. Esos eran llevados por los guardias otomanos a un lugar cercano para rematarlos, y dejar los cuerpos tirados a cuenta de los animales.

» En algunas poblaciones, no sacaban a la gente a caminar y desplazarse, lo hacían en forma más tenebrosa, un desplazamiento directo hacía las grandes alturas. En un galpón o en un establo, encerraban con seguro a una buena parte de los pobladores, y luego le prendían fuego

a la edificación para desaparecerlos mediante una gran hoguera. Decía el abuelo que muchos guardias otomanos terminaban enloqueciendo, perdiendo la razón en medio de los alaridos de los agonizantes. No resistían la visión apocalíptica de dicha tragedia.

Agasi continuaba contando la historia del abuelo:

—Escuchaba de sus padres, el abuelo, que sabían de muchos casos en que no desplazaban a los pobladores, sino que organizaban una gran jornada de vacunación… Les inoculaban fiebre tifoidea, o grandes sobredosis de drogas o venenos a base de cloro o morfina. También contaban que subían grandes cantidades de personas a los botes y ya en alta mar, los obligaban a tirarse al agua, ahogándose al no poder alcanzar la orilla, la cual ni se vía de lo lejos que estaba. Esto lo contaban los muy escasos sobrevivientes que lograban escapar de la muerte.

» Respecto al grupo donde iba el abuelo con su madre y algunos vecinos conocidos, caminaron muchos días, atravesando la península de Anatolia de noreste a sur, hacía la frontera con Siria… Muchos fueron los que salieron y muchos de ellos los que quedaron por el camino reventados por el esfuerzo…

Pasaron la frontera con Siria y ya por el desierto siguieron avanzando, sin provisiones, agua o alimentos, y en los días subsiguientes fueron quedando los cadáveres entre las dunas y los grandes arenales de Siria y de Irak. La mayoría eran ancianos, mujeres y niños.

El abuelo recordaba con dolor la partida de su madre y le contaba a mi padre, quien nos lo relataba:

—Sucedió poco antes de atravesar la frontera cuando su madre que no logró aguantar más. Desde hacía varios kilómetros venía trastabillando por la debilidad, cojeaba de su pie derecho en donde tenía una fea herida en el talón, y fue cuando cayó para no levantarse más, rápidamente llegaron un par de guardias, uno le dio un tiro de gracia en la cabeza y luego la arrastraron a un lado para dejar su cuerpo abandonado junto a otros que recién habían caído también. Esto sucedió ante sus ojos y no pudo hacer nada por ella.

» Algunas mujeres eran destapadas y para sorpresa de los guardias y de todos, eran hombres disfrazados, que pensaban que con apariencia de mujer estarían salvados. Sin embargo, inmediatamente eran llevados a un lado y rematados con tiros de gracias delante de todo el mundo.

—Las caravanas de deportados, —contaba el abuelo— iban avanzando con destino a los campos de concentración de *Deir-El–Zor*, y del *Ras-Ul-Air* en Siria, que se volvieron famosos por las prácticas sanguinarias.

Decía mi padre que, poco antes de entrar al campo en *Deir-El-Zor*, mi abuelo, tuvo la buena suerte de que, al pasar por el centro del poblado, en una callejuela, en un descuido de los guardias, prendió carrera, brincó y se introdujo en un carromato que estaba parqueado a un lado del camino. Se quedó inmóvil debajo de unas mantas de tela de costal, manchadas y con olor a boñiga fresca. Un rato después llegó el parroquiano dueño y se llevó el

carromato lejos de la caravana de deportados y condenados armenios.

Agasi continuaba relatando las peripecias de su abuelo.

—Contaba mi padre que un rato después, el abuelo levantó un poco la frazada para observar que se estaba alejando del poblado, alejándose del campo de concentración y de la muerte, alejándose de un destino incierto más cercano a las puertas de la muerte y aunque sin saberlo, ahora estaba avanzando hacía un nuevo horizonte de buenas perspectivas de vida.

» La sorpresa del parroquiano sirio dueño del carromato fue enorme, era un hombre alto, de barba negra tupida y larga, de grandes ojos negros y un semblante con el color cetrino de la piel tostada por el sol de los árabes, kurdos y sirios de la zona.

» Algo le preguntó el hombre y el abuelo no entendió… se estaba encarando con un niño de escasa edad que no entendía nada de lo que decía el hombre, quien, enardecido, lo recriminaba a voces por haberse escondido en su carromato.

» En ese momento, alarmada por lo gritos salió una mujer, quien, al observar la escena y darse cuenta de lo sucedido, le dio un fuerte golpe en la cabeza al hombre y a puños y empujones lo mandó lejos. Luego, regresó por el niño, lo llevó dentro de la casa y le brindó pan y leche de cabra. Luego vino uno vecina kurda que conocía el idioma del niño y le pudieron preguntar por su situación.

Agasi tenía una excelente memoria y recordaba con gran detalle lo contado por su padre acerca del abuelo.

—La mujer de etnia árabe siria, se llamaba *Samira* y decidió acoger al niño y brindarle alojamiento, comida y vestimentas adecuadas. Esta situación salvó al abuelo.

» Varias semanas después, el hombre, de nombre Mustafá Dajer, se había vuelto un amigo cariñoso para el niño. Lo llevó a pescar, lo hizo partícipe de sus actividades laborales, le dio la razón a su esposa de haber acogido al niño, sin embargo, su situación económica era muy precaria y difícilmente podrían encargarse del niño.

» Mustafá Dajer, logró averiguar que una organización clandestina ayudaba a los armenios que lograban sobrevivir en el desierto y que escapaban de morir a manos de los otomanos. Era la llamada *Federación Revolucionaria de Armenia*. Ellos lograban cupos en un tren que iba desde el pueblo de *Deir-El-Zor* hasta la población de *Alepo*, lejos del campo de concentración.

» Pudieron poner al chico en uno de dichos trenes y de esta forma alejarlo de las garras de los otomanos turcos.

» El abuelo era un niño que viajaba solo y eso le llamó la atención a una señora árabe siria quien lo acogió en su casa y varios días después, le ayudó a embarcarse en un pesquero que lo llevaría al puerto de *El Pireo* en Atenas, Grecia.

Agasi continuaba con su narración:

—En Atenas, después de muchas peripecias que no vale la pena contar para no alargar la historia, el abuelo

logró ser contratado como paje a órdenes de un oficial y ser llevado en un barco que partía para Marsella en la costa occitana francesa. El abuelo quería estar lejos de las terribles experiencias vividas en las tierras del imperio otomano y alguien le había hablado de viajar a América o a Suramérica.

—Allá, —decían—, estaba el futuro, estaba el progreso y se podía prosperar en la vida.

—Una vez en Francia, —decía Agasi—, el abuelo logró ser admitido en un orfanato en Marsella, donde vivió los siguientes años, hasta llegar a la mayoría de edad cuando encontró trabajo en un taller de carpintería. Luego trabajó en un astillero, donde logró relacionarse con capitanes y marinos, dado su desempeño en las labores de mantenimiento y reparación de barcos.

» Conectado con las gentes de mar, encontró un trabajo en un barco que partía desde el puerto de *Calais* hasta Norteamérica. Luego, desde Nueva York se embarcó en una barcaza de carga que lo llevó hasta Venezuela donde finalmente se radicó y estableció.

» En Venezuela el abuelo con un dinero largamente ahorrado puso una carpintería, y poco después se casó con Giselle Ramírez, mi abuela, ella venezolana de padres gallegos. Mi abuela aprendió a hacer panadería armenia, con unas recetas que el abuelo había conseguido de otros inmigrantes armenios. Se aficionó a ello y con el tiempo puso una panadería, donde, siguiendo la tradición, ofrecían toda clase de delicias armenias como: *Kahle* con sal, *Braazek*, Pan árabe

de salvado, *Samit*, Panes árabes, *Subörek, Yerankiun y Strudel* de queso.

Dijo Agasi Patrosyán:

—Si bien yo no conocí a la abuela pues ella falleció años antes de mi nacimiento, de todos modos, la tradición familiar de la panadería armenia ha continuado con nosotros los descendientes, ahora, con un punto de venta en Jacksonville, Florida donde estamos radicados. Bueno y esa es la historia que les quería contar.

—Muy interesante historia la que nos has compartido, —dijo Victoriano.

—Si, —dijo Joaquín—, ha sido un placer haberte conocido, y estamos muy agradecidos que nos hayas compartido la historia de tu familia. Espero que nos sigamos viendo.

Diciendo esto, dieron por concluida la reunión y se despidieron

A la semana siguiente Victoriano viajaba a Ciudad de México por asuntos de trabajo, aunque pensaba tomarse unos pocos días de descanso allá.

— O —

Capítulo 28.
La vida continua

Por asuntos de trabajo con la pesquera, nuevamente Victoriano viajó al D.F. donde estuvo por espacio de dos semanas. Era la presentación ante la Junta directiva de los resultados financieros del período anterior y el presupuesto del año siguiente, y, además, quería tomarse unos días de descanso en México.

Pasada una semana y media, el domingo, Victoriano se encontraba desayunando en el restaurante del hotel *NH Collection México City Reforma,* cuando le pareció ver en una mesa cercana a alguien conocido. Era aquella chica de la empresa, la gerente de Relaciones Industriales, Andrea Beltrán. La saludó desde lejos y la chica le hizo un ademán para que se pasara a su mesa.

Victoriano llamó al mesero:

—Por favor, me pasa las cosas a esa mesa de allá, que voy a desayunar con esa señora, y muchas gracias.

—Con mucho gusto señor, para servirlo, —respondió éste.

Acercándose a saludarla, dijo Victoriano:

—Hola Andrea, ¿cómo estás?, qué gusto encontrarte aquí hoy a esta hora. ¿En qué andas?

—Muy bien y el gusto es todo mío, aquí esperando a una amiga, —respondió Andrea— ¿y tú cómo estás?, ¿qué haces por acá? te hacía en Miami.

—Pues vine para la reunión de presupuesto con la Junta Directiva. ¿y tú?, no esperaba encontrarte hoy domingo aquí en este hotel.

—Pues vine a recoger a una amiga que está hospedada aquí, hoy tenemos un asado en mi finca. ¿y tú qué tienes para hoy?

—Pensaba quedarme todo el día aquí, tengo vuelo de regreso para Miami el martes, así que pensaba dar una vuelta por la ciudad, hacer algo de turismo y simplemente descansar, —dijo Victoriano.

Bueno, pero ¿por qué no nos acompañas? Tenemos ese asado y creo que vamos a pasarlo muy bien, además quiero presentarte a unas personas, algunos familiares y amigos. Para mí será un honor presentarles a uno de los ejecutivos jóvenes más exitosos de la empresa.

Victoriano visiblemente sonrojado dijo:

—No, pero no exageres, para nada me siento así, simplemente he tenido suerte con el equipo que tengo, y eso ha ayudado al buen desempeño y nada más. Pero ¿sabes que me llama la atención tu invitación? Hoy no tenía nada en particular para hacer e ir al asado me parece estupendo.

En ese momento se acercó a la mesa otra joven, y saludó a Andrea de beso en la mejilla y observando a Victoriano, dijo:

—No… pero qué es esta coincidencia, —dijo la chica—, y tú ¿qué haces por aquí? Esto sí es una sorpresa…

—No puedo creerlo… Mónica Zuloaga… ¿No me digas que eres la amiga de Andrea? —dijo Victoriano.

—Nosotros somos amigas desde el colegio, —dijo Mónica—, Andrea estudió en Medellín conmigo, y desde entonces somos intimas amigas.

—Definitivamente, —dijo Victoriano—, el mundo es muy pequeño.

— ¿Y qué haces por aquí? —le preguntó Victoriano.

—Vine a un congreso médico aquí en el D.F. —le respondió Mónica—, y me estoy hospedando aquí en el *NH Collection*, desde el jueves pasado, hoy pensaba descansar e ir al asado de Andrea. Tengo vuelo de regreso para Miami el próximo martes, y quiero aprovechar el tiempo, ¿y tú, en qué andas?

—Victoriano también se está hospedando en este hotel, —intervino Andrea—, y, además, también tiene vuelo para el martes a Miami, ¿No será en el mismo vuelo, ¿no?

—Yo tengo vuelo para Miami a la 10:45 am. ¿y tú? —dijo Victoriano,

—Déjame ver, —dijo Mónica—, consultando su vuelo en el celular.

—Sí, igual, —dijo Mónica—, mi vuelo es el martes a las 10:45 am. Es el mismo vuelo, qué coincidencia.

—Pero repito, me llama la atención asistir al paseo a tu finca, te agradezco la invitación, —dijo Victoriano—, espérenme un momento me cambio y bajo.

Horas más tarde, estaban arribando a la hacienda *El Chaparral*, de Andrea Beltrán y su familia, en las afueras del D.F. Ese nombre se debía a la cantidad de chaparros o también llamadas encinas, que crecían en el lugar.

Avanzada la tarde, ya estaba listo un asado estupendo. Estaba compuesto de costillas de cerdo, mazorca, perniles y piernas de pollo, lomo de res, guacamole, papa salada, arepas y una suerte de picantes, que para quienes les gustaba el picante, decían que estaban espectaculares. Lo anterior acompañado de cerveza *Corona*, tequila *Gran Patrón Platino* y varios cocteles, como Margaritas, Mohitos, etc.

Victoriano y Mónica se encontraban conversando animadamente.

—Cuéntame de ti, ¿cómo van tus estudios? —preguntó Victoriano.

—Realmente muy bien, —respondió Mónica—, la semana pasada fue el final del semestre en la U. y me gradué y por fin voy a lograr homologar los títulos. Además, ya me están ofreciendo un trabajo en el *Baptist*

Hospital que queda en *Kendall Drive, pero no sé si lo voy a aceptar.*

—Oh, pero qué bien por ti, —dijo Victoriano.

— ¿Y tú cómo vas? te ves bien… —dijo Mónica—, pero, perdona que te pregunte, ¿cómo has podido superar el deceso de tu novia? Creo que ese es un tema complicado, ¿cierto? Tal vez no debería preguntártelo…

—Bueno, ¿la verdad?, —dijo Victoriano—, ha pasado casi un año desde su partida, y a veces todavía me cuesta asimilarlo, pero ya poco a poco va pasando la vida y uno se va acostumbrando a la idea de que ya no esté… Realmente me sirvió mucho la catarsis que hice con el viaje al pueblo de Tapalpa en Jalisco, pues pude recorrer mis recuerdos y volver a revivir lo vivido cuando la conocí por primera vez. Después de ese viaje he logrado superar bastante bien ese tema.

—¿Y tú qué? —preguntó Victoriano—, pensé que estabas casada… o ¿comprometida? Me parece que alguien me lo dijo.

—Sí cierto, yo estoy comprometida con alguien, pero él vive en Colombia y el asunto es que yo estoy tratando de armar mi nueva vida allá en los Estados Unidos. Espero que nos pongamos de acuerdo con él. Precisamente voy a ir a Colombia para definir esa situación. El martes regreso a Miami a resolver unos

asuntos con la Universidad y creo que hacia el viernes próximo voy para Colombia. O bien, resuelvo mi situación y me caso o ya veremos qué pasa…

—Pero, hablemos de ti, —preguntó Mónica—, cuéntame de tu novia, ¿quién era ella, ¿dónde la conociste y qué fue lo que le pasó?

Victoriano respondió:

–Ella era una médica pediatra, chilena, que vivía en Madrid. Nos conocimos en Tapalpa, un pueblito en el estado de Jalisco aquí en México, en unas vacaciones de ella. Yo estaba recién llegado a México, y trabajaba para la parroquia del pueblo. Luego la vida dio muchas vueltas, y terminamos ennoviados y comprometidos para casarnos. Sin embargo, ella cayó enferma en la pandemia y murió en el hospital de Madrid. Lo doloroso del tema es que yo estaba en Miami y lo supe por teléfono. Con las restricciones de aquellos días, no hubo un sepelio al que asistir y simplemente su cuerpo fue incinerado. Nadie, ni siquiera sus familiares más cercanos pudieron despedirla. Eso fue muy doloroso.

En ese momento Victoriano se distrajo por un momento… su mirada estaba perdida más allá del ventanal, más allá de la arboleda, más allá de las montañas que se recortaban contra el firmamento encendido con los colores nostálgicos de un bello y triste atardecer… y se quedó en silencio…

Mónica pensó:

—Él no está listo aún… debe terminar de hacer el duelo completamente y quizás aún le falta tiempo… Además, yo estoy a punto de casarme…

Luego la despedida… Una mirada larga, una sensación de nostalgia, una aprensión de tal vez no volverse a ver, una confusión de sentimientos encontrados bastante incomprensibles. Para ella, la certeza de la fuerte atracción que sentía hacia Victoriano, pero… tenía un compromiso entre manos y no podía destruir lo construido en muchos meses de planear su relación con quien la estaba esperando para casarse.

Para él, también una fuerte atracción que le representaba la imagen de Mónica, pero que se atravesaba a la sensación de estarle faltando a la memoria de su amada Karla… Aún no era tiempo para una nueva relación… aún estaba presente la congoja en su alma y eso no podía ser.

Se despidieron con un beso en la mejilla, una larga mirada pletórica de anhelos escondidos, de nostalgias de finales imposibles, un adiós cargado de significados ilusorios, una incipiente historia que se había tornado en inconclusa… Luego un abrazo muy intenso, las manos apretadas largamente y luego el vacío de aquello irrealizable… Ella seguía su camino y él también.

— O —

Capítulo 29.
Volver a la vida

Al siguiente año, Mónica Zuloaga y Victoriano Bukowski se encontraron de nuevo.

Hacía siete meses y medio que no se veían ni sabían nada del otro. Ella lo suponía aún perdido entre los recuerdos de su fallecida novia intentando superar el proceso, y él creía que quizás, lo más seguro era que ella ya se hubiera casado con su novio.

Ambos pensaban que, a pesar de sentir una fuerte y magnética atracción del uno por el otro, lo cual nunca escondían, atracción a la que, sin embargo, siempre anteponían el total respeto y deferencia que se manifestaban, pues quizás, no hubiera sido procedente seguir viéndose o frecuentándose mientras la situación fuera tan incierta y ambos tan enredados aún en sus mutuos asuntos.

Sucedió en Nueva York en Manhattan…

Era el comienzo de las festividades de navidad. Aquella noche había llovido y las calles mojadas reflejaban en el suelo las luces incandescentes de las vitrinas decoradas con motivos navideños. El vaho que salía por las chimeneas y que venía de las cavernas subterráneas del metro, daban un extraño tinte de misterio y surrealismo al ambiente de la *Gran Manzana*.

Las gentes caminaban presurosas por las aceras, mientras los miles de autos pasaban raudos esquivando a los acelerados taxis amarillos que pretendían pasar por encima del intenso tráfico sin lograrlo. Todo era stress, carreras, velocidad, tráfico, pitos, gentes con sus propios objetivos individuales para lograr encontrar aquello que ya tenían planeado y consignado en las listas de regalos que debían comprar ese día. Olores a *Gyros griegos* pletóricos de carnes y salsas deliciosas, otros olores a humeantes frituras de castañas, o *Pretzels* asados que se vendían en aquellos típicos carritos callejeros y que iban comiendo los peatones trashumantes citadinos y que sacaban de bolsas de papel, mientras se dirigían a tomar el metro o el tren para irse a casa y dar por terminada la jornada.

Venía caminando Mónica entre el gentío… La acera repleta de abrigos, gabardinas, bufandas y sombreros de invierno… Luego una vitrina, una librería y se detuvo… La *Rizzoli* de Broadway, la icónica librería neoyorquina, la de toda la vida… paró a mirar un libro en la vitrina que le llamó la atención… *Writers and Lovers,* (Escritores y amantes), de Lily King. Alguien del hospital se lo había recomendado, y pensó… —Lo voy a comprar—, y entró en el local de la librería *Rizzoli,* y preguntó por el libro en la vitrina…

Victoriano había tenido un día intenso. Una reunión con sus socios, en una oficina localizada en el distrito financiero, en el número 23 en la esquina sureste de *Wall Street* y *Broad Street*. Al entrar había mirado el

nombre del edificio, el cual era conocido como el *J.P.Morgan & Co. Building*. Era una reunión acerca de las inversiones financieras que la empresa de la que era socio acababa de realizar, con acciones que estaban al alza y que eventualmente les representaba una excelente rentabilidad.

Un lenguaje complicado el de aquella reunión, pero complicado para el lego, no para él que ya era un experto en esos temas y sobre los cuales se desenvolvía con destreza.

Al final de la tarde, Victoriano salió a la calle y caminó un trecho corto, cuando se acordó que tenía pendiente la compra de un libro. Tomó un taxi desde el *Bajo Manhattan* hasta el número 1133 de Broadway. Miró desde la acera el edificio… Era la bella y muy tradicional librería *Rizzoli*…

Preguntó por el libro y el dependiente se lo encontró y alcanzó: Leyó el texto en la carátula: *Un paso por delante de Wall Street*. El subtítulo le llamó la atención: *Cómo utilizar lo que ya sabes para ganar dinero en bolsa. Por: Peter Lynch, y Ramon Vilà Vernis*.

Un momento después, estaba de pie leyendo el prólogo… de pronto sintió algo extraño, alguien lo estaba mirando y él se dio cuenta… levantó la vista y allá… a unos diez metros, detrás de una columna, una chica lo estaba mirando y él ya se había dado cuenta…

Se quitó los lentes de lectura y la vio, la pudo detallar… Era ella.

Mónica no lo podía creer… ahí estaba él… le parecía una coincidencia demasiado extraña… Una ciudad lejana de su mundo, un lugar donde había muchos millones de habitantes y entre miles de negocios, locales y alternativas de destino, tenía que encontrárselo justo ahí, a diez metros de distancia, en aquella bella librería… ahí parado, distraído leyendo un libro que tenía en sus manos… Realmente era algo de no creer, pero si… eso era lo que estaba sucediendo… Lo vio quitarse los lentes y la miró… ella le sonrió.

Se veía más joven y bella. Debajo del abrigo gris oscuro, un pullover gris claro que cubría una blusa blanca cuyo cuello sobresalía, un pantalón de paño negro y una bufanda rosada con gris que completaban el conjunto. El pelo rizado con los tonos castaño claro que recordaba desde antes. Su mirada de intensa emoción que no pretendía soslayar y una sonrisa diamantina que daba ganas de besar… sintió que ella estaba feliz de encontrarse con él y eso le dio más confianza.

A ella él le pareció un poco más alto que la última vez… Notó que ahora tenía el tono entreverado de las primeras canas, canas trabajadas a pulso a través de los complejos sucesos vividos… eran los primeros trofeos recibidos de la vida, una vida de lucha y de tenacidad para lograr ser alguien… y lo había logrado.

—Qué coincidencia volver a encontrarte, —dijo él— me alegra encontrarme contigo.

—Pues el gusto es todo mío, —dijo ella, agregando—, ¿y sabes qué? Esta vez no te voy a dejar escapar, lo juro…

Victoriano sonrió ampliamente y sintió un afecto magnético hacia la chica. La tomó de la mano, la atrajo hacia sí y le dio un fuerte abrazo.

—Pero tienes que cumplir con lo dicho. —concluyó él.

Pagaron los libros y salieron a la frescura de la noche, se pusieron de acuerdo para ir a cenar y tomaron un taxi hasta la zona de *Greenwich Village*, donde entraron al restaurante *La Petite Boucherie*…

—Pero, cuéntame, —preguntó Victoriano—, ¿en qué quedó lo de tu matrimonio? pues la última vez que nos vimos estabas muy entretenida con ese tema.

—Pues ese matrimonio lo dañaste tú… ¡tú eres el culpable!!!

—Pero ¿yo qué hice? —dijo Victoriano—, que recuerde ni siquiera te dije nada, ni te dije nada insinuante, de eso estoy seguro.

Victoriano se sentía sonrojado, estaba entre apenado y divertido… esa era una situación que no se esperaba. La tenía como una chica muy tímida y ahora se destapaba.

—Pues la verdad, —dijo Mónica—, desde la última vez que te vi me entraron muchas dudas acerca de la viabilidad de mi relación con mi novio. No podía estar pensando en ti y estar arreglando un matrimonio con otro… eso sería un error enorme, así que decidí dar por terminada la relación. Fue una situación muy pesada con mi novio, pero al final él entendió y me alcanzó a decir que le hubiera gustado haberte conocido… haber conocido a quien le quitó a su amor… Con él nos despedimos como amigos y quedamos en buenos términos.

Victoriano no se esperaba una declaración romántica tan desparpajada e intempestiva, y menos de parte de Mónica y más que sorprendido estaba gratamente asombrado, le encantó lo que estaba escuchando y eso le despejaba muchas dudas en sí mismo.

—Pues yo también he estado pensando mucho en ti… —dijo Victoriano—, muchas noches solitarias he abrazado la almohada y pensado en ti. Los domingos en la tarde que es ese momento gris donde uno no se haya por más que intente distraerse, oyendo música en mi apartamento, he pasado mis buenos ratos tejiendo ilusiones acerca de una incierta relación contigo y visualizando un futuro juntos… ¿Será que cuando uno sueña mucho, los sueños se cumplen?

—Pues, yo creo que sí, —respondió Mónica—, los sueños se cumplen cuando uno los atrae a la realidad…

—Bueno, —dijo Mónica—, pero ¿cómo te has sentido? ¿cómo has estado? Que pena preguntarte, pero ¿cómo va tu duelo?

—Pues bastante bien, —dijo él—, la verdad, he estado inmerso en mis negocios y en estar muy cerca de mi madre y mi hermano. Ellos son los que ocupan mis días de descanso, de resto, estoy con mis ocupaciones diarias muy entretenido. Han pasado los días y meses y el recuerdo de mi querida Karla ha ido convirtiéndose en una certeza… la certeza de que ella está aquí, aquí cerca, en una dimensión más sutil… además, estoy seguro de que ella lo que ha deseado es que supere la tristeza de una buena vez y comience a pensar en abrirme de nuevo a una nueva relación.

—Eso es muy positivo… y cambiando el tema, ¿sigues viviendo en Miami?, —preguntó Mónica.

—Sí, pero ahora estoy en Brickell a la altura de la calle 7 en *Brickell Key* y mi oficina ahí cerca en el *City Centre*, —dijo Victorino.

—Yo finalmente entré al *Baptist Hospital* y actualmente estoy con mis prácticas médicas. Estoy viviendo en un apartamento en el área de *Coconut Grove*, relativamente cerca del trabajo, aunque en horas pico siento que no lo es tanto. Realmente estoy totalmente dedicada a mi trabajo y sigo sola. —dijo Mónica.

—Ah, yo también sigo solo…

Así siguieron conversando animadamente un buen rato.

Después de la cena salieron para el *Conrad New York Downtown hotel* en el *Bajo Manhattan*, donde estaba alojada Mónica. Estuvieron conversando en una mesita del bar hasta muy entrada la madrugada, acompañados de sendos cocteles.

Victoriano la puso al tanto de los pormenores de su experiencia en Venezuela, con las vicisitudes y adversidades vividas con el régimen de Maduro y la quiebra total de la economía, y, finalmente, le comentó de la inmensa romería de refugiados huyendo hacia Colombia y otros países de Suramérica, y luego la gran migración dirigiéndose hacia los Estados Unidos. Le contó de la migración a través del *Tapón del Darién*, que aún, hoy en día, sigue siendo uno de los principales problemas fronterizos en el hemisferio.

También, le comentó Victoriano acerca de su carrera universitaria, las sociedades que había logrado conformar y el desarrollo de esos negocios, así como la unión con sus familiares, su madre y su hermano.

Mónica le comentó de su vida, de su familia, sus padres y hermanos, su paso por la facultad de medicina, la práctica como residente en la clínica Soma de Medellín Colombia, los estudios de postgrado, sus esfuerzos para validar sus títulos en los Estados Unidos. También le habló de sus planes fallidos de matrimonio y los pormenores de la ruptura con su exnovio.

Mónica estaba realizada como médica y eso era notorio en su forma de hablar, amaba su trabajo en el

hospital de Kendall y su vida seguía una rutina pacífica, en la cual estaba totalmente comprometida con su profesión.

En un momento dado, siendo las 2:50 de la madrugada, Mónica le dijo:

—Mi querido Victoriano, cuando yo digo algo en serio, lo cumplo a cabalidad… y hace poco te dije que jamás iba a perderte de nuevo, y que no te iba a dejar escapar otra vez, así que, sea como sea, hoy te quedas aquí en el hotel conmigo… ahora tengo sueño, así que subamos a la habitación…

De todos modos, Victoriano se estaba quedando en el *Chelsea Hotel* de la 23rd Street, que quedaba un poco lejos y era tarde para tomar un taxi, así que, de mil amores, aprobó la invitación de Mónica.

Subieron a la habitación y esa noche la pasaron juntos e hicieron el amor por primera vez.

Dos días después estaban de regreso a Miami, y llegaron derecho al apartamento de Victoriano en Brickell, y se presentaron con la madre de él, ya como pareja.

Su madre dijo:

—Es una lástima que no tenga aquí otra botella de champán para poder brindar, pero tengo un *Prosecco italiano Torresella*, que nos puede servir… y ¿sabes qué, Mónica? Hace tiempo venía rezándole al Señor para que

Victoriano encontrara a alguien con quien compartir su vida, y de alguna forma, secretamente, pensaba que tú eras la persona perfecta para él… Así que brindemos por eso…

—Salud—, dijeron todos al unísono.

Al mes siguiente Victoriano ya se había mudado a vivir en el apartamento de Mónica en *Coconut Grove*.

Varios meses después, ya casados, estaban viviendo juntos en un bello apartamento que recientemente habían comprado, ahí cerca, también en el área de Brickell, concretamente en otro edificio de Brickell Key.

Mónica y Victoriano esperaban su primer bebé para el próximo mes de febrero.

— O —

Epílogo

Cierto día, un domingo en la mañana, estando en casa, acompañado de un delicioso café, Victoriano estaba leyendo el *Nuevo Herald* y encontró un artículo con el título de: "*Los venezolanos reinician sus vidas en Estados Unidos, con el Parole Migratorio"*

A continuación, buscó en Google algo acerca del "*Parole Migratorio*" y encontró la siguiente información del: *US Custom and Border Protection, (La oficina de Aduanas y Protección de Fronteras de EE.UU.):*

"El permiso humanitario también conocido en inglés como "parole" se usa para traer a alguien que de otra manera sería inadmisible a los Estados Unidos, por un período temporal debido a una emergencia y una razón humanitaria urgente o un beneficio público significativo.
El permiso humanitario es otorgado por el Servicio de Ciudadanía e Inmigración de los Estados Unidos (USCIS, por sus siglas en inglés). Para obtener más información y conocer los requisitos para solicitar un nuevo permiso humanitario, por favor visite el sitio web, https://www.uscis.gov/es/forms/explore-my-options/humanitarian-parole
La Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza (CBP, por sus siglas en inglés) de los Estados Unidos también puede emitir el permiso humanitario (a discreción del director del Puerto), si el

viajero que busca dicho permiso humanitario se encuentra en la frontera de los Estados Unidos.".

En ese momento todos los recuerdos de la difícil travesía por el Tapón del Darién en Colombia se agolparon en su mente: El recuerdo y la visión de los muertos abandonados en medio de los barrizales de la selva, las pérdidas de vidas humanas de tantos emigrantes, los niños fallecidos en tan terribles condiciones, los muchos adultos extraviados, los cadáveres despedazados por las fieras, la culpabilidad de los gobiernos tiránicos y asesinos, las ilusiones y sueños fallidos de tantos que no habían logrado su objetivo y finalmente poder encontrar una razón de ser para el sacrificio de tantos refugiados… y esa única razón era la búsqueda de un mejor futuro para la familia en un país próspero y democrático.

—Pero ¿había valido la pena el sacrificio?... Sí, sí había valido la pena… —pensó.

En ese momento pasó navegando por el canal marítimo frente al ventanal de su apartamento, un yate espectacular y pensó:

—Definitivamente este es un país de grandes oportunidades para quien lo quiera intentar y esté dispuesto a dar todo de sí.

Cierto día Victoriano estaba revisando los papeles en su billetera y encontró una tarjeta de presentación.

Leyó:

The New York Times
Carlos Curiel Bernal
Periodista - Corresponsal

Estaban los números de teléfono, celular y la dirección en Nueva York.

Un recuerdo vago y nebuloso le decía que debía llamar a ese periodista, pero no se acordaba porqué tenía esa tarjeta ni cuando la había recibido.

Llamó al número del celular y contestó un hombre con el acento venezolano de los naturales de Mérida, su ciudad natal.

—¿Aló?

—Gracias, yo soy Victoriano Bukowski y estoy buscando al Sr. Carlos Curiel…

—Sí, soy yo, qué se le ofrece…

—Gracias, — dijo Victoriano—, es que me he encontrado una tarjeta con sus datos y quería saber qué asunto es el que nos relaciona, no me acuerdo muy bien…

El periodista al escuchar la voz de Victoriano con el mismo acento venezolano andino de los naturales de Mérida, le volvieron los recuerdos de aquel día lejano en que, estando en el desierto de la Guajira colombiana, se había encontrado con un indigente venezolano emigrante, quien venía huyendo de su país. Estaba en muy mal estado y casi no se podía sostener de pie. Había pretendido entrevistarlo en aquel momento, pero no pudo.

—Mire, —dijo el periodista—, yo sí me acuerdo perfectamente de usted, me acuerdo de aquel día en que usted venía casi moribundo atravesando ese desierto en la Guajira, y que tenía la intención de llegar algún día a los Estados Unidos. Veo que me está marcando con un numero registrado en Miami, o sea que a la final sí lo logró. Yo le di esa tarjeta a usted por si algún día necesitaba algo, pudiera acudir a mí en busca de esa ayuda. ¿En qué le puedo ayudar ahora?

—Ah, tal vez me voy acordando, que usted me regaló un dinero, a propósito, muchas gracias, Carlos, —dijo Victoriano—, pero tal vez en este momento no necesito de su ayuda, aunque hay mucha gente necesitada a la que eventualmente tanto usted como yo le podemos ayudar, pero sí me gustaría conocerlo.

—Pero, —preguntó el periodista—, ¿me recuerda su nombre?

—Yo soy Victoriano Bukowski…

—No me diga que usted es el Victoriano Bukowski, gerente de la empresa *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico.* Hace poco menos de dos meses estábamos buscando hacer una noticia positiva de emprendimiento y yo hice una nota acerca de la compañía que usted gerencia… No pude entrevistarme personalmente con usted pues me dijeron que usted estaba de viaje en aquel momento, pero finalmente alguien me atendió muy bien… qué coincidencia, ¿no le parece?

—Pues sí, me parece una gran coincidencia… ¿y cuándo podemos vernos?

—Pues, —dijo el periodista—, yo voy a estar en Miami en unos quince días y podemos encontrarnos… pero, le anticipo: tal vez yo sí necesito de su ayuda por cuanto, precisamente, estoy escribiendo una nota acerca de los exiliados y refugiados y creo que su historia me sería de gran ayuda.

Pasados quince días se encontraron en las oficinas de la *Compañía Pesquera Seafoods del Pacífico*.

Después de los primeros saludos y avanzada la conversación, Carlos le dijo a Victoriano.

—Bueno, veo que su vida ha dado un vuelco tremendo y eso me llena de alegría, pero para efectos de mi nota, para comenzar me gustaría que me comentara: ¿cómo empezó todo?

Vea Carlos, —respondió Victoriano—, que yo recuerde, algo crucial fue el momento en que el gobierno comunista de Venezuela ordenó la expropiación de la empresa de mi padre, quien fuera asesinado por el régimen y luego todas nuestras propiedades también fueron confiscadas, quedando mi familia en la indigencia. A continuación, me tuve que retirar de la Universidad y posteriormente en una manifestación, fui arrestado y luego llevado a la prisión de *Ramo Verde* como preso político y desde ahí empezó todo, pues al salir de la prisión, ya tenía decidido que yo no podía vivir en mi país y me convertí en exiliado… en refugiado… pero déjeme contárselo en detalle…

Y así, siguieron hablando durante mucho tiempo, aquel día y dos más en que se volvieron a entrevistar.

A los cuatro días, el corresponsal ya tenía toda la información requerida para hacer una buena nota y ¿por qué no? un libro quizás… uno que comenzara en *Ramo Verde*, pasara por el *Tapón del Darién* y terminara bien, como debiera ser, cuando se hacen las cosas bien.

Fin